

**P. RICARDO CAPPA, de la Compañía de Jesús.**

---

ESTUDIOS CRÍTICOS  
ACERCA DE LA  
DOMINACIÓN ESPAÑOLA  
EN AMÉRICA

---

PARTE QUINTA  
EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO  
(Continuará.)

De la riqueza conocida desde los tiempos antiguos  
hasta el Nacimiento del Señor.

XXVI

---

Con las licencias debidas.

---

Precio: 3 pesetas.

MADRID  
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO, EDITOR  
Calle de la Paz, núm. 6.

---

1897.

# INDICE DE ESTE LIBRO

---

	Págs.
Prólogo.....	I
Precedentes.....	17
Considerables riquezas del pueblo hebreo....	22
De la riqueza del Imperio asirio-babilónico-caldeo.....	48
Segundo Imperio asirio.....	55
Apogeo y fin del segundo Imperio asirio.....	67
De la riqueza del Imperio medo-persa desde su fundación hasta Jerjes.....	84
De la riqueza de Creso y otros reyes, y de la que tuvieron las ciudades fenicias de Sidón, Tiro y otras.....	93
Grecia.....	100
De la riqueza del Imperio griego.....	125
Regiones occidentales de Europa.....	136
Riquezas de los galo-celtas y galo-romanos...	152
Pueblo hebreo.....	155
Reinos de Oriente.....	172
Egipto.....	179
Imperio romano.....	209

## APÉNDICES

I.—Mitología.....	264
II.—Reducción de monedas.....	273
III.....	274
Datos interesantes.....	276
IV.....	303



## PRÓLOGO

**D**os hijos de la América española han contribuido poderosamente á establecer como axioma un error que, lisonjeando sobremanera á los nacidos en Ultramar, ha salvado las playas de América y tomado carta de naturaleza en la vieja Europa.

*La Historia de los Incas* que Garcilaso de la Vega publicó con grande aplauso en Portugal y España pocos años después de la conquista del Perú, y la *Crónica Moraliizada del Orden de San Agustín*, salida á principios del siglo xvii de la elegantísima pluma del P. Maestro Fr. Antonio de la Calancha, han sido las dos ruedas con que este carro triunfal pasó, sin novedad, de uno á otro continente.

Garcilaso Inca de la Vega fué natural del Cuzco é hijo del capitán extremeño Garcilaso de la Vega, conquistador del Perú y emparentado con los Pizarros. Casóse con Doña Isabel, india, nieta de Tupac-Yupanqui, en la que tuvo al celebrado historiador mestizo, que, no obstante los defectos que como á historiador le aquejan, será siempre la fuente más pura de la historia de la conquista de su patria.

Cuanto narra acerca de los que intervinieron en ella y de los hechos asombrosos que llevaron á cabo tamaños héroes, va signado del sello inequívoco de la verdad. Conoció á casi todos de los que habla, y oyó hablar mucho de todos ellos á sus propios compañeros, parientes ó amigos, antes y después que la muerte los arrebatara del teatro del mundo.

En las descripciones que en su historia nos ha dejado acerca de su país, cuanto á la naturaleza, clima, producciones indígenas é importadas por los españoles, es también muy verídico.

Se envanece, pero sin arrogancias, de que en su tierra se hayan aclimatado muchos frutos españoles, y dado cosechas tan pingües como las que recogieron los primeros colonos.

Mas, en llegando á la parte incásica, Garcilaso tiene que ser leído con suma cautela y discreción; casi todo lo altera en ella, si no lo desfigura por completo; esfuérsase en presentar á los Incas como ni fueron ni pudieron ser.

Honras, vidas, haciendas, todo estaba, y por ley, como sabemos, en sus manos: las sediciones conseguidas ó intentadas contra algunos de ellos; las exquisitas medidas de vigilancia tomadas para asegurar la vida á aquellos déspotas; el descontento que, según dice el P. Acosta, reinaba, hasta irse ya dando algún ser compacto á la idea vaga y poco definida de buscarse otro señor y otras leyes, nada de esto se trasluce siquiera en la obra de Garcilaso.

Mas sea porque él lo ignorara, bien que el tío Inca, hermano de su madre, no se lo inspirara, el caso es que de día en día pierde autoridad en esta parte la obra de Garcilaso, y que la historia de los Incas se reconstruye sobre más sólida base, presentándolos como fueron, como no podían menos de ser, más detestables todavía de como yo los he presentado en el segundo libro de estos ESTUDIOS. Pero el libro de Garcilaso hizo en el Perú un daño inmenso á los españoles, europeos y americanos.

Destruído el imperio incásico con la conquista, toda aquella muchedumbre de allegados á los Incas, que embebían en sus personas el trabajo del pueblo, perdió su influjo, sus cargos, sus riquezas: el odio de esta gente á los conquistadores, por necesidad subido, y cuando, con el transcurso de los años pudiera haberse atenuado, la lectura de Garcilaso lo avivaba, refrescándoles la idea de lo que habían sido sus antecesores, y llenando de amargura el corazón del pueblo bajo con la pintura color de rosa que extiende el historiador mestizo sobre el brutal gobierno de los Incas.

La sublevación de Tupac-Amaru á fines del siglo XVIII tuvo por concausa el odio á *todos* los blancos, nacidos ó no en tierra peruana. Algo de esto tengo para mí que comunicó al corazón de Garcilaso Inca de la Vega el tío materno; fuego que tomó cuerpo con motivo del rudo contraste que su ánimo tuvo que experimentar necesariamente cuando vino á España. Diré por qué.

Los conquistadores del Perú no olvidaban su patria: las grandes proezas de Carlos V, la colosal figura de Felipe II y los memorables hechos del siglo XVI, llevados á cabo en Europa y fuera de ella por los españoles, tenían su resonancia en América;

á ella pasaban de continuo no pocos de los que habían sido actores y testigos de tantas hazañas.

Garcilaso nació y creció en aquella atmósfera de españolismo: hasta lo más insignificante de España se ensalzaba en el Perú; tanto, que para significar la bondad de una cosa cualquiera, se decía que era de *Castilla* (1).

Llegó á España Garcilaso, y halló en ella tres cosas que por necesidad debieron causarle honda y desagradable impresión en su espíritu.

1.<sup>a</sup> Que buena parte de aquellos hombres que habían volcado el trono de los hijos del Sol, y que tan grandes y honrados había visto en el Perú, eran de lo muy común del pueblo. Gran gloria por cierto para España, y que debieran tenerlo á honra y prez las democráticas naciones que han surgido en este siglo de las antiguas posesiones españolas del otro lado de los mares, si de su democracia se jactaran de veras.

2.<sup>a</sup> El imprescindible cotejo entre la gran riqueza y fausto en trajes, joyas, criados, indios, etc., de los conquistadores, y

---

(1) Aunque en Castilla no se conociera, como, v. gr., azúcar de Castilla.

la estrechez de vida del pueblo español, generalmente tomado.

3.<sup>a</sup> Que aquellos monarcas españoles, árbítrios del mundo, como en el Cuzco y Lima tantas veces había oído llamarlos, tenían á menudo hambrientas y desnudas sus tropas, y que para poder atender, y mal, á los gastos de su extensa monarquía, se apoderaban del dinero que de América enviaban los particulares á España.

Todo esto tuvo que hacer profunda mella en Garcilaso, envanecerlo, resentirlo y avivar en él el fuego patrio.

Con estas cuerdas templó su arco y disparó contra España el dardo más envenenado y agudo de su aljaba, exhibiendo la metròpoli, á los ojos de los americanos sobre todo, como la personificación de la miseria antes que poseyera el Nuevo Mundo.

Dedica á este objeto los primeros capítulos del sexto libro de sus *Comentarios Reales*, y en ellos juntamente expone la penuria de Europa antes de que el dinero de América viniese á ella, y establece comparaciones que ponen muy de bulto su tesis.

Desvarío sería negar que el descubrimiento de América, al operar en el viejo mundo la crisis que operó en todo el comercio humano, no lo enriqueciera con

Los metales que aquél atesoraba en sus entrañas, siquiera en justa compensación de los bienes materiales que el nuevo recibió por mano de los españoles.

Lo que se hace necesario combatirle es la idea errónea, y muy arraigada en la casi totalidad de los americanos, de que la pobreza del mundo civilizado, hasta que no se descubrió la América, era suma.

De la que en particular adjudican á España los hijos de la América española, ya traté en el libro XIX de esta obra, sin perjuicio de volver sobre ello cuando examinemos la que tuvo en siglos anteriores al XV.

Fray Antonio de la Calancha, del Orden de Ermitaños de San Agustín, fué criollo, natural de la Plata ó Chuquisaca, y desempeñó en su Orden cargos no comunes. Predicador de fama, no hubo casi punto de algún viso en el Alto y Bajo Perú que no gozara de su doctrina y elocuencia.

La *Crónica Moralizada* lo pondrá siempre al nivel de los hombres más eruditos y talentosos que ha producido el Nuevo Mundo, y en nada inferior á los enemigos más acérrimos que en él ha tenido y tiene su antigua metrópoli española.

Los estudios de Teología, Cánones y Jurisprudencia, como los que entonces abar-

caba la Filosofía, se cultivaron en el Perú con notable aprovechamiento por muchos estudiantes criollos durante los siglos xvii y xviii; pero de estas materias no entendía la generalidad de los españoles que pasaban á América: los magistrados de las Audiencias, las dignidades eclesiásticas y algunos de los caballeros que iban en compañía de los virreyes, honraban los estudios peninsulares; el resto, fuera de alguna que otra excepción, era menos instruído que los hijos del país americano, los cuales se burlaban de la ignorancia de los españoles europeos, que, á la verdad, se hermanaba poco con las ínfulas que echaban y con las consideraciones que se les tenían no bien pisaban el mundo colombino.

La severa economía de estos hombres, su honradez y actividad, no emparejaba bien con la manera de ser de los españoles nacidos en América: de tendencias tan opuestas y de cultura intelectual tan desemejante, se originó necesariamente cierta aversión y pugna entre españoles americanos y europeos, y es la que, más ó menos enconada, campea gallardamente en muchos lugares de la *Crónica Agustiniiana* de Calancha.

Pocas ocasiones pierde de zaherir á los

españoles de España de pobres y roñosos; menos la de echarles en cara que el bienestar de que gozaban se lo debían á América, y ninguna para ensalzar la abundancia, fertilidad y general grosura de la tierra americana, el carácter desprendido de sus hijos, la copia de metales preciosos de que sus montes están llenos, y, en fin, haciéndose en todo solidario de lo que Garcilaso dijo acerca de la pobreza de España, llega á afianzar la idea de que Europa fué *muy pobre* hasta que se descubrió la América. Juzgue de ello por sí mismo el lector, pues á continuación le pongo, sin quitar ni añadir tilde, lo que en su *Crónica Moralizada* dice.

«Para que se vea cuánto debe España á estas Indias, hágase cotejo de las grandezas que hoy tiene y de las pobrezas que tuvo; de las realezas que ostenta y de las miserias que sufría», etc.

Trae, en prueba de ello, lo que dice la *Crónica del Rey Sabio D. Alonso* en el capítulo xvi de la cuarta parte, pasaje del que habla así De la Calancha: «D. Alonso IX de León hizo guerra á D. Fernando el Santo, y el hijo, viendo los grandes daños, envió á saber de su padre cuál era la causa de tan sangrienta guerra, que se lo avisase y lo

enmendaría, y le respondió por escrito que le hacía la guerra porque no le pagaba diez mil maravedís que le debía; pagóselos y cesó la guerra: montan [los maravedises] treinta y seis pesos y seis reales y cuatro maravedises» (1).

Relata también noticias acerca de conventos que comían por un real, de otros que tenían nueve de renta al año, de otros encargados de fiestas religiosas «con Misa cantada y sermón, que debía precisamente predicarse por un religioso del gran Patriarca San Francisco, todo pagado y satisfecho con treinta maravedises, que es menos de un real».

De cosas análogas á esto daremos la explicación, y desaparecerá la natural extrañeza que debe causar á quien no conozca el modo de donar á las casas religiosas en la Edad Media, acerca de lo cual tengo anotados varios tesmonios.

Continúa De la Calancha dando vaya á los españoles en esta forma: «Mire España de cien años á esta parte (1530-1630) los libros que sus hijos han escrito, y pongan los

---

(1) Lo cual supone que De la Calancha ignoraba que hubiera en esa época otros maravedises muy distintos de los que él reduce.

que en quinientos años antes escribieron, y verán diez al lado de dos mil, y será la causa de darse al estudio más ingenios, porque tiene ya caudal para enviarlos á las Universidades; y por manejarse más plata para las impresiones se imprime tanto y estudian varias ciencias.

»Y ¿cuántas imprentas tenía toda Castilla? Hoy es nuestro Rey [Felipe IV] el mayor monarca del mundo, el más temido de las naciones y el de mayores ostentaciones de la tierra. Los antecesores en las Indias eran ultrajados de los extranjeros [peregrina noticia], y no tan obedecidos de los propios: las Comunidades en España lo digan, y las pobrezas del rey D. Enrique lo cuenten».

Y revolviendo el siglo XIV con el XVII, dice: «El empeño de una corona con un rey moro por defenderse un padre rey de un hijo altivo y sufrir moros porque prestan mil pesos, publican aquel tiempo cuitado y hacen lucir más esta edad opulenta. La falta de rentas necesitó á nuestros reyes á sufrir 300.000 moriscos en España, que tiznando á muchas casas nobles y burlando de la Fe mancillaban la religión. Animó al celo el tributo del Perú, y quitó la mancha el barro de Potosí», etc.

Con respecto á la pobreza del culto, tan-

to en España como en el resto de Europa antes del descubrimiento de América, se produce así: «Si se mira el culto divino, en cálices de cobre y de plomo decían Misa en España, y en cual ó cual era de plata, y hoy todos son de plata, y muchos hay de oro; era singular la lámpara que había de plata, y ésa la daba el rey ó potentado; y ahora se cuentan á millares y las dan todos estados de hombres hasta plebeyos y oficiales [mecánicos], y son de cantidad de marcos y de curiosidad de labor. El Santísimo Sacramento, que por siempre sea alabado, estaba en diversas partes entre hojas de lata, y en muchas en canastillas de mimbre, y hoy está en ostiarios de plata y oro y en custodias de esmaltados y sobrepuestos ricos.

»En varias partes los ornamentos sagrados eran de lana tosca, y esto era lo más general. En muchas iglesias llamaban á Misa y á los Oficios divinos con campanas de palo, como se prueba en el segundo Sínodo Niceno, y en otras con un cuerno. Tanta era la pobreza de Europa».

Fuerte es el achaque que en esta materia padece el mundo americano, y es verdaderamente rara la excepción que en él no vaya al unísono con Calancha y Garcilaso: fuerte habrá de ser, pues, el remedio y de

tal eficacia que, en sí considerado, pueda curar radicalmente tal dolencia.

Expondré, pues, con datos irrecusables, y que, por lo arrinconados que yacen los más de ellos, pudiera calificar de peregrinos, la suma de metales preciosos en que abundó el mundo civilizado antes que se descubriera el colombino, y desde que en la historia del viejo se halla suelo firme en que descansar para esta clase de investigaciones.

Ni serán de peor metal otras partes de este estudio, en las que me propongo averiguar de dónde se sacaron ó vinieron las riquezas que América no ha dado, cuánto de las de ella pasó á las arcas nacionales españolas, y cuánto de lo que de ella vino fué de pertenencia particular, limitado todo, por supuesto, á las posesiones españolas y hasta el comienzo del presente siglo.

Achaque muy parecido al de los americanos trabaja á los españoles; porque así como la generalidad de los primeros está convencida de que, gracias á sus minas, empezó á verse por Europa el dinero y los objetos sagrados y profanos de oro y plata, y sin titubear sostienen que ellos eran los que con sus riquezas llevaban en hombros el peso de la monarquía española en uno y otro

hemisferio, así ó muy parecidamente creen los españoles que con sus dineros y con los procedentes de América levantaron solos las grandes cargas que sobre la nación pesaron en las guerras de Flandes, Italia, Francia y Alemania durante el siglo xvi, ó sea durante los memorables reinados de Carlos V y de su hijo el gran Felipe.

Otro de los que hay en esta materia, y elevado también al supremo rango de axioma, es que la nación española sólo fué *garganta* de las riquezas que de sus posesiones americanas recibía; y si bien es verdad que hubo fechas en que este nombre de garganta le cuadró muy bien, tomado tan en crudo y sin restricción alguna, no puede aceptarlo la historia.

En fin, yo explanaré con toda imparcialidad cuanto haya de verdadero y falso en las aserciones de Calancha y Garcilaso; qué hondo tengan los juicios de los americanos acerca de lo que de su patria recibía el Tesoro español, y cuán sin fundamento se abrazan en España las otras dos especies dichas; pero lo expondré en distintos libros y partes de esta obra. En éste sólo escribiré acerca de la riqueza conocida desde unos veinte siglos antes del Nacimiento del Señor hasta la caída del imperio griego.

Si la multitud de datos que aquí y en los siguientes libros doy, tiende, por lo homogéneo de su naturaleza, á hacer pesada la lectura de todo este trabajo, lo heterogéneo de las cosas que en él presento lleva, con la amenidad, el desenvolvimiento y conocimiento de la riqueza pública en Europa y gran parte de Asia y de Africa, y de las sociedades que en ella existieron hasta que el dedo de Dios trazó á las navecillas de Palos de Moguer el camino que habían de seguir para encontrar un Nuevo Mundo.





## PRECEDENTES

La ojeada que voy á echar por el mundo civilizado, para que los americanos tengan á mano un prontuario donde poder ver la riqueza que en él hubo desde tiempos muy remotos hasta el Nacimiento del Señor, parece que reclama una ligera noticia de las fuentes de que me he servido para afirmar lo que aquí digo, tanto más, cuanto que muchas de las cosas tenidas largos años por leyendas se hallan hoy plenamente averiguadas y recibidas como tales en el mundo científico, merced á los nuevos descubrimientos hechos en lo que va de siglo.

La primera de estas fuentes es la historia del pueblo hebreo, tal cual en la Sagrada Escritura se contiene. Ella nos enseña la prosperidad y riqueza de este pueblo, la del imperio babilónico con Nabucodonosor, la abundancia y lujo de la corte del rey Asuero, la opulencia de los caudillos militares simbolizada en Holofernes, el inmenso valor de algunos botines como el tomado á Senaquerib, y así de otras varias cosas.

Sobre fundamento tan robusto como es el de la palabra de Dios, bien puede estri-  
bar el peso de tanta y tanta riqueza, y des-  
cansar el ánimo sin titubación alguna por  
temor de engaño, de exageración ó inexac-  
titud de cualquier clase.

Otras de las fuentes que han de alimen-  
tar varias de estas páginas es la copia de  
datos arqueológicos que hace años están su-  
ministrando las ruinas de ciudades y pala-  
cios halladas en Oriente. Recordaré á este  
propósito lo antiguo de este empeño.

Sesenta años después que los persas de-  
rribaron el trono de los Faraones, pasó el  
célebre historiador Herodoto á la ciudad de  
Menfis para recoger noticias históricas de  
aquel país. Diodoro de Sicilia fué á Tebas  
con el mismo objeto, y el continuamente ci-  
tado Manetón, que entre otros títulos tenía  
el de «Sacerdote y gramático de los sagra-  
dos recintos de los templos de Egipto», es-  
cribió, reinando Tolomeo Filadelfo, un tra-  
tado acerca del Egipto, del que, afortuna-  
damente, queda lo traducido por Eusebio,  
y algunos fragmentos citados por Flavio  
Josefo.

Pero los tres centros del saber egipcio,  
ó sean los templos de Menfis, Tebas y He-  
liópolis, fueron escasos en comunicar noti-

cias á estos diligentes escudriñadores de tesoros históricos, no por carecer de ellos, sino porque casi se había perdido por completo la lectura de los jeroglíficos.

Ráfaga de luz histórica brilló acerca de esto cuando Napoleón I llevó en su célebre expedición á Egipto, no sólo soldados y cañones, sino artistas y hombres científicos que diseñaran los monumentos y estudiaran sus inscripciones.

Desde entonces los arqueólogos han procurado resarcir al Egipto del inmerecido olvido en que se le ha tenido por largos siglos. Champollion, Belzoni, Pritchard y otros, no sólo han despertado un verdadero interés por la arqueología egipcia, sino que han logrado quitar á Grecia y Roma el monopolio exclusivo que hasta principios de esta centuria han ejercido en el terreno histórico (1).

Del imperio asirio-babilónico-caldeo no son menores las riquezas históricas halladas en los libros zendos, y más aun en los monumentos trasladados á Berlín, París y Londres.

---

(1) En 1836 se estableció en el Cairo, bajo la dirección de Waln, una sociedad para facilitar el trabajo de investigación histórica.

Entre otras preciosidades de este género que posee el Museo Británico citaré la inscripción de 480 líneas, de letra pequeña y renglones muy cerrados, con que se ocupan las seis faces de un prisma exagonal hecho de aquella tierra cocida y consistente de que usaban los asirios: cuanto en estas inscripciones se contiene está generalmente de acuerdo con la Biblia.

Tranquilo ya el lector acerca de la limpieza de las fuentes históricas de que me he de valer para la composición de este y del siguiente volumen, diré en dos palabras cómo los voy á hacer á provecho de ambos.

La narración de la riqueza del pueblo que más ha influido en los sucesos del mundo, que es el romano, irá más ampliada que el resto de la materia. Menos la del griego y el hebreo; la de otros de menos interés histórico, siquiera sea relativo, la he dispuesto en cuadros, digámoslo así, pasando de unos á otros según pide la naturaleza de este modo de exponer.

Y para poder apreciar los tesoros que poseyeron reyes de naciones pequeñas ó algunos acaudalados particulares, veré de aliviar como pueda la narración, del seco y desapacible martilleo que necesariamente ha de descargar en los oídos del que tome

en las manos estos libros, todos ellos reducidos á un mismo asunto.

Claro está que no me he de detener en menudencias, ni me he de poner á hacer la historia de cada corona de oro que reciba, v. gr., tal conquistador. Relego todo esto á los apéndices, en los que se hallarán datos curiosos y entretenidos.

Mas, porque para leer con satisfacción y con provecho lo que dicen estas páginas se requiere un mediano conocimiento de las personas que intervinieron en los sucesos que se narran y de los lugares principales que se citan, del culto que se rendía á las falsas divinidades, de los atributos que se les dedicaban, de los animales que les estaban consagrados, etc., van apéndices *ad hoc*, puestos para refrescar con ellos la memoria de estas cosas cuando quiera que haga falta consultarlas.

---

### **Considerables riquezas del pueblo hebreo.**

Aunque el sagrado libro del Génesis nos asegura que Abrahán volvió de Egipto con grandes riquezas en ganados, esclavos, oro y plata, como no especifica cosa alguna por la cual podamos venir en conocimiento de lo que hoy pudiera representar en nuestra moneda todo lo dicho, dejamos solamente consignada la aserción.

El Éxodo está mucho más explícito al narrar lo que sacó el pueblo hebreo cuando salió del poder de Faraón.

Moisés, por orden de Dios, manda á los hebreos esclavizados en Egipto que pidan «cada uno á su amigo, y cada mujer á su vecina, alhajas de plata y oro». Los egipcios se las prestaron, y cuando las tenían en su poder ocurrió la muerte de todos los primogénitos de Egipto.

Faraón, y con él todos sus vasallos, daban prisa á los hebreos para que saliesen de su tierra. Lleváronse, pues, cuanto oro, plata y vestidos preciosos les habían prestado: todo, como veremos al punto, fué en cantidad crecida (1).

---

(1) Dios, Señor absoluto de todo, trasladó á los

*Beceros de oro.*—Mientras Moisés estaba en el Sinaí, urgen los israelitas á Aarón para que les fabrique un ídolo. Pide las arracadas de oro ó pendientes que las hebreas habían sacado de Egipto, para ver si con esta privación desisten de su intento; pero se las llevan á porfía. Derritió Aarón todo este oro, lo vació en un molde é hizo de ello la figura de un becerro, todo naturalmente de oro, que era el metal fundido.

970 a. de C. Temeroso Jeroboán, rey de Israel, de que sus diez tribus prestasen obediencia á Roboán, su legítimo señor, con ocasión de subir al templo de Jerusalén, manda hacer dos becerros de oro y colocarlos en Dan y Bethel, pueblos situados en los extremos de su reino.

La magnificencia á que estaba acostum-

---

hebreos el dominio que los egipcios tenían á cuanto les prestaron. Este despojo está, además, muy justificado á los ojos de la razón; porque los hebreos habían trabajado mucho en favor de los egipcios con escasísima retribución, y habían sido, además, tratados cruelmente, como la Historia Sagrada enseña. Pero nótese que los hebreos obraron así por mandato de Dios, comunicado, no á ellos individual ni colectivamente, sino por medio de Moisés, que tantas pruebas había dado de ser enviado de Dios, que quiso recompensar de este modo á su pueblo de las injusticias que con él habían hecho los egipcios.

brado el pueblo hebreo en lo que se refería al culto, hace creer que estas estatuas serían de considerable grandor y solidez.

*Tabernáculo.*—Desde que Moisés empezó su viaje por el desierto, había mandado hacer un pequeño tabernáculo y colocarle en medio de los campamentos, donde estuvo hasta la adoración del becerro. El Señor entonces ordenó á Moisés que lo sacara fuera, y esta traslación fué castigo muy sensible para el pueblo.

En este tabernáculo se había colocado y custodiaba el vaso de oro que contenía un gomor de maná, y en él recibía Moisés las órdenes que había de comunicar al pueblo.

Instruído el caudillo del pueblo de Dios del deseo que tenía el Señor de volver á habitar en el campamento, y de la traza que había de tener el nuevo tabernáculo, comunicálo á los israelitas, y anuncia que para hacerlo «se recibirían ofrendas de todas clases, pero que han de ser voluntarias».

Hombres y mujeres ofrecían oro, plata, vasos de estos metales y toda suerte de piedras preciosas. Continuando á diario las ofertas, hubo que echar pregón para que cesasen; porque, con lo ya ofrecido, se tenía de sobra para hacer cuanto el Señor había mandado.

Era el nuevo tabernáculo un santuario

de quince varas de largo (doce metros), seis de ancho y cinco de alto, formado de tablo- nes de madera de Setím, cubiertos por den- tro y fuera de planchas de oro, y fijados so- bre fuertes basas de plata. De modo que las varas cuadradas de oro que entraban en él eran cuatrocientas veinte. No he hallado el espesor de las planchas.

El techo, compuesto de cortinas, tenía cincuenta anillas de oro. El tabernáculo es- taba dividido en dos cuerpos, por medio de una cortina ó velo, pendiente de cuatro co- lumnas cubiertas de planchas de oro, con capiteles de lo mismo, y fijadas sobre basas de plata.

*El arca de la alianza.*—Era de madera de Setím, de cinco cuartas de larga, tres de ancha y tres de alta, cubierta exterior é in- teriormente de oro purísimo. Sobre ella es- taba el *propiciatorio*, que consistía en una gran plancha de oro fijada á la tapa, y en dos hermosos querubines de oro macizo, que, con las alas extendidas, ocupaban los ex- tremos.

*El altar de los perfumes.*—Tenía una vara de alto y media de ancho por todas par- tes; todo ello cubierto de planchas de oro y guarnecido con un enrejado ó coronación igualmente de oro.

*La mesa de las ofrendas y el candelero de oro.*—Medía media vara de largo, tres cuartas de alto y dos de ancho, cubierta de planchas de oro, y terminada en enrejado también de oro.

El candelero era un árbol de oro macizo, con seis brazos; en ellos y en el remate de la prolongación del tronco se fijaban siete lamparitas de oro. Tenía de peso un talento, ó sean ochenta y dos libras.

Todas estas piezas llevaban á cada lado dos anillas de oro, por las que se pasaban las varas, también cubiertas de oro, que servían para llevar estas devotas preciosidades en las marchas.

Parece, pues, que en Egipto abundaba el oro cuando con el sacado de él se fabricó el becerro, que fué luego reducido á polvo y desperdiciado, y se hicieron además tan varios y costosos trabajos para el tabernáculo, candelabro y accesorios.

*Botín tomado á los madianitas y otros pueblos.*—Los doce mil israelitas que fueron á combatir los cinco reyezuelos de Madián, trajeron al campamento de Moisés más de 16.750 siclos de oro, que se calculan en 335.000 pesetas. Nada dice el sagrado texto de la plata, pero es de creer que no faltaría entre los de Madián.

De la riqueza de otros pueblos sitos en la tierra de promisión ó sus cercanías, da sólo la Sagrada Escritura noticias generales, que bastan para nuestro intento.

De Jericó dice, v. gr., «que en su toma sólo se reservó el oro y plata, el cobre y el hierro». Del pueblo ó ciudad de Hai se tomó otro botín, al parecer no despreciable, cuando fué entrado por los israelitas: días antes, el prevaricador Achan había reservado para sí doscientos siclos de plata y cincuenta de oro.

*Idolatrías.*—Las idolatrías del pueblo hebreo empezaron no bien se establecieron las tribus en los lugares que les habían designado los sucesores de Moisés. A cada idolatría sucedía un visible castigo del Señor, el cual cesaba no bien el pueblo se volvía á Dios. El castigo era quedar Israel sometido á aquellos incircuncisos que tan fácilmente había antes derrotado.

Empezó la idolatría por admitir los hebreos al comercio los incircuncisos, y hacer alianzas con éstos; darles después las hijas de Israel por esposas, y los hijos de Jacob por maridos á las mujeres amorreas, de donde se siguió que los israelitas perdían su religión viviendo con los idólatras.

Llegó á tanto la prevaricación de Israel

en la quinta idolatría, que el Señor entregó sus hijos en manos de Madián por siete años.

Estos enemigos no les daban batallas, mas no por eso dejaban de perder la vida cuantos habían á las manos; no les imponían tributos, pero les quitaban los alimentos, talándoles los campos, arrebatándoles los ganados y quemándoles las mieses. Así vivieron los hijos de Israel en la mayor angustia y pobreza imaginables.

Pero, reconociendo el pueblo su pecado, suscitó el Señor á Gedeón para darle la apetecida libertad. Él y trescientos valientes que le siguieron derrotaron á los madianitas, que dejaron un gran botín en manos de los hebreos.

*Desinterés de Gedeón.*—Este juez de Israel, para no mostrarse desagradecido al pueblo, que quiso obsequiarle algo por sus grandes virtudes y hazañas, dijo que tomaría los zarcillos de que se habían apoderado en la guerra contra los madianitas.

Oyó el pueblo con gusto lo dicho por Gedeón, y, tendiendo en el suelo una capa, echaron en ella, no sólo los zarcillos, sino los adornos, joyeles y vestidos de púrpura tomados á los madianitas, y los collares de oro de los camellos. Sólo los zarcillos pesaron 1.700 siclos de oro, unas 60.000 pesetas.

Gedeón rehusó la dignidad real que le ofrecieron, y, más cuidadoso de la gloria de Dios que de la suya, derribó una noche el altar de Baal y la imagen de Astarte, ídolos abominables que en su ciudad habían sido adorados, y levantó, en cambio, al Señor una estatua cubierta de láminas de oro.

Siglo y medio había pasado desde que los israelitas se establecieron en tierra de Canaán; durante tan largo período de tiempo no pudo el pueblo hebreo adquirir aquella cohesión que logró más adelante, y en virtud de la cual se hizo tan temible á sus enemigos, como nos dice el sagrado texto.

El fraccionamiento y división del pueblo, causado por la disparidad de sentimientos religiosos, pues mientras parte de él daba á Jehová el debido culto, otra, y la mayor, había abrazado el de las divinidades siriacas, fué causa de verlo casi continuamente hecho presa de las incursiones de sus vecinos. Dios se lo entregaba para que, humillada Israel, hiciera penitencia.

Sin embargo, las incursiones de los moabitas, madianitas, etc., eran de índole transitoria; mayores calamidades le estaban aún reservadas en castigo de sus continuas prevaricaciones.

Porque los filisteos, pueblos belicosos,

se propusieron sojuzgarlos, y llegaron á conseguirlo de tal modo, que, después de obligar á los hebreos á entregarles cuantas armas tenían, sacaron del país á los artífices para que no les pudiesen labrar lanzas ni espadas; y si los arados, las hoces y los azadones se embotaban, ó las horquillas se torcían, los hijos de Israel se veían precisados á bajar á las ciudades filisteas para componer y aguzar sus aperos de labranza.

Quedó, pues, reducido el pueblo de Dios al sumo estado de pobreza que tan anómala y triste situación lleva consigo. Pero volvió el Señor por él con la elección que hizo en la persona de Saúl para que le aliviara de sus angustias; y, en efecto, «la espada de Saúl nunca se tornó vacía, y las hijas de Israel pudieron pronto vestirse de púrpura con los despojos de los enemigos, y adornarse los vestidos con ornamentos de oro».

Saúl, tras largas y tenaces guerras, logró, si no exterminar á los filisteos, acabar con la preponderancia de sus armas.

Reservaba Dios á David, sucesor de Saúl, tamaña gloria. Y pues nada nos dice la Historia Sagrada acerca de la corte de Saúl, ni del boato, ni de los magnates de ella, ni de las ceremonias palaciegas, etc., veamos la extraordinaria riqueza de David,

y la grandeza, poderío y tesoros de que disfrutó Salomón, su hijo y sucesor en el trono.

Cuando los filisteos supieron que David había sido alzado en Hebrón por rey, empezaron sus preparativos de guerra contra él; mas como la mano del Señor estaba con David, todo le sucedía prósperamente.

Conociendo este experimentado guerrero la falta que le hacía una ciudad bien amurallada y capaz de albergar gran número de soldados, se dirigió al país de los jebuseos, que vivían al Norte de la tribu de Judá.

Jebús, su capital, situada en alturas inaccesibles y rodeada de profundos valles y hondonadas naturales, tenía por su parte oriental, llamada Sión, muros tan sólidos, que los jebuseos se vanagloriaban de ellos, diciendo que los cojos y los ciegos bastaban para defenderlos.

Esta ciudad pareció bien á David, así para su residencia como para hacerla base de operaciones contra los filisteos. Apodórase de ella, y desde este momento fué tal el ímpetu con que los acometió, que en poco tiempo les hizo perder cuanto habían ganado en siete años de constantes luchas con los hebreos.

*Victorias de David.*—Vencidos los filisteos, volvió David sus armas contra los ama-

lecitas, moabitas y ammonitas: llamaron éstos en su auxilio al rey de Soba y á otros reyes, los cuales, vencidos por David en la decisiva batalla de Helam, sufrieron grandes daños.

Cercadas las ciudades del rey de Soba y derrotado el de Edom y otros coaligados contra David, adquirió éste pingües despojos de estas guerras. Los ammonitas, no obstante de haber gastado mil talentos de plata en el pago de las tropas auxiliares que tomaron, perdieron su capital Rabás.

Los grandes tesoros que habían encerrado en ella, por ser plaza muy fortificada, pasaron á manos de David, y con ellos la corona de oro de su rey Hanón, que pesaba un talento y estaba adornada de pedrería.

De las ciudades conquistadas al rey de Soba sacó vasos de metal y se apoderó de todos los troqueles de oro de sus siervos. Á los reyes de Damasco, de Amabón, Amalec y otros, redujo á la clase de tributarios. Toi, rey de Hamat y aliado de David, dió á éste magníficos regalos de oro y plata, probablemente por haberle librado del rey de Soba, su enemigo.

Consagró David estos despojos al tesoro de Jehová, y dió gracias al Señor por tan-

tas victorias conseguidas, en aquel magnífico canto:

«Contigo, Jehová, deshice yo ejércitos, y con mi Dios asalté muros.

»Jehová ciñóme de fuerza..., adiestró mi mano en la batalla, y mi brazo rompió el arco de acero.

»Perseguí á mis enemigos y los alcancé..., los molí como polvo delante del viento y los esparcí como el lodo de las calles...

»¡Loado sea mi protector, ensalzado sea el Dios de mi salud! »

*Preparativos para el templo.*—David había reunido en Jerusalén tesoros inmensos para el templo. Dejó á su hijo Solomón 100.000 talentos de oro, que hacen 328.000 arrobas, y un millon de talentos de plata, ó sean tres millones y 280.000 arrobas.

Para calcular la moneda que en nuestros días podría acuñarse con esta plata y oro, habrá que hacer las multiplicaciones siguientes: Para el oro; 1.<sup>a</sup> multiplicación por 25, para obtener el número de libras, que son 820.000; 2.<sup>a</sup>, esto por 16, para obtener el número de onzas, y da 13 millones 120.000 onzas de oro; 3.<sup>a</sup> multiplicación: esta cantidad otra vez por 16, para saber el número de pesos fuertes, que son 209 millones y 920.000 pesos fuertes.

Y si queremos saber cuánto es esto en pesetas, habrá que multiplicar por 5 y tendremos 1.049.600.000 pesetas.

Esto solamente por parte del oro, sin contar la mezcla que debía necesariamente de llevar si se amonedara. Repitiendo con la cantidad de plata las multiplicaciones por 25 y 16, se obtienen 1.312.000.000 pesos ftes.

*Ofrendas para el templo de Jerusalén.*—Fuera de lo que David entregó del Erario público, y es lo que acabamos de decir, ofreció de sus ahorros para el templo 3.000 talentos de oro de Ofir (casi 10.000 arrobas) y 7.000 talentos de plata muy fina (unas 23.000 arrobas), para cubrir de oro las paredes del templo, y de plata las de las habitaciones exteriores.

Á imitación de David ofrendaron los príncipes de las familias y de las tribus de Israel, los tribunos y centuriones, y también los administradores de hacienda real, para las obras del templo, 5.000 talentos y 10.000 sueldos de oro (más de 16.467 arrobas), y 10.000 talentos de plata (que son 32.800 arrobas). Estas cifras hacen, por parte del oro, 169.388.800 pesos fuertes, y por parte de la plata 22.320.000: por todo 191.708.000 pesos ftes.

El virrey D. Francisco de Toledo visitó

en 1573 los libros de cuentas del famoso cerro de Potosí, en el Perú, y halló que en veintisiete años se habían extraído de él 76 millones de pesos ensayados. Hacen éstos 125.400.000 de los corrientes (de á cinco pesetas).

Demos que, con lo no quintado por fraudes, sean 150.000.000 los extraídos. Á razón de 5.555.555 es, pues, lo que dió el cerro anualmente en los veintisiete años. Luego, para alcanzar á los 191.708.000 á que monta el donativo de David y principales personas de Israel, hacían falta treinta y ocho años de activa explotación de la mina de plata más rica que hubo en América y en sus mejores tiempos. El donativo israelítico se recogió en breve.

Cuarenta años de trabajos de todas clases había sufrido David para asegurar la corona de Israel sobre su cabeza, y á Salomón no quedó otro que la gloria de llevarla. Llamado por excelencia Rey Pacífico, se aprovechó de las victorias de su augusto padre, y se hizo amable por las dulzuras de la paz de su reinado.

Tuvo Salomón bajo su imperio todos los reinos, desde el Eufrates hasta las fronteras de Egipto, dando vuelta por las tierras de los filisteos: todos le traían presentes, y

le estuvieron siempre sujetos. Era señor de todo el país, desde Tafsa hasta Gaza, y de todos los reyes de aquellas regiones.

*Opulencia y magnificencia de Salomón.*—Ultra de la sabiduría y prudencia que el Señor dió á este rey, le prometió riquezas, hacienda y gloria, y luego se vieron cumplidas las promesas. Si hemos de hacer juicio de su magnificencia por la de su mesa y tren, no sólo es incomparable, sino que parece increíble.

La provisión diaria para la mesa era de 150 fanegas de flor de harina y 300 de la común. Se mataban cada día 30 bueyes, 10 de ellos cebados; 100 carneros, sin contar la caza de ciervos, cabras monteses y búfalos y las aves que se cebaban. Tenía en las caballerizas 40.000 caballos de tiro y 12.000 de silla.

Antes de emprender la obra del templo reunió nuevos tesoros á los que había preparado su padre, y «el oro y plata llegó á ser en Jerusalén, dice el sagrado texto, tan abundante como las piedras».

Hirán, rey de Tiro, conservó con Salomón la misma buena amistad que había tenido con David, su padre.

Necesitando Salomón de maestros hábiles en arquitectura, y particularmente en el

corte y labrado de maderas, los consiguió de Hirán, y junto con ellos grande abasto de maderas de abeto y cedro; retribuyóle Salomón estos servicios con víveres abundantes.

Otro negocio más lucrativo emprendió también con Hirán, con el objeto de aumentar la riqueza de Israel por el comercio.

Los fenicios negociaban con la Arabia meridional por caminos peligrosos para las caravanas, ya al través de Damasco y Duma, ó por Elat, á lo largo de la costa del mar Rojo. La dominación de Salomón en Iudumea aseguró la llegada á la Arabia navegando dicho mar.

Y, en efecto: en Ezingueba, ciudad idumea junto á Elat, se construyeron buques en los que los marinos de Tiro y algunos israelitas llegaron á los límites del mundo entonces conocido.

Las costas de la Arabia meridional, las orientales del África y las de la tierra de Ofir (península de Malaca, según se cree) fueron visitadas por estos expedicionarios. Al cabo de tres años de ausencia, trajo esta primera flota abundancia de oro, plata, marfil, madera de sándalo, piedras preciosas, etc. Salomón retiró de su parte cuatrocientos veinte talentos de oro.

La entrada de Israel en el tráfico de los

fenicios, y el consiguiente aumento de los capitales, produjo la depreciación del numerario, y por ende la subida de los precios en todo.

Abimelec, hijo de Gedeón, sólo gastaba setenta siclos de plata cada año en la manutención de una guardia poco numerosa que tuvo durante su simulacro de rey, y David compró en cincuenta siclos de plata la era que Arauna tenía en Sión, y dos bueyes. En cambio, parece que Salomón pagaba á los guardas de sus viñas un sueldo anual de doscientos siclos de plata: un caballo valía otro tanto; y por una cuadriga egipcia se daban hasta seiscientos. Todo iba por el estilo en los tiempos de este rey. Cada año se le traían seiscientos sesenta y seis talentos de oro, sin contar las recaudaciones de los tributos que le daban los negociantes, todos los reyes de Arabia y los gobernadores de sus propios estados. Á tan cuantiosas entradas correspondía su largueza.

Este poderosísimo monarca hizo doscientos escudos de oro finísimo: la plancha de cada uno de ellos tenía de peso seiscientos siclos de oro. Hizo igualmente trescientas adargas de oro de ley, cubiertas con planchas de trescientos siclos de oro cada una.

*Célebre reina de Saba.*—Lo bien ordenado

de cuanto pertenecía á la gobernación del Estado, las flotas cargadas de oro, marfil y plata que de Tarsis le llegaban cada trienio; los tributos de tantos poderosos y reyes que le rendían vasallaje; en una palabra, la sabiduría y magnificencia de Salomón, llevaban á Jerusalén grandes príncipes, deseosos de ver por vista de ojos tanto orden y opulencia.

La reina de Saba fué de este número: entró en Jerusalén con grande séquito de criados y acompañamiento de nobles de su corte, llevando además en pos de sí muchos camellos cargados de oro y piedras preciosas.

Salomón la declaró y explicó todas las cuestiones y enigmas que le propuso... Al ver la reina la sabiduría..., el servicio y los manjares de su mesa, los coperos y sus vestidos..., dijo al rey: «Mayor es tu sabiduría y tus obras que la fama que yo había oído...» Y le dió ciento veinte talentos de oro (que son trescientas noventa y tres arrobas y quince libras), y una grandísima cantidad de aromas y piedras preciosas.

Salomón retornó á la reina de Saba con darle todo lo que quiso y pidió, sin contar los presentes que además la hizo con magnificencia real. De este modo cumplió Dios á Salomón la promesa que le había hecho

de darle sabiduría, riquezas, hacienda y gloria.

*Grandioso templo de Jerusalén.*—Cuando ya conceptuó Salomón que tenía suficientes riquezas para edificar el templo, y suficiente acopio de materiales para que la obra no se interrumpiera, principió á fabricar la casa del Señor en Jerusalén, en el monte Moria, como Dios le había indicado á David.

Lo que propiamente se llamaba templo tenía treinta varas de largo y diez de ancho, pero dividido en dos partes: la primera, ó el lugar santo, tenía veinte varas de largo y diez de ancho; á la segunda y menor parte se llamaba el lugar santísimo, y tenía diez varas de largo é igual de ancho.

El pórtico estaba á la parte del Oriente; tenía la misma altura y anchura que el templo, y cinco varas de fondo.

Salomón cubrió todo el templo de tres artonados de cedro: el primero estaba á la altura de quince varas; el segundo á la de otras quince sobre el primero, y el tercero á la de treinta sobre el segundo, alturas que componían las sesenta de elevación del templo. La bóveda del lugar santísimo estaba cinco varas más baja que la del resto del templo.

El cedro estaba bruñido como un espejo

de metal, y por todas partes se veían esculpidas en él figuras de querubines, palmas, rosas y todo género de hermosísimas flores en alto relieve, y molduradas con tanto primor y tan al vivo, que parecían, dice el sagrado texto, saltar y salirse de la madera.

No sólo fabricó Salomón todas las bóvedas de este suntuoso templo de maderas de cedro perfectamente unidas y pulimentadas, y primorosamente cinceladas, moldeadas, sembradas de querubines, flores y admirables figuras, sino que cubrió todas las paredes de la parte interior del templo como las bóvedas, y éstas y los tablones que vestían las paredes los cubrió de planchas de oro, y las aseguró con clavos también de oro, tan ajustadamente, que no se descubría ni la parte más mínima de madera.

Era el arte en esta obra tan maravilloso, que todas las molduras y figuras que se habían entallado en la madera se manifestaban en el oro.

El pavimento estaba enlosado de precioso mármol, y éste cubierto con tablones de abeto, y los tablones con planchas de oro, como las paredes y los techos.

Para formar alguna idea de la riqueza de este templo hasta saber que las planchas de oro que cubrían sólo el lugar santísimo pe-

saban como 600 talentos, y que cada clavo de oro, de la multitud que debió de emplearse, pesaba diez onzas y media.

A la entrada de los lugares Santo y Santísimo puso puertas de madera y las cubrió con láminas de oro, y erizó la parte superior y exterior del techo de largas y agudísimas puntas de oro para evitar que las aves anidasen en él, ni aun le tocasen.

Acerca de los objetos sagrados dedicados al servicio del templo, bastará decir que ó eran de oro macizo, como los diez candelabros, las cien tazas y ciertos florones, los incensarios y calderillos, donde en los sacrificios se recibía la flor de la harina, ó chapados de oro, como los dos grandes querubines que había sobre el tabernáculo, las diez mesas para los panes de la proposición, etc. Los vasos de plata eran sin cuento, como puede colegirse de los que se trajeron de Babilonia cuando el rey Ciro permitió que regresara á Jerusalén el pueblo judío.

No estará de más decir una palabra siquiera de algunos objetos de bronce que había en esta suntuosa fábrica, en gracia siquiera de conocerla mejor.

Delante del pórtico había, á la manera siriaca, dos columnas de metal, llamadas la

una Japín, y Boas la otra. Los capiteles estaban maravillosamente adornados con ricas cadenillas, redes y mallas enlazadas entre sí con mucho artificio, y sobre estos primeros capiteles pusieron otros más delicados y rodeados de doscientas granadas, los cuales remataban á manera de azucena ó flor de lirio.

Otra hermosa obra fundida fué el pilón de bronce, que por su magnitud se llamó *mar*. Era de dos varas y media de hondura, cinco de anchura y un palmo de espesor ó grueso; estaba asentado sobre doce bueyes también de bronce. Del mismo metal eran diez grandes conchas de dos varas de largo, dos de anchas y vara y media de altas con talladuras de leones y bueyes, y colocadas sobre ruedas de bronce.

Sobre estas basas sentaban las diez conchas, y estaban cinco á un lado y cinco á otro, para lavar en ellas todo lo que debía ofrecerse en sacrificio.

Frente al pórtico del templo colocó Salomón el altar de los holocaustos; era de bronce y de diez varas de largo, diez de ancho y cinco de alto. Los calderos, calderillas, vasijas cóncavas y multitud de vasos eran en tan grande número que no se podía saber el peso del bronce empleado en ellos.

Todas estas obras, y los adornos que había de tener el templo, los fundieron los industriosos fenicios, súbditos de Hirán. Los moldes se hicieron en una tierra arcillosa que había pasado el Jordán, entre los pueblos de Sartan y Sujot.

Desde que se había empezado el acopio de materiales hasta la inauguración del templo se pasaron nueve años y medio; los dos primeros se emplearon solo en el acopio dicho. La gente empleada en esta obra fué ésta:

Extranjeros, 153.600; israelitas, 10.000; tirios, 20.000; y suponiendo que fuese igual número el que se emplease en hacer el templo, resulta que por espacio de más de nueve años se ocuparon 183.600 hombres en tan estupenda obra.

Pero no pararon aquí las grandes construcciones de Salomón: sea que creyera agradar al Señor empleándose en otras obras de magnificencia correspondientes á la sabiduría y riquezas que le había concedido, sea que ni á él ni á su espléndida corte satisficiesen ya las proporciones y el aparato de la casa que David había mandado edificar en Sión para su morada, ello es que, acabado de edificar el templo, emprendió Salomón la erección de un palacio tal que duraron sus

obras trece años. El solar escogido para esta nueva fábrica no fué en Sión, sino enfrente del templo, cerca de la fortaleza del Miba.

*Suntuoso palacio del Líbano.*—Lo formaban tres cuerpos de edificio: uno de ellos dedicado exclusivamente al rey y á sus mujeres de segundo orden, el cual comunicaba con el templo por una escalera especialmente dispuesta. Otro cuerpo estaba destinado para su mujer principal, que era egipcia, hija de Faraón, la cual recibía de las demás grandes distinciones y honores. El tercer compartimiento era común para él y la reina, y se le llamaba la Casa del Líbano.

Estos tres palacios, por su contigüidad y comunicación, venían á formar un palacio inmenso y de una imponderable hermosura. La magnificencia de las habitaciones, la extensión de las galerías, la simetría y orden de sus centenares de columnas, los espaciosos pórticos... el oro, la plata y las piedras preciosas brillaban por todas partes; la balaustrada de sándalo, construída con el traído de Ofir; la litera del rey, hecha de cedro, con columnas de plata, fondo de oro y asiento de púrpura, todo publicaba la grandeza del rey de Israel.

Los vasos de la mesa del rey y de la rei-

na, y también los del uso de la Casa del Líbano, eran de oro, porque la plata, en los días de Salomón, se reputaba por nada, como se hubiera tenido en Lima, Potosí y Méjico la moneda de cobre en tiempo de la dependencia.

Mas, entre tantas obras admirables, había una que merece especial mención, y es el trono en que Salomón se sentaba para las audiencias públicas.

Estaba delante del palacio, en medio de un espacioso atrio formado de multitud de hermosas columnas. Era todo de marfil, y se subía á él por seis magníficas gradas, sostenidas cada una por dos leones; de modo que los extremos de las seis gradas estribaban sobre doce majestuosos leones.

El trono era un pabellón en forma de media naranja, cubierto por la espalda, y descubierta por el frente y parte de los costados. En medio estaba la silla donde se sentaba el rey, y era toda de finísimo oro. Tenía dos hermosos brazos, estribados por sus remates sobre dos grandes leones, de tal modo que, cuando el rey extendía sus brazos sobre los de la silla, estribaban sus manos sobre las cabezas de los dos leones.

Todo el trono, su pabellón, sus gradas y sus leones estaban cubiertos de oro purísi-

mo, pero resaltando á su vez el oro y el marfil de un modo maravilloso, por la admirable disposición que el diestro artífice había sabido darles.

La economía y la buena administración fueron sin duda grandes en las suntuosas construcciones y en todo cuanto en ellas sirvió para ostentación y regalo. Sin embargo, á pesar de esto, de los grandes servicios de los súbditos y de las cuantiosas rentas de la propiedad particular de Salomón, al ajuste de cuentas que hizo con Hirán cuando se concluyeron las obras del templo y del palacio, resultó á favor de éste un crédito de ciento veinte talentos de oro.

Salomón, en la imposibilidad de pagárselo al contado, tanto oro, plata y pedrería había empleado en sus obras, cedió al rey de Tiro veinte lugares de los fronterizos á los límites de su reino.

Toda la inmensa riqueza que hemos hasta ahora visto acumulada en Palestina, indica evidentemente la abundancia de metales preciosos que había en Ofir, en África y en Arabia, y la que por necesidad debió de haber en los estados tributarios, pues tanto era lo que como tales enteraron al tesoro de Israel.

Con el fraccionamiento de las doce tri-

bus después de la muerte de Salomón vinieron grandes guerras, y con ellas la cautividad de Babilonia, los saqueos y destrucción del famoso templo de Jerusalén.

Las riquezas se extienden; los botines las hacen pasar de unas manos á otras; se toman y pagan tropas auxiliares; caen fuertes contribuciones sobre los pueblos, y los tesoros conocidos se reconcentran en las cortes de Asiria, Caldea y Persia.

Alejandro los dispersa, y de ellos nacen los de los Ptolomeos, Antígonos y tantos otros que, vueltos á dispersarse por el mundo conocido, afluyen á Roma, y de aquí se dividen y debilitan sucesivamente hasta la caída del Imperio romano. Esta es la tarea que nos resta exponer en otro libro.

### **De la riqueza del Imperio asirio-babilónico-caldeo. (1)**

De la riqueza de este gran imperio, figurado en la cabeza de oro de la estatua que en sueños apareció al rey Nabucodonosor, sólo diremos lo que esté muy bien autorizado y tenga conexión con nuestro intento.

El cap. x del Génesis, en el v. 8.º y si-

---

(1) Los números con que empiezan algunos párrafos, designan años antes del Nacimiento del Señor.

guientes, dice que «Nemrod comenzó á ser prepotente en la tierra, y que el principio de su reino fué Babilonia y tres ciudades más en tierra de Sennar».

Añade que de este país salió Asur, el que fundó á Nínive, á Calec y á Resen, la ciudad grande: fueron, pues, los babilonios los primeros pobladores del Imperio asirio, el cual tuvo á Nínive por capital desde los primeros días de su existencia política.

930-905. *Asurnasipal*.—Hijo de Tiglat-Adar II, rey de Asiria, fué tan extraordinariamente guerrero, que no hubo año de los veinticinco que reinó sin que llevara sus armas contra los pueblos vecinos.

Los primeros tributos que recibió como trofeos de sus victorias fueron de los príncipes de Nairi, y consistieron en carros, caballos, *barras de oro y plata* y ganado de pezuña hendida.

El de Karjemis le pagó en tributo veinte talentos de plata y ciento de hierro, siendo mayor el que impuso al de Jatti.

En una de sus excursiones llegó al río Orontes y costas del Mediterráneo, y recibió en tributo de las ciudades de Tiro, Sidón, Biblos y Arvada barras de oro, plata y plomo (1).

---

(1) Este mineral no se conocía en los países de

905-865. *Guerras de Salmanasar*.—Hijo y sucesor del anterior, cobró los tributos echados por su padre y otros nuevos, como lo atestigua en una de sus narraciones. «Desde el Eufrates, dice, me dirigí contra los de Halvan; no queriendo aceptar la batalla, me abrazaron los pies y ofrecieron tributo de oro y plata. Ricos presentes hice á Bim, dios de Halvan».

Quedan aún algunos obeliscos entre los restos del palacio que edificó en Calec, y en ellos esculpidos, año por año, los hechos guerreros de este príncipe.

Las inscripciones que nos interesan son éstas: «Tributo impuesto á Sua, rey de Kirzan: oro, plata, cobre, camellos de dos jorobas, etc.» Líneas más abajo: «tributo á Merodaj-Baladan, rey de Sukhi: plata, oro, cuernos de búfalo, tejidos», y esta otra: «tributo impuesto á Garparuda, rey de Jatti (Siria): oro, plata, cuernos de búfalo, ébano».

857-828. *Bin-nirar III*.—Bajo el poder de este monarca, nieto de Salmanasar, llegó el primer imperio asirio al apogeo de su

---

que ahora tratamos: llevaban mucha cantidad á ellos los fenicios, la cual sacaban del Occidente de Europa, y en especial de España; las grandes aplicaciones que tenía lo hacían de mucha estima y precio.

grandeza. Hasta estos últimos años sólo se conocía una inscripción referente á los límites del imperio y á los países sometidos.

Entre las particularidades que en ella se leen hay ésta: «El rey Mariah, cediendo á la fuerza de los terrores de Assur [dios del imperio] me abrazó los pies y se sometió, recibiendo yo en su mismo palacio de Damasco 2.300 talentos de plata, y 20 de oro, 3.000 de cobre, 5.000 de hierro, vestidos, imágenes de talla, sus riquezas, sus tesoros sin cuento [esto es, sus tesoros y pedrería].

Y sigue la inscripción de este modo: «Sometí é impuse tributo á todos los reyes de Caldea, ofrecí sacrificios en Babilonia, Borsippa, Kutha, moradas [respectivas] de los dioses Bel, Nebo y Nergal (1).

828-818. *Tiglat-Pilezar*.—Fué otro de los reyes asirios que más se distinguieron por sus conquistas, y de cuyo reinado no podemos prescindir por seguirse siempre á éstas el conocimiento ó noticia de gruesas sumas: así, v. gr., á resulta de aquéllas impuso al territorio de Kar-Dumias [Babilonia] tributo de 10 talentos de oro y 1.000 de plata; y

---

(1) Mr. Loftus halló esta estatua de Nebo, la cual está ahora en el Museo Británico.

acerca de lo que hizo en el Eufrates menor dice, después de narrar su victoria sobre Ukinzir: «Merodaj-Baladan, que no había venido á pagar tributo ni á besar los pies del rey, cediendo á la fuerza del terror de Assur, mi Señor, se me presentó en la ciudad de Sapiya y me besó los pies.

»Recibí de él en tributo oro, polvo de su país [incienso?] en gran cantidad, vasos de oro, piedras preciosas, productos del mar, bueyes y ovejas».

Fuéronle también tributarios los medos y los persas; pero la inscripción creo que no especifica la materia del tributo.

No era difícil prever que, no bien faltara al pueblo asirio monarca tan activo y guerrero como cualquiera de los dichos, caería el imperio por la fuerza de su propio peso; y así fué.

Desde 818 á 800 cesaron las conquistas, y en este intervalo hubo frecuentes alzamientos en las provincias lejanas, y aun en las menos apartadas de Nínive, la capital.

El año de 800 subió al trono Assurlikus, el que los griegos llamaron Sardanápalo: tuvo el medo Arbaces ocasión de verlo en su palacio de Nínive, en traje de mujer y sentado entre ellas, ocupándose en labores propias de este sexo.

Juzgó el medo que rey tan degradado sería incapaz de sostener por mucho tiempo en su cabeza corona tan pesada como la asiria, y comunicando éste su pensamiento con Phul, que gobernaba las provincias babilónicas, tramaron juntos la conspiración que debía separar de Nínive los países adheridos á ella por la sola fuerza de las armas.

Phul debía soliviantar los ánimos de los babilonios y caldeos; Arbaces á los medos y persas.

So pretexto de relevar las guarniciones, se juntó bastante número de soldados, y la insurrección no tardó en manifestarse. Abandonó Sardanápalo al punto sus ocios y placeres, reunió tropas asirias, y á la cabeza de ellas desplegó tanto valor, actividad y energía, que por tres veces seguidas derrotó á los alzados.

Hiciéronle traición los que llamó en su socorro de las proximidades del mar Caspio, pues se unieron al enemigo; y no teniendo Sardanápalo otro recurso, se encerró en Nínive.

Dos años consecutivos estuvo sitiado en ella, defendiéndola valerosísimamente; mas una gran inundación del Tigris derribó veinte estadios de muralla, y desconfiando con este motivo de poder prolongar con éxito la

resistencia, se encerró en una habitación de su palacio con sus riquezas, mujeres y criados, y dando fuego á la pira, dispuesta de antemano, perecieron todos en las llamas, año de 789.

De esta destrucción del primer imperio asirio salieron los estados independientes de los medos, babilonios y susanos. Asiria quedó incorporada al nuevo reino de Babilonia, como provincia dependiente de ella.

Graëtz, en su *Historia de los judíos*, afirma que la primera vez que se vieron tropas en Israel, ya separada de Judá, fué en el reinado de Phul. Sin embargo, en las Memorias de los reyes asirios anteriores á Sardánápalo se lee diferentes veces que Israel les tributaba, lo cual difícilmente se separa de las armas. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que

770-747. *Phul*, rey de Babilonia, invadió el reino de Israel, ocupando Manahen el trono que levantó Jeroboán. Poco amado de sus súbditos, y acaso aborrecido de los más, se apresuraron los amigos de sello, asesinado por Manahen, á excitar al invasor para que destronara á éste.

Prevínolos el rey de Israel, dando al caldeo Phul 1.000 talentos de plata, suma que no salió del Erario público, sino que la apron-

taron, bien contra su voluntad, los ricos del reino, á razón de cincuenta siclos de plata cada uno.

### **Segundo imperio asirio.**

Con la muerte de Phul, acaecida en 747, acabó en Asiria la dominación caldea; porque, como para destruir el Imperio asirio se habían juntado con los caldeos de Babilonia los medos y los de Susa, no bien faltó el babilonio, avergonzados los asirios de la ominosa dependencia en que estaban de los caldeos, se alzaron contra ellos y los vencieron con tanta más facilidad, cuanto que los medos y susianos, contentos y tranquilos con su independencia, no tomaron parte en estos acontecimientos.

744. *Tiglat-Pilezar II.*—Éste fué el que acaudilló las tropas asirias, y el aclamado para ocupar el trono de Sardanápalo. No costó trabajo al nuevo rey reconquistar buena parte de los antiguos dominios, acostumbrados como estaban á la dominación de Nínive; pero alguna resistencia halló en Arpad, ciudad fuerte á tres millas de Alepo, la cual tomó tras porfiado asedio.

Mas, no bien se alejó de ella el vencedor, se alzó, contando con los auxilios de los

príncipes siros, y en particular con el de Ozias, rey de Judá.

Las inscripciones de Tiglat-Pileasar II dicen terminantemente que este rey fué el alma de la liga contra él, la cual, sin embargo, no parece que tuvo consecuencias.

Túvolas, y graves, la que con Rasín, rey de Damasco, formó el de Israel Facee en 734 en contra del asirio. Porque, creyéndose estos aliados fuera del alcance de Tiglat-Pileasar, hicieron la guerra á Acaz, rey de Judá, el cual, desconfiando del buen éxito que para él tendría, llamó en su auxilio al nini-vita.

Opúsose cuanto pudo á este paso de Acaz el Profeta Isaías, diciéndole: «No temas ni se enternezca tu corazón á causa de estos dos cabos de tizón que humean [Rasín y Facee], que no invadirán el suelo de Jerusalén».

Acaz no dió oídos al Profeta, y envió embajadores á Tiglat-Pileasar para que le defendiese de los reyes de Siria é Israel. Cuando Isaías tuvo aviso de lo hecho por Acaz, le profetizó la pérdida de su reino, la del de Damasco, y la no lejana del de Israel.

Aceptó el rey de Asiria la embajada de Acaz; pero tardó un año entero en ir á su socorro, aunque estaba sitiado por sus dos

enemigos. Con esta bien estudiada dilación pretendía que el sitiado Acaz y los dos sitiadores se debilitasen mutuamente.

Al fin movió Tiglat-Pilezar sus tropas contra Damasco, y esto obligó á Rasín á levantar el sitio y salirle al encuentro al invasor. El rey de Israel se retiró al mismo tiempo que el de Siria, y se apresuró á poner su reino en buen estado de defensa.

Todo en vano: el siro Rasín pereció con las armas en la mano, y con él acabó su reino, y el rey de Israel fué castigado con la pérdida de las tribus de Rubén, Gad y Manasés, que fueron diseminadas por Siria, como lo fueron por Armenia las principales familias de Damasco.

Esta guerra proporcionó á Tiglat-Pilezar II grandes riquezas.

De Acaz recibió tan gran presente cuando le envió los embajadores, que, como leemos en los Libros de los Reyes, «tomó para hacerlo cuanto oro y plata encontró en el templo y en el palacio real.»

Se tiene esta inscripción de Tiglat-Pilezar II: «Conduje á Siria á los principales moradores del país de Bet-Omrí (Israel), y de ellos recibí, como tributo, diez talentos de oro y 1.000 de plata». Es tenido este monarca por el primero que sacó pueblos en-

teros de su país natal para llevarlos á otros.

Nada puede hacer formar mejor concepto de la riqueza y poderío de este príncipe, y de la extensión y rapidez de sus conquistas, como el recordar que cuando apareció por primera vez en el Norte de Siria, hacia el año de 743, había ya recibido en Arpad el tributo de diez príncipes; cuatro años después, en 739, se le pagaron diez y ocho, y le rindieron pleito-homenaje veinticinco soberanos.

721. *Sarrukin*.—La Sagrada Biblia dice que «Salmanasar, rey de Asiria, movió sus armas contra Oseas, y lo hizo prisionero, que por tres años tuvo cercada á Samaria, de la cual se apoderó el rey de Asiria».

La mala interpretación de este pasaje ha hecho creer á algunos que Salmanasar fué el que se apoderó de la capital de las diez tribus. Fué el caso que el rey de Israel Oseas, viendo á Salmanasar, hijo de Tiglat-Pile-sar II, empeñado en las guerras de Fenicia, se alió con Suc, rey de Egipto, para sacudir el tributo que pesaba sobre su pueblo de Israel.

Salmanasar, que descubrió con tiempo los manejos de Oseas, cayó sobre la capital de su reino, habiéndose antes apoderado de la persona de Oseas; y aunque empezó,

efectivamente, el cerco de Samaria, murió sin haberse apoderado de ella.

Quedó Sarrukin por tutor del hijo de éste, Salmanasar, y luego por rey usurpador del trono, y ya, como rey de Asiria, rindió en 721 á Samaria, como lo especifica él mismo en sus anales. Con la toma de Samaria quedó extinguido, como había Isafas profetizado, el reino de Israel y hecho provincia del segundo imperio asirio.

De la riqueza tomada en Samaria no he hallado razón; puede, empero, deducirse que no sería cosa baladí, cuando el mismo Sarrukin asegura haber retirado, como parte que le cupo en el botín, hasta cincuenta carros cargados de despojos.

Las largas inscripciones del palacio de Khorsabad han dado á conocer del modo más minucioso el reinado de este usurpador: para nuestro objeto nos bastan algunas líneas de ellas, v. gr.: «Impuse tributo de oro y caballos, de camellos y aromas al Faraón de Egipto, á la reina de Arabia, Samsia, y al sabeo Yatamir...; sitié y me apoderé de Azoth, y me llevé cautivos á sus dioses [las estatuas], las mujeres y los hijos del rey, sus tesoros, cuanto tenía en su palacio, y hasta los habitantes de Azoth».

Lo que con mayor fruición cuenta Sa-

rrukin es su encuentro con Merodach-Baldan, rey de Babilonia: «Había levantado contra mí las tribus nómadas...; me temió y abandonó Babilonia parra encerrarse en la fortaleza de Dour-Yakin, que su padre había levantado...; lo vencí en el campo de batalla, y la misma tarde vino á someterse-me...; en el campo se encontró su tiara, el cetro, el parasol y el trono, objetos todos de oro, y el carro de plata...; en el saco de Duar-Yakin tomé cuanto oro y plata poseía el rey de Babilonia, sus hijos y esposa».

No olvida la embajada de los habitantes de Chipre para humillarse ante él: la recibió en Babilonia, y le presentaron los embajadores chipriotas cantidad de oro, plata, vasos preciosos, madera de ébano y variadas fabricaciones propias de la isla.

¿Qué destino dió Sarrukin á tal riqueza? Dígalo él mismo. Nínive continuaba en ruinas desde que fué tomada en los días de Sardanápalo. Sarrukin se propuso hacer otra capital de Asiria que sobrepujara en todo á la antigua Nínive. Construyó, pues, á diez y seis kilómetros de ella y en solo cinco años (711-706), la hermosa ciudad de Dour-Sarrukin (hoy Khorsabad), verdadera maravilla.

El palacio excedía á toda ponderación, y

en él echó Sarrukin el resto de su magnificencia: «palacio de incomparable esplendor» le llama, y se complace en describirlo. «En él está escrita, dice, la gloria de los dioses...; todo él se halla cubierto de pieles de cetáceos, y las maderas de cedro, ébano, sándalo y ciprés abundan por todas partes... Reuní en él oro, plata, vasos hechos con estos metales, paños riquísimos teñidos de azul y púrpura, ámbar gris y perlas...» Sarrukin murió asesinado, sucediéndole en el trono

704. *Senaquerib*.—El más célebre de los conquistadores asirios. Una sola expresión suya basta para entender hasta dónde llegó su poder y la grandeza consiguiente: «Humillé á cuantos llevaban alta la cabeza».

Tocar, siquiera por encima, todas y cada una de las expediciones que llevó á cabo en los veintitrés años que reinó, y enumerar, aunque no sea más que á la ligera, los despojos en ellas adquiridos, sería tan cansado como inútil: me ceñiré á lo más capital tan solamente.

Merodach-Baladan, hijo del vencido por Sarrukin, se puso en armas contra el nuevo rey asirio, sublevándole la Caldea y titulándose rey de ella. Senaquerib partió en su busca como un rayo; lo encontró unido con

el rey de Elam, y en la gloriosa acción de Kis los redujo á polvo.

Cedo la pluma al Sr. de Lenormant, subbibliotecario del Instituto de Francia, para que él traduzca á su propia lengua lo que acerca de esta batalla se halla escrito en el prisma de que hablé en los *Precedentes*. «Au milieu de la bataille il (Merodach-Baladan) s'éloigna furtivement... Les chariots, les chevaux qui étaient dans la mêlée, se tournèrent contre lui; seul il s'échappa vers son palais de Babilone.

»Mais j'ouvris son trésor, j'y saisis de l'or, de l'argent, son mobilier, ses vêtements, sa femme, ses hommes, ses grands, les esclaves mâles et femelles, les domestiques du palais, les soldats; je les fis sortir et je les vendis comme esclaves. Avec l'aide d'Assur, non seigneur, j'assiégai 79 grandes villes (1) fortes de la Chaldée, et 820 petites bougardes des environs»...

Con tamaña derrota nada quedó al caldeo; pues tesoros, plazas fuertes, ejército, todo pasó á poder de Senaquerib: sin em-

---

(1) Dunquer lee ochenta y nueve. Este autor, tomándolo de Scrauder y de la inscripción de Nebi Junus, como él lo dice, añade que fueron 208.000 hombres y mujeres.

bargo de esto, no quedó postrada Babilonia, como pronto tendremos ocasión de ver.

Victoria muy parecida á ésta alcanzó también del rey de Egipto, que, en unión del de Etiopía, Meroe, le dió la batalla en Eltheca. Con todo, no siempre le fué tan prósperamente como ahora; pues, bien sea que Senaquerib desvirtuó completamente los hechos, bien que posteriormente á esta campaña volviera de nuevo contra los egipcios, es absolutamente cierto que, no habiendo llevado la mejor parte de la guerra, se retiró á sus provincias asirias para rehacerse.

Como hacía años que el reino de Judá pagaba á los reyes asirios vergonzoso tributo, dados los antecedentes del pueblo hebreo, quiso Ecequías, su rey, librarlo de él aprovechando la ocasión, ó, mejor, la situación á que Senaquerib estaba ahora reducido.

Hizo ó estrechó sus alianzas con los reyes comarcanos, y con el de Egipto, que era el más fuerte, como con ninguno, y negó resueltamente á Senaquerib el acostumbrado tributo.

Vanamente clamaba Isaías contra lo hecho por el rey de Judá, diciendo: «La fortaleza de Faraón será confusión vuestra, y la

confianza en la protección de Egipto vuestra ignominia».

Repuesto el rey de Asiria de sus pérdidas, se preparó para castigar al reino de Judá, no de otro modo del que Salmanasar y Sarrukin habían empleado con el de Israel.

Rompió, pues, por Judá con más de 185.000 hombres, se apoderó de cuarenta y cuatro ciudades y sacó de ellas 250.150 personas de toda edad y sexo. Sitiaba á Laquis, plaza bien defendida, y temeroso Ecequías de las consecuencias, le envió embajadores ofreciéndole cuanto oro y plata quisiera si se retiraba de Judá.

Aceptó la oferta el engreído Senaquerib y pidió á Ecequías treinta talentos de oro y trescientos de plata de los allí usados, que, por ser dobles, equivalían á ochocientos de los sencillos ó asirios. No pudiendo Ecequías reunir cantidad tan alta ni con cuanto oro y plata se halló en la casa de Jehová y tesoros del palacio, fundió las puertas y los quiciales del templo, que él mismo cubriera de oro, y lo dió todo al rey de Asiria.

Recibió Senaquerib lo estipulado; mas, lejos de salir del reino, se presentó con sus huestes delante de Jerusalén pidiendo y aun exigiendo su entrega.

De este modo vemos cumplida la profe-

cía de Isaías; el Faraón de Egipto no ayudó en nada al rey de Judá, el cual perdió ciudades, vasallos y gruesa suma de oro y plata. De qué modo se vió el asirio precisado á levantar el sitio que había puesto á Jerusalén, nos lo dice la Biblia.

El ángel del Señor pasó todo el ejército en una noche al filo de la espada, quedándole á su general y rey sólo su guardia, con la que huyó á ocultar entre los suyos la vergüenza y el despecho que le causó tan desastrada expedición.

Toda Jerusalén salió apresurada á contemplar los terribles efectos de la ira del Señor. Las riquezas halladas en el campo de los sitiadores fueron sobre todo número: revuelto con los cadáveres de los asirios estaba lo dado por Ecequías, y el lujo del opulento imperio ninivita.

El tesoro de Judá se llenó repentinamente de oro y plata, y el palacio real de vasos magníficos, de piedras preciosas y de aromas exquisitos.

Al rumor de tan gran desastre vino á Jerusalén, evadido de su prisión, Merodach-Baladan, para buscar en Ecequías un protector que le ayudara á escalar el trono de Babilonia: ¿ignoro si lo halló ó no; ello es que Merodac-Baladan hizo armas contra Se-

naquerib, y que éste, después de derrotar al pretendiente, puso á Assournadin, su hijo, en el trono caldeo, el cual murió al poco tiempo de ocuparlo, y, en menos de un año, su sucesor en él.

Nuevas revueltas y de la misma índole forzaron á Senaquerib á empuñar otra vez las armas: cubrióse de gloria en esta campaña, y tras ella se estableció aquella paz que le dió tiempo y descanso para llevar á feliz término lo que tanto tiempo hacía que deseaba: la reconstrucción de Nínive. « J'ais relevé tous les edifices de Ninive ma royale cité... J'ai reconstruit ses rues anciennes, j'ai elargi les plus étroits, j'ai fait de la ville entière une cité resplandissante comme le soleil ».

Esta corta inscripción dice, sin necesidad de amplificación alguna, qué ríos de oro y plata debieron de salir de las arcas asirias, ó, hablando con propiedad, ¡cuántas orzas ó tinajuelas de barro, llenas de oro y plata, debieron de romperse para cubrir los gastos que suponen tan costosas obras!

Senaquerib murió asesinado por dos de sus hijos.

## **Apogeo y fin del segundo imperio asirio.**

681-647. *Asaradon y Asurbanipal.*—Ningún provecho sacaron de su parricidio los asesinos de Senaquerib, porque Asaradón, su cuarto hijo, los obligó á expatriarse, quedando él en el trono.

Fué guerrero como su padre, y afortunado más que él, pues imperó, no solamente en el Golfo pérsico y Siria, sino también se hizo obedecer de los medos y árabes en una extensión de territorio mayor que la que ninguno de los reyes sus antecesores había logrado. Conquistó además el Bajo Egipto, y lo distribuyó en veinte gobiernos ó provincias.

Las riquezas que atesoró en tantas y tan afortunadas conquistas, las puso en cuatro líneas en el gran libro de la Historia. «Para conmemorar mis victorias mandé que con los despojos recogidos en ellas se levantasen en Asiria y Babilonia treinta y seis grandes templos, los cuales cubrí de oro y plata».

En plena y tranquila posesión de sus estados, y en todo el brillo de su gloria, cedió la corona á su hijo Asurbanipal en 668: todo el pueblo rindió homenaje sin dificultad al nuevo rey. Pero á la sombra de este cambio

se alzó lo conquistado en Egipto, llegando Urdamanes á batir completamente en Menfis al ejército asirio; mas duróle poco el placer de la victoria, porque Asurnipal fué contra él, lo venció en batalla campal y aun lo destruyó, dejándolo «como si hubiera pasado sobre él un viento impetuoso».

Particularizando Asurnipal algo de los efectos de este triunfo, se expresa en esta forma: «Me llevé los tesoros de Urdamanes, dos grandes obeliscos situados delante de la puerta del templo [de Tebas] é innumerables despojos».

En sus días fué también cuando Giges, rey de Lidia, viéndose fuertemente atacado por los cimerios, le pidió auxilio, contestando á la demanda con el envío de un cuerpo de tropas escogidas que dieron á Giges la victoria; declaróse este rey súbdito del de Asiria, quedando de este modo establecida la supremacía del segundo Imperio asirio en toda el Asia Menor hasta el mar Egeo.

Entre tantos aliados como reconocían autoridad al rey de Asiria, no faltaban ni descontentos ni conspiradores: su propio hermano el gobernador de Babilonia, las provincias susianas y las de Arabia se le rebelaron; pero todo lo venció el denodado monarca, que acabó sus días con la satisfac-

ción de haber llevado el imperio asirio al punto culminante de su gloria.

Con los muchos metales preciosos que recogió en sus no interrumpidas y bienhadadas campañas terminó el suntuoso palacio de Nínive, obra del rey Senaquerib, el más afamado, como dijimos, de todos los de Asiria.

606. *Destrucción de Nínive.*—Mientras en prosperidad tan grande iba el imperio fundado por Assur, amenazando señorearse de todo el mundo, se conjuraban contra él los medos y caldeos, guiados éstos por Nabopolasar, aquéllos por Ciaxares, los cuales desempeñaron entonces el mismo papel que Phul y Arbaces en el reinado de Sardanápalo.

De mucha ayuda les fué para su intento que el rey de Nínive, Sarua, careciera de las cualidades guerreras de su padre y abuelos. Sitiaron, pues, la capital asiria; y, aunque la resistencia fué tenaz y gloriosa, no quedó de la opulenta Nínive piedra sobre piedra.

Nada de extrañar es que los historiadores orientales borrarán á Nínive de sus páginas; la vergüenza de su ruína en unos, y el deseo de no recordar con su nombre, en otros, la sumisión en que tuvo tantos pue-

blos, pudieron cooperar de consuno á que no tengamos pormenores de los últimos días de la capital del Asia.

Los libros santos son los que, hasta ahora, bajo valientes y significativas hipérboles, nos dan idea de la riqueza y esplendor de esta celebérrima ciudad.

Nahún y Sofonías se han, como quien dice, disputado la palma en la descripción de los postreros días de la ciudad asiria. «¡Ya sale, oh Nínive, á campaña aquel que ante tus ojos devastará tus campos y estrechará tu sitio!... ¡Ay de ti, ciudad sanguinaria, llena toda de fraudes, y de extorsiones, y de continuas rapiñas!... Yo haré recaer sobre ti tus abominaciones, y te cubriré de afrenta, y te pondré de modo que sirvas de escarmiento... Estruendo de látigos, estruendo de impetuosas ruedas, y de relinchos de caballos, y de carros ardientes, y de caballería que avanza, y de relucientes espadas...; ¡robad, oh caldeos, la plata; robad el oro: es inmensa la riqueza de sus preciosas alhajas!»

*De otras fuentes de la riqueza asiria.*—

Serían necesarias muchas planas para tratar este punto con mediana extensión siquiera, y no es la ocasión de ello, pues sólo pretendiendo en este libro y el siguiente hacer, no historia, sino un inventario, no del todo seco

y descarnado, de la riqueza que hubo en el mundo civilizado desde los tiempos de Abraham hasta el Nacimiento del Señor.

Por considerables y frecuentes que queramos suponer los botines tomados en las plazas expugnadas ó en el mismo campo de batalla, y por cuantiosos que fueran los tributos impuestos y cobrados á los pueblos vencidos, puede aceptarse sin grave error que todo ello se consumiría en los imprescindibles gastos de guerras tan continuadas y aun tenaces como las que el lector habrá recordado con nuestras ligeras indicaciones.

Esto admitido, ¿de dónde tiraba rentas el imperio asirio para desplegar el lujo de que por todas partes estaba rodeado? ¿Se trata de palacios? Pues en ellos se prodigaba el alabastro blanco, gris y amarillo en todas las habitaciones, hasta tres metros de altura; el resto de la pared iba revestido de ladrillos cocidos y barnizados, y en partes esmaltados de colores.

Las vigas de la techumbre se adornaban con tallados hechos en ellas con incrustaciones de marfil, con láminas de oro y plata y con rica y vistosa pedrería, ornato aplicado también á los muros exteriores.

¿Se trata de indumentaria en las personas acomodadas? Pues vestidos talares con

frangas de riquísimos bordados; zarcillos, brazaletes, anillos y alhajas de gran precio, completaban el vestuario.

Vasos de bronce, oro y plata sin cuento en cada mansión real, y numerosos en las particulares.

El manantial que alimentaba tanto lujo se repartía por tres distintos arcaduces. Era el primero el de la agricultura, acerca de la cual dice Lenormant en su *Historia Antigua del Oriente*: «Aucun autre peuple de l'antiquité n'alla plus loin dans le domaine de l'art agricole, et sur bien de points de cet art les modernes ont réinventé, mais n'ont point dépassé ce que faisaient les Babyloniens et les Ninivites».

Una red de acequias y canalizos se extendía por todo el país dando vida á aquellas llanuras, tanto más sedientas cuanto menos fecundadas por las aguas del cielo, que allí apenas se conocen.

Asegurada una cómoda subsistencia por la abundancia de los frutos de la tierra, podían los asirios dedicarse á las artes industriales, como hicieron con provecho suyo y del Erario público.

Las telas asirias, teñidas de colores muy vivos, eran célebres en aquellos tiempos por lo hermoso y variado de los estampados

de flores que llevaban, por la variedad de símbolos propios de las divinidades del Imperio, por la gracia de las figuras humanas que en ellas iban dibujadas. Buscábanse con cierto empeño dentro y fuera del reino.

La industria metalúrgica estaba también muy adelantada, tanto en las obras en que entraban solos los metales, puros ó aleados, como en las que entraban mezclados, v. gr., en las incrustaciones. Los trabajos en bronce repujado eran muy frecuentes y comunes, y con este metal se componían muy bien muchas habitaciones secundarias. Con él se labraba además muy crecida suma de vasos que, como los cincelados de oro y plata, se llevaban por los negociantes á todas partes.

Fe hace de ello Temístocles, que dice en sus cartas lo buscados que eran en Atenas los vasos asirios en los días de las guerras médicas; varios se han encontrado también en los sepulcros de Etruria y países occidentales de Europa.

Con la segunda y definitiva destrucción de Nínive empezó la gran importancia histórica de Babilonia. Pasando por alto los principios y vicisitudes del reino caldeo antes de que formara parte del asirio, lleguemos á Nabopolasar, que fué el verdadero fundador del babilónico.

Las alteraciones ocurridas en los días de Phul y otras de no menor cuerpo histórico, como los trastornos causados por Merodach-Baladan, sacaron por cortos períodos de tiempo el país caldeo de la sujeción ninivita. Mas, después de la segunda toma de Nínive, los medos y babilonios se repartieron el reino asirio, llevándose Nabopolasar la mejor y mayor parte. Faraón Neco, rey de Egipto, sacó también la suya, apoderándose de casi toda Siria.

625-604. *Nabopolasar*.—Conociendo las intenciones del egipcio, que eran las de pasar adelante en sus conquistas, y sintiéndose muy débil por los trabajos y los años, asoció al trono caldeo á su hijo Nabucodonosor, á fin de que contuviera los progresos de Neco.

Las dos grandes guerras que hacia 606 sostuvo simultáneamente con Asiria y Egipto, triunfando en ambas, supone que pudo disponer de ingentes caudales. ¿Qué si consideramos las estupendas obras que Nictocris, su mujer, llevó á cabo en Babilonia, recelosa de que más ó menos pronto los medos, entonces amigos y aliados, habían de ser enemigos del Imperio que á una con Nabopolasar fundaban? ¿Qué sumas no exigirían las obras civiles llevadas á cabo por Nictocris?

604-561. *Nabucodonosor*.—Mientras Nabopolasar, su padre, apretaba el cerco de Nínive, él limitaba primero los avances de Faraón Neco, y luego, derrotándolo bajo los muros de Karkemisch, lo constreñía á encerrarse en su reino, de donde no volvió á salir. Desde el torrente de Egipto hasta el Eufrates salió del poder de Faraón Neco, y pasó á poder del nuevo monarca de Caldea.

El reino de Judá, aunque reducido, era rico y codiciado, y su tendencia á la alianza egipcia manifiesta. La muerte de Nabopolasar llevó á su hijo á Babilonia: ocupado en cimentar bien el nuevo imperio, no molestó á los judíos; pero como quiera que Joaquín, rey de Judá, hubiera sido puesto en el trono por Faraón Neco, y declarádosele tributario pagándole al año un talento de oro y ciento de plata, disgustado Nabucodonosor de esta alianza, bajó en persona sobre Jerusalén, la tomó y se llevó preso á Babilonia al rey Joaquín y buena parte de los principales varones de Judá.

Agradaron mucho á Nabucodonosor los vasos del templo, recientemente restaurado en todo por Josías, se llevó de ellos cuantos quiso, y los mandó poner en su tesoro.

Sedecías, último rey de Judá, aunque había recibido la corona de mano de Nabu-

codonosor, á condición de no hacer tratado ni alianza con los egipcios, y de seguir pagándole el mismo tributo que su padre y abuelo, estuvo buen rato lejos de cumplirlo.

Porque, aparentando gran sumisión al déspota de Babilonia, y aun visitándole en su propia corte, le urdió, durante ocho años enteros, un complot tan bien callado y preparado, que dejó estupefacto la noticia al potentísimo rey de Babilonia. Entraron en él los más de los reyes de Siria, y con gran coraje el de Egipto.

Así escudado Sedecías, hombre impío, y sin acordarse, ó despreciando la profecía de Isaías acerca de que Judá no recibiría auxilio de los reyes de Egipto, negando el tributo al rey caldeo, se lanzó á la guerra.

Cayó éste sobre Judá con la impetuosidad del rayo, y cercó á Jerusalén: los coaligados de Siria no se osaron meter en tan conocido peligro, y se estuvieron quietos; sólo el de Egipto movió tropas para ayudar á Sedecías, y esto obligó á Nabucodonosor á levantar el sitio apresuradamente y á salir al encuentro de las fuerzas egipcias.

Duró poco el júbilo en la ciudad, pues el socorro de Egipto, aunque muy ponderado, fué de poca consideración y deshecho por los caldeos.

Volvieron, pues, sobre Jerusalén; y aunque Sedecías peleó heroicamente, la entraron á saco las tropas caldeas, con la ferocidad en el corazón y el hierro en la mano. Todo cuanto pareció de algún valor, fué remitido á Babilonia; se demolieron las torres y fortalezas, se dió fuego á la ciudad y quedó Jerusalén hecha un montón de cenizas y ruinas humeantes.

Entre las magníficas obras á que Nabucodonosor dió cima en sus cuarenta y tres años de reinado, enumeraré las siguientes como las más principales, sin separar de ellas otras muchas que me obliga á omitir la indispensable brevedad de esta especie de índice general que estoy haciendo acerca de la riqueza antigua, que es lo único que exige el plan de toda la dilatada obra que hace años tengo emprendida, y de la que este y los demás libros anunciados en la introducción forman parte integrante, pero no esencial, á la historia de nuestra dominación en el mundo americano.

Volviendo á Nabucodonosor, recordaré de él las grandes obras siguientes, en las que el oro, la plata y otras especies valiosísimas entraban por mayor.

La primera de estas obras colosales fué la reconstrucción casi completa de la pirá-

mide de Val-Saggaton, en la cual pretendían los sacerdotes caldeos que estaba enterrado el dios Bel-Merodach: oigamos lo que el mismo Nabucodonosor dice respecto á la obra que en ella hizo; pero oigámoslo traducido, de la lengua en que él lo escribió, á la francesa, en que lo tradujo Lenormant: «Val-Saggaton est le grand temple du ciel et de la terre, la demeure du maître des dieux Mérodach. J'en ai restauré le sanctuaire, le lieu de repos de la souveraineté, en le re-vêtant d'or pur».

Para entender bien toda la grandeza de la obra que en esta pirámide hizo Nabucodonosor, traeré á la memoria que toda ella estaba dividida en tres partes. En la baja ó inferior se hallaba el santuario de Nebo; en la del medio, la cámara sepulcral de Bel-Merodach, dios del imperio, en la que se consultaba el oráculo; y en la superior, lo que la inscripción de Londres llama «el santuario místico de Merodach».

Sabida así la disposición interior de la pirámide, sepamos también las obras que en ella hizo el gran rey de Babilonia, el *Rex regum* de Daniel. «J'ai entrepris dans Val-Saggaton la restauration de la chambre de Mérodach; j'ai donné à sa coupole la forme d'un lis, et je l'ai revêtue d'or ciselé,

de sorte qu'elle resplendit comme le jour...

A la Haute-Colline où se prononçaient les destinées, en dehors de notre ville, se trouvait l'autel des destins...; l'autel de la souveraineté du sublime maître des dieux, Mérodach, avait été fait en argent par un roi ancien; je l'ai fait revêtir d'or pur d'un poids immense...

J'ai recouvert d'or pur les poutres énormes de cyprès employés à la boiserie de la chambre des oracles; dans la portion inférieure de la boiserie j'ai fait des incrustations d'or, d'argent, d'autres métaux et de gemmes...

J'ai fait incruster de verres et de gemmes la voute du sanctuaire mystique de Mérodach, de sorte qu'elle représente le firmament avec ses étoiles.»

Borsippa, ciudad dedicada al culto de Nebo, fué enriquecida por Nabucodonosor con la Val-Zida ó *mansión eterna* que levantó de planta.

«J'en ai completé la magnificence avec de l'or, de l'argent, d'autres métaux, des pierres, des briques vernissées...

J'ai recouvert d'or la charpente du lieu de repos de Nébo. Les traverses de la porte des oracles ont été plaquées d'argent. J'ai incrusté d'ivoire les montants, le seuil et le

linteau du lieu de repos. J'ai recouvert d'argent les montants en cédre de la porte de la chambre des femmes...

J'ai plaqué de zones alternatives de marbre et d'autres pierres le sanctuaire du Dieu.»

Las inscripciones cuneiformes de Nabucodonosor dan también preciosos é interesantes detalles acerca del modo de administrar su dilatado Imperio, y aun llegan á particularizar el valor de los botines tomados á los enemigos, ya en las ciudades rendidas ó entregadas, ya en los campos de batalla.

Me hará gracia el lector de la omisión circunstanciada de ello, y vengamos á la célebre estatua que mandó colocar en las cercanías de Babilonia para ser adorado en ella como dios.

Tenía esta famosísima estatua sesenta codos de alto por seis de ancho, desproporción grande y que hace entender que la columna ó pedestal sobre que descansaba era elevada. Se ha discutido si todo este monumento era de oro macizo, si era hueco, si fué de madera forrada en oro. Yo tendría por razonable creer que la estatua, á la que se le podrán dar unos trescientos codos cúbicos, sería de oro macizo, y el resto de la columna ó pedestal sólo con chapa de oro.

Ahora bien; si sustituímos los codos por

varas, á razón de media por codo, pues eran babilónicos, será el total, reducido á metros, ciento veinte cúbicos. La capacidad en kilogramos la de 120.000, y el doble, número redondo, 240.000 libras, que reputaremos por 1.000 arrobas; mas como la densidad del oro con respecto á la del agua destilada es de diez y nueve, será el peso de la estatua de 190.000 arrobas.

Y si David dejó de este metal 238.000 á su hijo Salomón para la construcción del templo, no veo por qué no se deba admitir como de oro macizo la estatua de Nabucodonosor.

Reducidas á pesos fuertes las 190.000 arrobas, y concediendo el pico, son 1.296 millones, que en pesetas ó francos hacen 6.480. ¿Y no pagó Francia casi al contado 5.000 millones de francos cuando la guerra de estos últimos años con Prusia, sin que por eso se notara alteración sensible en la nación? ¿Pues qué mella podrían hacer 6.480 millones de francos ó su equivalente en moneda caldea á Nabucodonosor, el monarca opulento por excelencia, el que se vió de oro en la cabeza de la misteriosa estatua de Daniel?

Otra lógica consecuencia pudiera desprenderse de esto, y es que, sin grave in-

conveniente, puede aceptarse de oro macizo el resto del monumento, al cual, dándole seis codos de radio y treinta y seis de altura, representa en francos ó pesetas 8.557 millones, y el todo lo estará por consiguiente por 15.000 millones, cantidad que no era para asustar al babilonio, tratándose, sobre todo, de la ostentación magnífica de una persona divinizada por sí misma.

Los sucesores de Nabucodonosor no tuvieron los dotes necesarios para mantener el imperio caldeo en el esplendor á que aquél lo había llevado, ni en la nación caldea asomaba elemento alguno capaz de asegurar bajo su mano el cetro de cien pueblos diversos.

Fuera de esto, el ejército caldeo tenía el núcleo de su fuerza en las hordas, digámoslo así, de caballería que proporcionaban las tribus de Irak y las de la Baja Caldea, y observación es de los buenos estratégicos que, cuanto vale este arma para conquistar, por la impetuosidad con que invade, tanto de deficiencia se le nota para poder conservar lo conquistado.

Ya á la muerte de Nabucodonosor se tenían ciertos prenuncios de que un nuevo pueblo conquistador amenazaba la tranquilidad del imperio caldeo, y las voces de los

profetas de Israel, muy oídas y creídas durante los años de la cautividad de Babilonia, anunciaban sin rebozo alguno que pronto tendría Babilonia el mismo fin que la desgraciada Jerusalén.

Los encuentros de los caldeos con las tropas de Ciro, rey de Persia, siempre fueron desgraciados. Ya había este conquistador puesto á su obediencia casi toda la parte occidental de Asia; ya se había hecho dueño de todo el reino medo, cuando, impulsado por el brazo de Dios, marchó á cercar á Babilonia.

Nabonahid, que reinaba en ella, tenía el grave presentimiento de su ruina: el citado viajero inglés Mr. Loftus tuvo la suerte de encontrar en Our la inscripción siguiente, que es la súplica del rey de Babilonia al dios del imperio para que lo conservase en él: «Conozco que hace mucho tiempo pecho contra la gran divinidad [del imperio]: sálvame, y aun concédeme magnánimamente la vida hasta la edad más avanzada que le sea dado al hombre conseguir.

»Y á Belsarasor [Baltasar], mi heredero y el pimpollo de mi corazón... presérvalo inmune tanto cuanto el destino lo permita».

Todo parece que indica en esta plega-

ría el presentimiento de una próxima desgracia.

Y en efecto: el año mismo de la fecha de ella, el de 538, Ciro, á la cabeza de medos y persas, anunció á los caldeos su resolución de unirlos al resto de sus Estados: sitió á Babilonia y se apoderó de ella torciendo el curso del Eufrates, por cuyo lecho penetró en la ciudad cuando Baltasar cenaba espléndidamente y bebía con sus convidados en los vasos sagrados del templo de Jerusalén, que para el efecto había hecho sacar del real tesoro donde su antecesor Nabucodonosor los había depositado.

### **De la riqueza del imperio medo-persa desde su fundación hasta Jerjes.**

625-607. *Los escitas.*—Cuando Ciaxares y Nabopolasar tramaban juntos la destrucción del imperio asirio, invadiéndolo éste por el Sur, y por el Septentrion aquél, y cuando las tropas medas á la conducta de Ciaxares se hallaban ya al pie de los muros de Nínive, esperando que las caldeas se les unieran para expugnar juntas la capital nínivita, cayó inesperadamente sobre las provincias médicas un enjambre de escitas que, sin rumbo fijo, causaban en ellas daños tales

y tan grandes como la historia nos refiere.

Corrió Ciaxares á detener estos bárbaros; y en la sola batalla que les dió sufrió tal rota que, de señor de no pequeña porción del Asia occidental, quedó reducido á la poco airosa condición de tributario de los bárbaros escitas.

El historiador de Halicarnaso cuenta de ellos que invadieron también parte de Asiria, Siria y Palestina, en la que saquearon el templo de Decerto en Ascalón, y, llegando hasta las fronteras de Egipto, se volvieron de ellas cargados de plata y de los ricos obsequios que Psamético I les hizo para que no pasaran adelante.

Amén de los tributos ordinarios que cobraban por donde quiera que pasaban, exigían cantidades arbitrarias á los particulares, urgiéndoles al pago si no querían perder bienes y vida.

Robaron y saquearon cuanto estuvo á su alcance, y desolaron cuantas comarcas recorrieron.

Embriagados de desorden, placeres y riquezas, y juzgándose tan dueños del reino medo que nada bastaría para sacárselo de entre las manos, cayeron en el lazo que Ciaxares les armó, convidando al general escita y á las principales cabezas de las tropas á

un espléndido festín, en el que fueron todos degollados (607).

Levantóse entero todo el país á la noticia y, cayendo sobre los aterrados escitas, quedó parte de ellos reducidos á esclavitud, parte perdió la vida, y el resto, ganando trabajosamente las fronteras del Cáucaso, regresó á sus guaridas tras diez y ocho años de ausencia.

Aprovechando Ciaxares la disposición de ánimo en que quedó el pueblo con la expulsión de los escitas, se apoderó del país de Susa, y en breve pudo llevar sus tropas victoriosas bajo los mismos muros de donde las había tenido que retirar á causa de la invasión. Nínive sucumbió, como dijimos, en 606 á las fuerzas combinadas medas y caldeas. La irrupción escita retardó diez y ocho años la destrucción de Nínive.

Astyages sucedió á su padre Ciaxares en el trono, el cual ocupó por treinta y cinco años (595-560): distinguióse sólo por su refinada crueldad, si son ciertos todos los pormenores que se dan acerca del nacimiento de Ciro y circunstancias que acompañaron la juventud de este rey, á ninguna de las cuales fué extraño dicho rey.

559-529. *Ciro*.—Se da por bien averiguado que á Astyages, abuelo de Ciro, se le

había anunciado, siendo éste muy niño, que le sucedería en el trono: desagradó al monarca medo el vaticinio, y así, para alejarlo de Caldea, le dió la satrapía de Persia, que á la fecha era un pueblo semibárbaro.

Por unánime consentimiento de las tres clases sociales que formaban la nación persa, fué Ciro elegido en rey de ella, y luego aconsejado por el caldeo Harpago, capital enemigo, aunque oculto, de Astyages, para que, sin respeto ni miramiento alguno á éste, le declarara la guerra.

Agradó á Ciro el consejo, y lo decidió por completo á ello el movimiento que en favor de la autonomía de Armenia hizo su rey Tigranes, viéndose Astyages amenazado de este modo por dos partes de su reino.

Temiendo más á Ciro que á Tigranes, envió contra aquél á Harpago, el cual engrosó con sus tropas las de Ciro.

Embravecido Astyages con la defección de Harpago, se puso á la cabeza de sus tropas y marchó contra los dos reyes sublevados, que habían logrado unir sus fuerzas. Dióse la acción muy cerca de Ecbatana, declaróse la victoria por los aliados, y resultó de ella el imperio medo-persa.

Toda el Asia Menor quedó sujeta á Ciro; y deseando extender su imperio más aún

que lo extendieron los asirios, se apoderó de toda Caldea y de su capital Babilonia, como quedó ya dicho anteriormente. Dió luego libertad al pueblo de Israel, el cual, según lo habían anunciado los profetas, estuvo en cautividad setenta años.

Por mucho tiempo no se supo á ciencia cierta cuál fué el término de la vida del rey Ciro; los adelantos históricos no podían dejar este vacío sin llenarse. Después de un glorioso reinado de casi treinta años, pereció Ciro por su sed de conquistas, sin que falte historiador que lo vindique en su guerra contra los masagetas, en la que murió sobre el campo mismo de batalla.

De las riquezas de que este fundador del imperio medo-persa pudiera disponer, no hay necesidad de hablar mucho, por adivinarse fácilmente, tanto más, cuanto que al punto vamos á trasladar de Herodoto la puntualizada relación del dinero con que los países tributarios concurrían á llenar el Erario del imperio, representado en la estatua de Daniel por la parte de plata que tenía, que era del cuello á la cintura, sin excluir los brazos.

Sin embargo, Plinio el Mayor, á cuya asiduidad debemos tantos y tan variados datos como en la única obra que de él existe

dejó en conciso y elegante estilo, asegura que la suma retirada por Ciro de sus conquistas de Asia montó á 34.000 libras de oro, fuera de los vasos y otros objetos fabricados de este metal, como hojas de árboles, un plátano y una viña. La de plata subió á 50.000 talentos, sin incluir en ella la famosa taza llamada de Semíramis, que pesaba quince.

Ahora bien: si los seis talentos de plata que Hierón de Siracusa envió á Rodas para ayudar á los gastos de reedificación de la ciudad arruinada por un violento terremoto los computa Hœfer en 33.000 francos (sean pesetas), es fácil de averiguar que la copa de Semíramis representaba un valor de 82.500 pesetas, y que lo estará por 28.000.000 lo restante de la plata.

Y si queremos reducir á moneda conocida las pastas en oro, será breve la cuenta dando á cada libra de oro diez y seis onzas, y á cada una de éstas el valor de 80 pesetas. Así suben las 34.000 libras de oro á 43.520.000 pesetas.

Pues si encimamos á esta cifra el valor en bruto de los dichos objetos de oro y plata, no creeré exceder de los límites de la verdad si pongo por guarismo redondo el de 80.000.000 de pesetas, lo que, según Plinio,

cupo á Ciro sólo por botín en sus victorias de Asia.

521-506. *Darío*.—Cambises, hijo de Ciro, conquistó el reino de Egipto, y murió loco tras un corto reinado.

Sucedióle Darío en el trono, llegando á él á través de aquel montón de vicisitudes que las historias nos relatan y que no es de nuestra incumbencia repetir. Guerreó seis años consecutivos con los mismos pueblos con que Ciro había formado su vasto imperio, y consiguió, con no poco trabajo, vencer tan formidable oposición.

Los tributos que echó á los pueblos que componían su vasto imperio están minuciosamente detallados de donde los tomo, advirtiendo que los de los países poco conocidos van juntos en una sola cifra.

Repartió Darío todo el gran imperio medopersa en trece satrapías, cuyo tributo era el siguiente:

- 1.<sup>a</sup> Los griegos del Asia Menor, con los países de Caria y de Pamfilia, 400 talentos.
- 2.<sup>a</sup> Lidia y Misia, 500 t.
- 3.<sup>a</sup> Las riberas del Helesponto, Frigia, Bitinia, Paflagonia y Capadocia, 360 t.
- 4.<sup>a</sup> La de Cilicia, 500 t.
- 5.<sup>a</sup> Fenicia, Siria, Palestina é isla de Chipre, 350 t.

6.<sup>a</sup> La formada por Egipto y Libia, 700 talentos.

7.<sup>a</sup> Países del Alto Indus, 170 t.

8.<sup>a</sup> El país de Susa, 300 t.

9.<sup>a</sup> Asiria y Babilonia, 1.000 t.

10. La de Media, 450 t.

11. La de Hircania, con los pueblos adyacentes, 200 t.

12. La de Bactriana, 360 t.

13. La formada con Armenia y territorios que Ciro le añadió en favor de su aliado Tigranes, 400 t.

Las demás satrapías daban juntas 2.000 talentos de plata.

Posteriormente añadió Darío á estas trece otra satrapía formada á la ribera derecha del Indus, la cual tributaba anualmente 360 talentos de oro en polvo.

Reunió Herodoto todas estas cantidades en un solo guarismo, diciendo: «*Quibus in unum contractis ad Euboicum computum, exigebantur in summa annui tributí a Dario talentorum, 14.560*».

Esta cantidad está representada hoy, dice Lenormant, por 662.382.928 francos, que en pesos fuertes hacen 132.476.586. Promediando un año con otro los envíos de toda la América española, *precisamente para el Tesoro español*, desde 1500 á 1800, se nece-

sitaban unos cuarenta años de remesas para alcanzar esta suma.

Advertiré dos cosas: una, que los persas no pagaban tributo; otra, que la cantidad de talentos correspondiente á las satrapías que figuran en la relación anterior son, á juicio de dos eminentes estadistas ingleses, Gibbon y W. Jacob, el sobrante de cada una de ellas, después de cubiertas sus atenciones cívico-militares.

La destrucción del imperio medo-persa por Alejandro el Grande entrará en la historia de Grecia, así como del fausto y lujo de la corte de Susa en tiempo de Jerjes (el Asuero del libro de Ester) trataremos cuando volvamos á hablar de los judíos.

Pasemos, pues, por alto los reinados de Jerjes (485-473); el de Artajerjes Longimanus, de 473-425; los de Artajerjes Oco y Artajerjes Mnemon, y otros que completaron en el solio los años transcurridos de 425 á 336, fecha esta última á la que volveremos muy pronto, puesto que sólo vamos á dar un vistazo por el imperio lidio y las ciudades fenicias de más nombre, sin perder, por supuesto, el norte, que es el de la sencilla narración de las riquezas que tuvieron estos y todos los demás países en los que nos hemos ocupado.

### **De la riqueza de Creso y otros reyes, y de la que tuvieron las ciudades fenicias de Sidón y Tiro.**

En ellas y en dos ó tres reyes lidios y frigios recapitularemos la materia, con el doble fin de que no falte, por un lado, algún conocimiento particular de ella, y por otro para contraerla todo lo posible, sin perjuicio de la necesidad de conocerla, ni de la claridad en exponerla.

Creso, como Giges, Midas y Aliates, son los monarcas más célebres y ricos del pequeño imperio que destruyó el rey Ciro el año de 544.

De las ofertas de estos reyes al templo de Delfos quedan muchos testimonios, como las seis grandes copas de oro, de treinta talentos de peso, con que el lidio Giges obsequió á la délfica divinidad; Midas, rey de Frigia, le regaló la silla de oro en que oía y sentenciaba los pleitos de sus vasallos; Aliates, lidio también, envió á Delfos una copa de plata, que fué llamada «la ofrenda más vistosa de Delfos».

Pero los donativos más famosos y ricos fueron los del célebre Creso, rey de Lidia. Entre ellos se recuerdan dos grandes copas de extraordinaria grandeza, una de oro, y la

otra de plata: la de oro se colocó á la derecha del que entraba, y la de plata á la izquierda.

Se mudaron de este sitio cuando se quemó el templo: la de oro, que pesaba cerca de nueve talentos, se puso en el tesoro de los Clazomenios; la de plata, en que cabían 600 ánforas, en un ángulo del atrio ó patio.

Regaló además cuatro grandes tinajas ó barriles de plata, que se colocaron, por el fuego dicho, en el tesoro de los Corinto.

Dió igualmente dos jarrones para el agua lustral ó con que se rociaban las víctimas para el sacrificio; uno de oro, y el otro de plata. El primero de éstos lleva un título que acredita ser regalo de los lacedemonios, lo cual es falso, pues lo es de Creso. «Pero yo sé quien lo esculpió en el jarrón, que fué uno de Delfos—dice Herodoto,—y que lo hizo para hacerse grato á los lacedemonios, y no quiso manifestar su nombre».

Sí es obsequio de éstos el niño que echa el agua, pero de los jarrones solo Creso.

A estos grandes donativos añadió este rey otros de menos valor, como, v. gr., vasos de plata para el aceite, ó aceiteras de hechura redonda, y una estatua de oro de tres codos, de la que dicen los de Delfos que es

la imagen ó figura de la panadera de Creso. Este rey ofreció también al dios Apolo los collares de su mujer.

Otros muchos donativos de Creso hay en Grecia. En la dicha Tebas (de Beocia), un trípede de oro; en Delfos las vacas de oro, y la mayor parte de las columnas; en el vestíbulo de este templo, un gran escudo de oro. Muchos de estos regalos se conservan en nuestros días, dice Herodoto (1).

### **Ciudades fenicias.**

«Las ciudades de los fenicios eran centros de una industria tan activa como extensa. Ellos fueron los inventores del arte de teñir de púrpura las telas por medio del jugo de los caracoles. Esta industria, en la que no tuvieron rivales, sobrevivió muchos siglos al esplendor de sus ciudades. En sus costas abundaban los caracoles tubiformes y purpuríferos, cuyo jugo les suministraba excelente materia colorante.

Las telas teñidas con ella, notables por su brillante colorido, eran la estimada púrpura de los antiguos.

Los primeros que la usaron como insig-

---

(1) Según Diodoro de Sicilia, la fortuna de Creso era de 4.000 talentos de plata y 270 de oro.

nia de dignidad fueron los príncipes fenicios; luego la tomaron para adorno los monarcas orientales, los sacerdotes, las damas nobles, y, en general, las clases de mayor prestigio y autoridad.

Servía de colgaduras y tapices en los templos y palacios, y se empleaba para velos y túnicas de las imágenes de los dioses.

Los reyes asirios y caldeos guardaban en sus palacios muchas piezas de púrpura, y en esto los imitaron los de Persia. Plutarco aprecia en 5.000 talentos el valor de las telas de púrpura que Alejandro tomó en Susa».

En Occidente fué también la púrpura insignia de mando y distintivo de autoridad, y los griegos como los romanos, en las edades de oro respectivas, usaron mantos de púrpura á guisa de adorno, y como explícita señal de gran riqueza por lo subido de su precio.

Egipto como Babilonia necesitaba vinos, aceites, lanas, maderas, pieles y metales, y los activos é industrioses fenicios les proporcionaban todas estas especies, bien á través de los desiertos de Siria, bien remontando el Eufrates, bien el Nilo, sacando de todo este tráfico no despreciables ganancias.

Del lejano Oriente trajeron los fenicios á Tiro incienso, bálsamo, canela, casia, sándalo, marfil, oro, perlas de la India y sedas.

Hacia el año de 1.000 estaba florecientísimo el comercio fenicio, sobre todo con los griegos: las mejores joyas que se guardaban en los tesoros de Grecia eran obra de los artistas de Sidón; apenas anclaba un buque fenicio en puerto griego, se exponían las mercancías en el mismo barco, ó en la playa bajo tiendas, si no iban los mismos fenicios á venderlas en los lugares más cercanos.

Si llegaban á cualquiera de aquella muchedumbre de islas situadas entre Grecia y la península de Anatolia, y en las que nunca faltaba su pequeño soberano, como en la de Itaca, Ulises, desembarcaban en ella toda clase de dijes, y después de obtener pingües ganancias, ofrecían á la reina un collar de oro y ámbar, mientras le quitaban alguno de los hijos, que vendían en otra isla.

De esta fuerte propensión á robos tan escandalosos, dijo el Señor por el Profeta Joel: «¿Qué es lo que yo he de hacer con vosotros, oh tirios y sidonios? Vosotros habéis robado mi plata y mi oro [el de Jehová], y habéis transportado á vuestros templos las cosas más bellas y apreciables [del mismo], y habéis vendido á los griegos [ó gen-

tiles] los hijos de Judá y de Jerusalén» (1).

Desde mediados del siglo VIII empezó á decaer la incalculable riqueza que de todas partes afluía á las costas fenicias, pues desde esa fecha tuvieron que sufrir el peso de la dominación asiria en primer lugar, y, pasada ésta, el no menos liviano de la de Babilonia.

A despecho, sin embargo, de estas no leves dificultades, pudo decir un profeta hebreo, de mediados de dicho siglo, que «Tiro ha construído sus baluartes, y ha amontonado plata como si fuese tierra, y oro como si fuese lodo de las calles».

Con no menor vigor y valentía de expresión describe también el Profeta Ezequiel lo extendido que estaba el comercio fenicio á principios del siglo VI. Le tomaré, vertido al castellano, algunos versículos del cap. XXVII:

«Los cartagineses que comerciaban contigo, henchían tus mercados con gran copia de toda suerte de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.

La Grecia, Tubal y Mosoc también ne-

---

(1) «Et filios Juda, et filios Jerusalem vendidistis filiis græcorum, ut longe faceretis eos de finibus suis.»

gociaban contigo, trayendo á tu pueblo esclavos y artefactos de cobre.

De tierra de Thogorma traían á tu mercado caballos y jinetes [ó picadores] y mulas.

Los hijos de Dedan comerciaban contigo: tú dabas tus géneros á muchas islas [ó naciones], y recibías en cambio colmillos de [elefante ó el] marfil y el ébano.

El siro traficaba contigo, y para proveerse de tus muchas manufacturas presentaba en tus mercados perlas, y púrpura, y telas bordadas, y lino fino, y sedería, y toda especie de géneros preciosos.

Judá y la tierra de Israel negociaban contigo, llevando á tus mercados el más rico trigo, el bálsamo, la miel, el aceite y la resina.

El mercader de Damasco contrataba contigo, y en cambio de tus muchas mercaderías te daba muchas y varias cosas ricas, excelentes vinos, y lanas de extraordinaria blancura.

Dan, y la Grecia y Mosel, llevaban á tu mercado para comerciar contigo hierro labrado, mirra destilada y caña aromática.

Los de Dedan te vendían las alfombras para tus estrados. Los mercaderes de Sabá y de Reema traían á vender en tus plazas toda especie de aromas los más exquisitos, y piedras preciosas y oro.

Harán y Quene y Edén contrataban contigo: Saba, Assur y Quelmad te vendían géneros.

Hacían ellos el comercio de varias cosas, llevándote fardos [de ropas de color], de jacinto [ó carmesí], ó de varias estofas y bordados, y diferentes preciosidades, embaladas y liadas con cuerdas (1); vendíante también maderas de cedro. Tus naves ocupaban el primer lugar en el comercio marítimo, y fuiste populosa y opulentísima en medio del mar».

### Grecia.

540-338. *De la riqueza que poseyó desde los días de Aristides el Justo hasta los de Filipo el Macedonio.*

La descomposición geográfica y moral que sobrevino á la antigua Grecia después de sus heroicas guerras de Tebas y de Troya, la redujeron casi á la barbarie. Sin embargo, en aquella multitud de pequeños

---

(1) Antiguamente, cuando varios modos de cerrar un fardo ó paquete no eran conocidos, se hacían unos nudos con tal arte, que no podía atinar á desatarlos sino el que sabía el secreto, ó á lo menos necesitaba mucho tiempo para hacerlo. (Nota de Amat, cuya traducción de Ezequiel hemos seguido.)

Estados independientes empezó á despertarse, años después, el comercio, y con él las artes y la industria.

Las costas del Asia Menor, las de Italia y las que de España y Francia dan al Mediterráneo, reciben colonias griegas; realzan éstas doquiera á la metrópoli, y los nombres de Maratón, Platea y Salamina llenan de admiración al mundo, y á Grecia de gloria y de respeto los de Alcibiades y Pitágoras, los de Sócrates, Platón, Hipócrates y Aristóteles.

Sófocles, Eschyles y Eurípides en la tragedia; en la comedia Aristófanes; Phidias y Polyclesis en la escultura, prepararon con sus bellas concepciones los días de Pericles, que fueron los del apogeo de la antigua Grecia.

Rudos percances en las colonias; guerras como las del Peloponeso; celos y rivalidades entre las mismas ciudades griegas; el despotismo de Atenas sobre propios y extraños, van preparando la anarquía y allanando el camino á Filipo de Macedonia, que se enseñorea de Grecia por completo.

La viril elocuencia de Demóstenes resueña en el vacío, y la madre de la civilización europea queda cautiva desde entonces hasta el año de 1827. No escribo su historia:

por cuántas manos y vicisitudes haya pasado hasta la fecha apuntada, véalo quien quiera en los libros que de ello tratan.

Mi tarea se limita sólo á exponer la riqueza que promovió y atesoró desde que Arístides el Justo, dando el ejemplo, hizo que todos los capitanes griegos resignaran el mando en Milciades, hecho coronado por la victoria de Maratón, hasta la fecha en que la necesidad moral llevó á Grecia en Cheronero á poder del Macedonio, 338 años antes del Nacimiento del Señor.

Pruebas inequívocas nos suministra la historia de que á raíz del período que estudiamos era bien escaso el oro en las ciudades más principales de la antigua Grecia.

Otorgó Cresos al ateniense Alemeón que tomara gratis de su tesoro tanto oro cuanto de una vez pudiera llevar sobre su persona, y aunque con regia munificencia le dió encima otro tanto, bastó el todo, que no pudo ser mucho, para ser tenido en Grecia por hombre opulentísimo.

Queriendo Hierón I, allá por los años 470 de Roma, obsequiar á Delfos con un trípode de oro y una estatua de la Victoria, también de oro, no pudo conseguir el necesario en Corinto sino con el trabajo y diligencia de Architeles, que, buscando acá y

allá, y hallándolo en pequeñas cantidades, reunió al fin lo indispensable.

Mas, poco á poco, fueron la diligencia y la necesidad abriendo fuentes á la riqueza pública, y tales, que dieron asombrosos raudales de oro y plata al reducido territorio de la estéril Ática.

Cuatro fueron los principales orígenes de donde por más de siglo y medio sacó Grecia sus caudales. La esclavitud y las minas; las aduanas y fincas nacionales; las contribuciones sobre los aliados, y, por último, las multas y confiscaciones. Algo de todos ellos, siquiera por encima, y algo también, no más profundamente, del cataclismo social que se siguió, como no podía menos, á aquel puñado de hombres y de tierra que tan distinguido lugar ocuparán siempre en la historia del mundo.

Quedó latamente expuesto, en el libro VIII de estos nuestros ESTUDIOS CRÍTICOS, con qué horror miraron siempre los griegos los trabajos mecánicos, y aduje en prueba las sentencias de sus más célebres filósofos, verdaderos axiomas para aquellos altivos burgueses de Atenas. Añadiré aquí otra sentencia tomada de *La Política* de Aristóteles, que, como el lector verá, está concatenada con aquéllas y con nuestro asunto:

«El esclavo hace parte de la familia y de la riqueza».

Y, en efecto, fué en Grecia el ramo mejor explotado de la riqueza pública.

Su manutención, de corto gasto, aun con lo caro de la vida en aquellos tiempos y países; se les llevaba á beber agua al río con los caballos. En cambio dejaban á su dueño pingües ganancias. Los dedicados á las minas, esto es, al trabajo más rudo y que menos aptitudes intelectuales exige, producían á diario una ganancia neta, representada hoy en su valor absoluto por *quince* céntimos de peseta; el curtidor dejaba *treinta* céntimos; los maestros dos pesetas y setenta y cinco céntimos.

Demóstenes tenía treinta y dos al oficio de herrería, y le dejaban al año, gastos cubiertos, treinta minas (2.760 ptas.) Los dedicados á obras finas, más aún, y sobre todos los que tañían instrumentos musicales, por lo buscados que eran para las fiestas públicas. «Produce tantas dracmas», era la frase sacramental cuando se trataba de un esclavo.

No había familia sin uno, por lo menos. El padre de Demóstenes tenía cincuenta, sin contar las mujeres; á 1.000 llegaban los que Nicias tenía en las minas; Philemónides po-

seía trescientos, y con esta diversidad el resto de los griegos.

En las casas ricas los había sin más ocupación que la de estar parados al pie de las clepsidras ó relojes de agua, para volverlos y cantar las horas.

Varios cálculos se han hecho acerca de la población esclava que sostenía la ciudad de Atenas, corazón de la Grecia que estudiamos; los mejor basados en los historiadores antiguos le dan 400.000; y como la población libre no excedía de 80.000 personas, resulta la proporción de cinco esclavos por un libre. El valor mudaba, según la edad y oficios que sabían; el precio más ínfimo era el de los que trabajaban en las minas; los espaderos costaban entre 450 y 550 pesetas; por los tañedores se pagaba de ordinario de 1.830 á 2.750.

Los soldados romanos que á orillas del Trasimeno y en Cannas quedaron en poder de Aníbal, fueron vendidos en Acaya á razón de 450 pesetas cada uno.

Los rescates exigidos por los prisioneros de guerra quedaban, en general, al arbitrio de quien sobre el campo los tomaba; la calidad del prisionero aumentaba ó disminuía el precio del rescate. Nicóstrato se rescató por 2.383 pesetas, y Anniceris rescató á

Platón casi por la misma cantidad; y, escribiendo Filipo de Macedonia á los de Atenas, les dice que Diópitho no quiere dar á Amphíloco, hombre principal que había sido embajador, por menos de quince talentos, ó sean 82.500 pesetas.

Otra circunstancia que influía mucho en el precio de los esclavos, era la proximidad de una guerra ó el estar en ella; las fugas á que las marchas, los campamentos, etc., dan lugar, se repetían á cada ocasión, y esto hacía bajar el precio de los esclavos.

Las continuas deserciones excitaron á un noble macedonio á establecer en Atenas un Banco de Seguros que pusiera á los dueños de esclavos á cubierto de las pérdidas consiguientes, caso de huida.

Tasábase el esclavo, y el dueño abonaba por él al Banco siete pesetas y treinta y tres céntimos, á condición de percibir el valor total de la tasa si desertaba el esclavo. Tan antiguas son en el mundo las Sociedades de Seguros.

Estupefacto Plinio el Mayor al considerar el desmedido afán con que los hombres se iban tras aquellos metales preciosos que la tierra oculta en sus entrañas, da comienzo al trigésimotercer libro de su *Historia Natural* con este sentido epifonema: «Quam

innocens, quam beata, immovero et delicata esset vita, si nihil aliunde quam supra terras, concupisceret, breviterque nisi quod secum est!» No quiero defraudar de su sentencia á los literatos de menor literatura: Hela aquí. «¡Qué vida tan inocente, dichosa y aun sencillamente amable tendríamos, si no deseáramos cosa alguna de las que no están sobre la tierra!»

Y efectivamente; si las minas del Laurio, rica región del Ática, abastecieron á los griegos de considerables sumas de plata extraídas por esclavos, fué á costa del ímprobo trabajo y de la desdicha de éstos. A ellas debió Atenas la preponderancia marítima en tiempo de Temístocles, y á los esclavos, naturalmente, más que á ellas.

Los conocimientos en el arte de explotar las minas eran muy rudimentarios entonces, no sólo en lo tocante á la dirección y solidez de las galerías, descubrimiento y acertada prosecución de vetas, sino más aún en los ligados con la química inorgánica para separar la plata de las materias impuras que constantemente la siguen. Más á esto que á otra cosa debe achacarse que estas minas apenas costeaban sus gastos de labores en tiempo de Strabon, ó sea sesenta años antes del Nacimiento de Cristo. En suma: cuanto

la República tiraba del ejercicio de las artes mecánicas y del laboreo de las minas, se debía totalmente á los esclavos: á esta causa se les consideró en aquellos tiempos como uno de los cuatro orígenes de la riqueza pública. ¿A cuánto se elevaría ésta, habida consideración al crecido número de esclavos que sólo Atenas contaba, y á la proporción de uno á veinticinco siquiera que pongamos en la apreciación actual de la moneda?

El sistema aduanero de los griegos fué tan opresor como productivo; pudiera decirse de él, y es cuanto decirse puede, que parece haber servido de patrón al Acta de Navegación inglesa. Todos los filones de la riqueza pública en sus numerosas colonias eran radios convergentes á las aduanas griegas, ó puertas por donde entraban los tesoros venidos del exterior.

Centenares de villas marítimas en el Asia Menor, en las riberas del Mar Negro, en las islas cercanas á Grecia, como las de Creta y Chipre; en las costas de Sicilia, Francia, África y España, eran súbditas del Ática. Si fueron al principio objeto de conquista y sus habitantes reducidos á penosa esclavitud, el exceso de la población griega que á ellas emigró les borró al punto este carácter.

Porque los famélicos y turbulentos grie-

gos que se establecieron en las colonias dichas no perdieron su ciudadanía, sino que, ayudados en su emigración por la madre patria con armas y dinero, formaron la aristocracia de las colonias y cuidaron de conservar en ellas la supremacía moral de la metrópoli. Llamábanse *cleruquías* estas conquistas.

Los fundadores de las colonias se miraban en ellas como sagrados, y la gratitud los hizo reyes de sus pueblos. Las alianzas naturales con los indígenas, y el amor que los hijos de estos emigrados no podían menos de cobrar al suelo en que nacieron, suavizaron en breve (como he dicho) la aspereza de los primeros días.

Careciendo, además, la metrópoli de fuerza para dominar tantas colonias, aflojábanse los lazos de la dependencia, quedando así las llamadas posesiones griegas reducidas á una alianza cuyo vínculo principal, ó acaso único, era la comunidad de religión y origen.

Los esclavos llevados de la metrópoli enseñaron en las cleruquías las artes y oficios á los indígenas, y, en pocos años, todas las colonias griegas fueron verdaderos emporios comerciales.

Con el comercio recibieron también cuantos adelantos se hacían en la metró-

poli; seguían con interés y empeño las vicisitudes de la madre patria, y la inteligencia no estaba menos desarrollada en ellas que en Atenas y Corinto.

Los ingenios más insignes de Grecia salieron de las colonias. Herodoto, de Halicarnaso; Hipócrates y Apeles, de Coos; de Jonia, Homero; Tales, de Mileto; Pitágoras, de Samos; de Colofón, Jenofonte; Anacreonte, de Teos; y Anaxágoras, de Clazomena.

En estas colonias, no hablo por supuesto de las de los pelasgos y helenos que vinieron á España y dejaron de ser griegos; en estas colonias, digo, se cultivó la arquitectura, y de ellas salieron los órdenes jónico y dórico; de ellas iban donativos á los templos de Delfos para Apolo, y de Atenas para la diosa Palas ó Minerva.

Cuando los griegos coloniales pasaban á la metrópoli, los alojaban en sus casas sus *principales*, digámoslo así; podían los griegos colonos tomar parte en los juegos públicos, y de vez en cuando recibía alguno de ellos el título de ciudadano griego.

Si algún ciudadano nacido en la madre patria iba á una colonia, se le daba la presidencia en las fiestas públicas y sacrificios, y se le admitía al Senado de la colonia.

Cuanto en ellas se producía tenía venta

en Atenas ó en Corinto, cuyas aduanas percibían en moneda un 2 % de entrada del valor de la mercancía. Si quedaba depositada, abonaba el uno por ciento; y al exponerla á la venta sufría otro pequeño recargo, establecido sólo para los extranjeros.

No bien llegaban los buques al Pireo, recibían sus dueños ó capitanes multitud de ofertas, facilitándoles abundante cantidad de numerario, no sólo para satisfacer los derechos de entradas y depósitos, sino para ir á cargar trigo donde quisieren, ú otras mercancías que llevar á los puertos griegos. Sólo con esta condición de retorno era permitido hacer á los extranjeros los adelantos dichos.

También había aduanas interiores ó puertos secos; pero de los derechos que en ellos se pagaran no he hallado cosa alguna.

La exportación para las colonias y otros puntos era muy considerable, como también el comercio marítimo y recíproco de las colonias entre sí.

Por derechos de exportación en la metrópoli se pagaba en la aduana el 2 %, y por el de colonia á colonia el cinco. Los granos no podían exportarse de Grecia, y la importación de ellos á la metrópoli estaba libre de derechos.

El grande adelanto en las artes, y la baturra que el trabajo de los esclavos daba á la mano de obra, proporcionaba en las colonias cumplimiento al deseo de poder usar en ellas de muchas cosas trabajadas en la metrópoli.

Trabajábase en ella primorosamente toda clase de metales, muebles finos, armas, tisúes y peletería, todo de gran consumo dentro y fuera de las metrópolis respectivas.

Pero este comercio, sostén de las aduanas, entre éstas y otras facilidades tenía también odiosas cortapisas. Se numeraban entre las primeras la prontitud en resolver los pleitos comerciales, que debían quedar ventilados dentro del mes; el establecimiento de Consulados para todas las ciudades extranjeras; la abundancia y buena calidad del numerario.

El templo de Delfos recibía anualmente fuertes cantidades en depósito, pertenecientes á particulares ó á ciudades enteras; y como por estos depósitos no se pagaba interés alguno, surgieron á poco diversos Bancos que, dándolo moderado, pudieron emprender grandes operaciones comerciales y juntamente provechosas. Pascón, banquero, tiraba de sus giros una renta líquida de cien minas anuales.

Los prestamistas, verdaderos nervios del comercio, estaban muy protegidos por las leyes, y los fraudes se hacían difíciles.

La relación entre el oro y la plata tuvo fuertes alternativas; en la fecha más remota del período que nos ocupa, parece que fué de uno á diez; pues Menandro dice que entonces un talento de oro equivalía á diez de plata. En tiempo de Sócrates y Platón fué de uno á doce; en el de Demóstenes de uno á catorce; habiendo llegado á estar en la razón de uno á diez y siete 547 años antes del Señor.

Ya que dije de la buena calidad de la moneda que abundante corría por las plazas comerciales de la antigua Confederación helénica, observaré que, aunque Grecia era muy pobre cuando en Lydia se acuñaron las primeras monedas de oro y plata, luego después tuvo copia de ellas, y sobre todo de las *statiras* de oro, que, de su inventor Cresos, *cresos* se les llamaba de ordinario. Las *dáricas* acuñadas por Darío eran de oro muy fino, y en monedas de este metal se hacían los pagos á las tropas.

Acerca de las restricciones comerciales, diré que estaba severamente prohibida la extracción de todo producto cereal, excepto el aceite, y á veces se vedaba la saca de la madera de construcción, la brea, corda-

je, etc.; pues siendo marítimo el poder de Grecia, creía insensatamente que, privando á los extranjeros y á las colonias de estos artículos, aseguraba su dominación.

Cuando los holandeses, abrazado el Protestantismo; se rebelaron contra D. Felipe II, les cerró éste el puerto de Lisboa, que era de donde sacaban para su comercio las ricas especerías del Asia. Pero ellos, sintiendo lo duro del golpe, fueron á buscarlas á la India Oriental, y centuplicaron de ese modo su comercio. Estos viajes les proporcionaron las colonias que adquirieron en aquellos mares y al Sur del África.

Atenas ejercía un verdadero despotismo comercial; se arrogaba el derecho de poder detener la salida de los buques de cualquier punto de Grecia, los apresaba en el mar si habían salido sin su permiso, y ejercía otras exacciones; así la aborrecían las demás ciudades de la Confederación Helénica.

Las fincas nacionales, ramo de la administración pública, consistían en dehesas, casas, salinas y bosques. Lo más común era tenerse estas fincas arrendadas, y para la percepción de sus intereses había un intendente general que con frecuencia exponía al público lo recaudado de ellas.

Ningún empleado que administrara cau-

dales públicos podía testar hasta tener presentadas y aprobadas sus cuentas.

Otro de los manantiales que ocurrían á llenar el Erario, era el de la contribución de guerra sobre los aliados. Por ella debían pagar cierta cantidad á la ciudad griega que fuera su cabeza; tributo que, no solamente satisfacían en tiempo de paz, sino que, á veces, se cobró repetido en un mismo año.

Aristófanés llegó á proponer que cada una de las mil ciudades que en su tiempo reconocían el yugo helénico contribuyera á la manutención de veinte ciudadanos atenienses.

Las villas de Paros, Samos, Tasos y Amphípolis, de las aliadas, eran muy ricas: se ha calculado en 1.300 talentos de plata lo que por este tributo ingresaba cada año, sin contar las multas, extraordinariamente crecidas no raras veces, como la de 280 talentos (1.540.000 pesetas) que Pericles echó á Samos. De otras parecidas se irá dando razón, á medida que ocurra hablar de ellas.

Entre los arbitrios pequeños ó secundarios, estaba el denominado contribución de *metecos* ó extranjeros domiciliados, que, no pudiendo poseer terrenos en Ática, pagaban once pesetas al año por ejercer oficios: el número de metecos en Atenas se calcula

en 40.000. Había también una módica contribución sobre la venta de esclavos y sobre los que de esta condición pasaban á la de libertos.

Hubo puntos, como en Byzancio, por ejemplo, donde los adivinos pagaban su contribución, y la pagaron también en Atenas las mujeres públicas: lo tomó después Calígula para poner esta contribución en Roma.

Hippias la puso sobre todo lo que sobresaliera de las fachadas de las casas, alegando que esas prominencias ocupaban la vía pública, propiedad del Estado. Tras estas huellas marchó la República en España en el año escaso que duró.

Gravábanse también las entradas que los particulares sacaban de sus fincas, variando desde doscientas cuarenta dracmas á veinte cada año, según la categoría del ciudadano.

La última corriente metálica que dijimos afluí al Tesoro griego, las multas y confiscaciones, no puede ser debidamente apreciada en todo el horror que en sí llevaba, sino conociendo el estado de aquella sociedad, tan democráticamente corrompida (1). Esto y las exacciones que de ello se derivaron,

---

(1) Porque nos será necesario acudir con fre-

quedará bien de manifiesto pocas líneas más abajo; baste por ahora lo dicho para que no falte el orden lógico del discurso.

Las someras indicaciones hechas hasta aquí acerca de todo lo que constituía los veneros de la riqueza pública habrán dejado al lector en disposición de conocer por sí mismo á qué grado de opulencia no llegaría la exigua cifra de 80.000 personas, única población que disfrutaba del derecho de ciudadanía en la reducida Atica.

Y en efecto, no sólo circulaban en ella con profusión las monedas de oro llamadas cresos y dáricos, sino las acuñadas del mismo metal en Atenas un año antes de la magistratura de Aristófanes.

A proporción de la riqueza pública crecieron las dádivas para el culto. Asegura Pericles que el oro y plata de las ofrendas, á una con los vasos sagrados y el botín tomado á los medos, valía, por lo menos, 500 talentos (2.750.000 pesetas); riqueza que se

---

cuencia á las monedas griegas, véase la Tabla de reducción puesta al principio de los apéndices, para donde no se encuentren reducidas en el texto.

Adoptando por término medio la reducción de uno á doce entre el oro y la plata, es claro que, para reducir el oro á su equivalente en plata, habrá que tener en cuenta el factor 12.

conservaba en la ciudadela de Atenas ó capilla del templo de Minerva dedicada á estos depósitos.

No escaseaban en ella coronas de oro de diez y siete á diez y ocho dracmas, ni tampoco las de veinticinco y veintiséis; había una de veintinueve, varias de treinta y tres, cincuenta y nueve y ochenta y cinco; cuatro pasaban de ciento treinta y cinco, y la ofrecida por Lisandro al Partenón pesaba más de sesenta y seis.

Dedicadas exclusivamente á Minerva había tres: tenía de peso la primera algo más de 245 dracmas; superaba á ésta la segunda en veintisiete dracmas, y así tenía de peso 272: la tercera y la menor sólo pesaba 232 dracmas y cinco óbolos.

Cada cuatro años se ofrecía á Apolo Delfico una corona de oro que no bajaba de 1.500 dracmas de plata, y anualmente recibía el Senado de los Quinientos otras tantas coronas de oro, y muchas otras se enviaban á ciudades amigas, como señal de benevolencia y unión.

Las estatuas de oro puro dedicadas á las divinidades del Paganismo fueron muchas: sólo en la materia de la principal estatua representando á Minerva se emplearon cincuenta talentos de oro.

El Tesoro de Atenas contó por mucho tiempo 9.700 talentos de plata acuñada, cantidad que Diodoro de Sicilia hace pasar de 10.000 talentos, de los cuales se emplearon 4.000 en la construcción del Propyleo y sitio de Potidea.

Fuera de esto, siendo el gasto anual ordinario de la República de 1.000 talentos (5.500.000 pesetas), se tenía ordenado que ingresase cada año *al Erario* otro tanto como excedente, aunque el citado Diodoro sólo asigna 500, lo cual nunca llegó á cumplirse exactamente; sólo durante la tregua de Nicias hubo en depósito 7.000 talentos, como fruto de la prescripción dicha.

Este tesoro llegó á formar como una bolsa común á todos los ciudadanos de Atenas, y el pueblo, cada vez más dado á la ociosidad y á los vicios que trae la ausencia del trabajo, llegó á ser una continua amenaza, y muy grande, para cuantos cogían las riendas del Estado.

El lujo tomó tal incremento, que fué necesario vestir de capas delgadas de oro y plata los vasos en que bebían los ciudadanos más pobres en los convites públicos: estos hombres empleaban largas horas en hablar de política, en escuchar fervientes discursos en pro ó en contra de los gobet-

nantes, y en seguir con pasión y sin criterio propio á los declamadores que con halagadoras teorías los extraviaban.

Los ánimos llegaban con esto á una *fermentación* de consecuencias desastrosas. Los hombres que aspiraban al gobierno, no pudiendo llegar á él sino por los votos de aquella turba de ciudadanos, presentaban, para su exaltación, proyectos tan irrealizables como agradables al paladar del pueblo, dispuesto siempre á entregar su voto al más atrevido de los oradores.

Por este camino llegó el pueblo griego á ser, primero venal é injusto, y más tarde despreciado, vencido y deshecho.

Todo se hacía por dinero en Atenas y á cuenta del Estado: los oradores se hacían pagar por hablar, los oyentes por escuchar; todos, por ser ciudadanos griegos.

Fueron así cargando sobre el Estado obligaciones onerosas, entre otras justas y dignas; los huérfanos de soldados muertos en campaña, los lisiados y estropeados al frente del enemigo, los médicos, los notarios, los ciudadanos de poca salud, los de poca fortuna, etc., fueron, digo, gravando el Erario hasta quedar establecida la costumbre de darles de vez en cuando algún alivio.

Pronto no bastó, pues nuevos parásitos, anhelantes siempre de holganza y diversiones, exigían nuevos aumentos á sus caudillos populares, si habían de favorecerlos con su voto.

A la tasa de pobres se agregaron los gastos de diversiones públicas, suntuosas y carísimas.

Para sufragar tamaños desembolsos hubo que acudir á las *multas y confiscaciones*, que fué, como hemos dicho, la cuarta entrada del Erario.

No había en Atenas fortuna de alguna consideración que no se viera amagada. Si apretaba el hambre ó se querían nuevas diversiones, juntábanse los malévolos para designar la víctima que había de ser sacrificada; y una vez que, con cualquier pretexto, ya habían preparado en contra de ella lo que hoy llamaríamos la opinión pública, se la hacía comparecer ante el pueblo, que rara vez absolvía en estos casos, sino que condenaba á confiscación de bienes y destierro.

Hasta la guerra del Peloponeso no fueron frecuentes estas tropelías con las personas privadas que no tomaban parte inmediata en los asuntos políticos.

Mas, después de esa desastrosísima cam-

pañá, la tasa de pobres creció mucho y se hizo periódica.

Para formar un concepto muy aproximado á la verdad respecto de lo cara que era la vida en la época y en el país á que nos circunscribimos, aprontaré algunos datos curiosos que no dicen mal en este sitio.

En tiempo de Sócrates necesitaba una familia de cuatro personas siquiera 400 pesetas anuales para tener poco más que pan y agua.

Un caballo ordinario costaba 275 pesetas; bueno de silla, 1.100. Bucéfalo, el famoso de Alejandro, costó trece talentos (71.500 pesetas); pero esto sale de la regla.

Una clámide regular, diez y ocho pesetas, treinta y tres céntimos; y unos zapatos comunes de mujer, casi dos pesetas. Los perfumes tenían un precio excesivo, y era el pueblo ateniense muy dado á ellos.

El cantor Amæbeus se hacía pagar 5.500 pesetas ó un talento por cada función, y Aristófanes pagó, según testimonio de Lysias, 5.000 dracmas para los coros de dos tragedias. Á Píndaro dieron los atenienses 9.160 pesetas por el elogio que de ellos hizo.

Reputábase por más de mediana fortuna al que llegaba á poseer ocho talentos. Demóstenes, el célebre orador, heredó catorce

talentos de su padre, y uno de su madre. La fortuna de Isócrates debió de ser considerable, pues tenía unos cien discípulos y cada uno le daba diez minas, cosa de 900 pesetas, habiendo recibido además un talento de Timoteo y veinte de Evágoras.

Conón dejó casi cuarenta talentos, aun después de haber dado tres á un hermano suyo, 10.000 dracmas á otro pariente, y 100.000 á Apolo Delfico.

Hace notar el vizconde Alban de Ville-neuve-Bragemont, en su obra *Historia de la Economía política*, que la riqueza del Atica en esta época era, respecto del número de sus habitantes, casi la misma que la de Francia con respecto á los que tenía á mediados de este siglo, que es cuando él escribió su obra. Esto es: que dos mil años antes que se descubriera América había en la Europa civilizada una riqueza metálica casi igual á la que, trescientos cincuenta después de descubierto el Nuevo Mundo y las minas de oro de la Australia, contaba la nación francesa en sus mejores días.

Para no extremar este asunto, convendrá apartarnos de lo superlativo; esto es, ni tomar sólo el Ática, que era lo más rico, ni quedarnos sólo con Francia, acaso, en 1850, lo más acaudalado de Europa. Y como la

proporción entre el Atica y el resto del mundo civilizado puede, con corto error, equipararse á la que existía entre la Francia de 1850 y el resto de Europa, quedará siempre á flote esta verdad: que á mediados del siglo XIX, tres y medio después de descubierto el Nuevo Mundo y años después de haber venido al viejo extraordinaria cantidad de oro de la Australia (grandé isla de Oceanía), *la riqueza individual* de Europa era casi la misma que la disfrutada por los europeos civilizados en los tiempos de Sócrates y Platón.

Para acabar esta rápida reseña del período más culminante de la historia griega, añadiremos á los datos que la han formado uno que otro más, no ayunos de interés. Así, v. gr., en el sitio de Potidea, que duró dos años consecutivos, se gastaron, según Tucídides, 2.000 talentos, ó 2.400 según Isócrates.

La expedición á Sicilia al mando de Alcibiades fué tan costosa como desastrosa; sólo los sueldos montaban anualmente á 3.600 talentos (19.800.000 pesetas).

Atenas se precipitaba por un espantoso derrumbadero. Destruyó, es verdad, Alcibiades el gobierno popular, causa de tantas calamidades; pero ya era tarde. Lisandro, al

frente de las tropas lacedemónicas, derrotó á los atenienses en la histórica batalla de Ægos-Pótamos, donde acabó el predominio del Ática. La última locura de este pueblo es digna de saberse.

Chares, general ateniense, derrotó á los mercenarios de Filipo de Macedonia; obligó el pueblo á gastar en un banquete, con que se obsequió á sí mismo, los sesenta talentos que había hallado en el templo de Apolo Déléfco.

Si Atenas perdió su supremacía dentro y fuera de Grecia, otras ciudades se engrandecieron á sus expensas: cambiaron de manos los tesoros, pero no desaparecieron; los once despojos que sufrió posteriormente el templo de Delfos, y todos provechosos (1), convencen que la riqueza no decreció en el oriente de Europa; al contrario, aumentó, como de ello nos van á dar fehaciente testimonio las escandalosas rapiñas que en él llevaron á cabo los procónsules de Roma.

### **De la riqueza del Imperio griego.**

El Imperio griego, que es el figurado en la tan conocida estatua con el vientre y muslos de cobre, para significar cuánto había

---

(1) Los phocios le quitaron 55.600.000 pesetas.

de devorar y cuán pronto y cuán de prisa había de irse, dió principio en Filipo de Macedonia, tercer hijo de Amintas, rey macedonio. Pasó en Tebas su juventud, donde recibió aquella brillante educación que pulió sus grandes dotes. Rey á los veinticuatro años de edad, empezó á echar sus cordeles para apoderarse de Grecia entera, muy decaída de su antigua gloria.

Empezó Filipo por tomarse algunas regiones del Asia Menor, luego se apoderó de Pidna y Potidea, ocupó á Olintia, á despecho de Atenas, y, llamado por los de Tebas para dirimir un asunto que tenían con los focios, se declaró protector de aquéllos. Con esta excusa pasó las Termópilas para caer sobre Ática, que equivalía á hacerse dueño de Grecia.

Clamó Demóstenes en sus Filípicas contra el golpe que meditaba el macedonio, desplegó en ellas su gran elocuencia, convenció á los griegos de que perdían su independencia, pero no los movió á poner en obra lo que les aconsejaba para conservar su autonomía.

Mientras los emisarios y el oro de Filipo iban predisponiendo toda Grecia á su favor, él hacía excursiones por Iliria y los Scitas, organizaba la famosa falange mace-

dónica que dió á Alejandro grandes triunfos, y meditaba y resolvía allá en sus adentros la conquista de Persia cuando tuviera subyugada á Grecia.

Presentáronle los locrenses de Anfisa la ocasión; pues habiendo éstos cultivado un terreno sagrado, les declaró la guerra.

Esquines, orador célebre, pero vendido al oro de Filipo, logró que las ciudades confederadas contra los locrenses eligieran á Filipo cabeza de la liga.

Con este título entró en Grecia, se apoderó de Platea y obró de modo que los griegos se convencieron por los hechos de que Filipo, más que vengar á Apolo, los conquistaba. Redobló Demóstenes su energía, Atenas y Beocia se coaligaron contra Filipo; pero, vencedor de ellas en la batalla de Queronea (338), quedó enteramente dueño de toda Grecia (1).

No abusó el Macedonio de su victoria; se contentó con ser generalísimo de las tropas griegas y presidente del Consejo de los Anficiones ó Senado, dejando lo demás

---

(1) Demóstenes se mostró más valiente en la tribuna que en el campo. Cuando vió la cosa malparada, tiró el escudo y huyó; que, al fin y al cabo, una cosa es hablar en la asamblea y otra pelear en el campo de batalla.

como estaba, con sus gobiernos particulares.

Para adormecer Filipo la ira y el resentimiento de los griegos ideó llevar á cabo una expedición á Persia.

Las invasiones persas en las confederaciones griegas, ya por las armas, bien con intrigas; el no lejano recuerdo de las derrotas que con pocas tropas griegas habían sufrido los numerosos ejércitos de Jerjes y Artajerjes, y la aureola de gloria que recabaría toda Grecia de invadir y subyugar un Imperio como el persa, debió causar alguna efervescencia en los nuevos súbditos de Filipo y suavizarles la dependencia en que los tenía. Pero murió á manos de un tal Pausanias, que lo asesinó en los juegos que celebraba por el casamiento de una hija suya, dejando el trono á su hijo Alejandro, que la historia había de saludar con el nombre de Magno.

A las felices disposiciones naturales de Alejandro se unieron dos grandes auxilios que lo hicieron verdaderamente extraordinario: uno fué la escuela política de su padre; otro, la educación esmerada con que el profundo Aristóteles le cultivó el entendimiento.

Por afición decidida que Alejandro tu-

viera á las armas, gastaba largos ratos en la lectura de Homero, particularmente en la *Iliada*, de la cual decía que era una grande obra de estrategia. La poca edad de Alejandro á la muerte de su padre, unos veinte años, hizo concebir á los griegos sus esperanzas de próxima independéncia.

Alejandro reunió en Corinto á las cabezas de las diversas nacionalidades griegas, les anunció que estaba dispuesto á llevar adelante el proyecto de su padre para con el Imperio persa, y así preparasen el contingente que á cada Estado correspondía.

Subleváronsele los de Tebas, y, no cediendo á las buenas razones de Alejandro, tomóles la ciudad, la redujo á escombros, degolló 6.000 de sus habitantes, vendió 30.000 y redujo á esclavitud todas las mujeres.

Con este escarmiento se apresuró Atenas, excitada por Demóstenes á sublevarse, á felicitarle por su advenimiento al trono macedonio: la clemencia de Alejandro para con los atenienses comprometidos fué tanta, y tanta la confianza que hizo de ellos, que llegó á encargarles el gobierno de toda Grecia si él fallecía en su expedición de Asia.

Alejandro pasó el Helesponto (334) á la cabeza de solo 30.000 infantes y 5.000 caba-

llos, con víveres para un mes y habiendo repartido entre sus amigos cuanto tenía. Obtuvo su primera victoria contra los persas en el paso del Gránico: consecuencia de esta victoria fué quedar en su poder casi toda el Asia Menor.

Concentró Darío en Iso ó Issa todas sus fuerzas para oponerse á Alejandro, y la suerte de la batalla se inclinó al Macedonio: de sus resultas quedó dueño de Siria, Palestina, Fenicia y Egipto, que salió de este modo del poder de los persas, donde los dejamos reinando.

Dueño así del litoral, pasó el Eufrates y el Tigris para ir al mismo corazón del Imperio persa, y en la gran batalla de Arbela quedó de nuevo vencedor y en su poder Babilonia, Susa y Persépolis, de las cuales, como veremos, sacó grandes cantidades de plata y oro, corriendo el año de 331.

No contento con poderse sentar en el trono de Ciro, pasó todavía más al Oriente para más conquistas; llegó al Ganges y derrotó al valiente Poro junto al Hydaspes. Y si sus soldados no se hubieran negado á seguirle, llevaba ánimo de volver por Occidente á Macedonia.

De regreso á Babilonia, después de su expedición al Ganges, murió en esta ciudad,

contando sólo treinta y tres años, y no más que trece de reinado, año 323. El Imperio griego ó greco-macedónico devoró con rapidez asombrosa al persa y sus posesiones, y á otros reinos del Asia, independientes de Darío; pasó á la carrera por el campo de la historia del mundo, y tan de prisa, que no tuvo sino un solo rey y de brevísimo reinado.

Su fraccionamiento preparó el camino para que el romano lo reemplazara. Hemos de ver, por consiguiente, cómo se desmembró cuanto Alejandro había reunido en su robusta mano. «Dejo mi Imperio al más digno de entre vosotros.» Este fué el testamento de Alejandro, hecho delante de lo más principal y lucido de su corte, de sus más excelentes generales. Alejandro sabía que Rojas, princesa indo-asiática con quien se había casado, daría pronto á luz una criatura cuyo padre incontestablemente era él.

Previó, á lo que creo, el gran conquistador que, si era varón, no podría reinar ni al amparo de la madre, que, como bárbara, la desecharían los griegos; ni al de regente alguno, sin que la tea de la discordia consumiera en breve su extendido Imperio. Pensamiento tan fijo en su mente que, al trasladar su corona al más digno de llevarla, añadió: «Pero prevéo que mis amigos cele-

brarán mis funerales con las armas en la mano».

Tras diversos pareceres, y tras discutidas combinaciones, Perdicas, á quien Alejandro había entregado su anillo, entrevió el modo de quedarse astutamente con la regencia, hasta que el tiempo permitiera tomar otro partido.

So pretexto de ver cómo gobernaban civilmente los principales generales del ejército, pero en la realidad para que quedara de hecho al frente de las provincias que se les designaban, y tener en ellos Perdicas quien se le pudiera mostrar grato en la ocasión, dió á Ptolomeo, hijo de Lago, el Egipto; á Antígono la Frigia, Licia y Panfilia; Tracia á Lisímaco, á Eumenes la Capadocia, y á otros otras tierras.

La guerra civil no tardó en estallar: Perdicas fué asesinado; Antígono, que dominaba la mayor parte del Asia (306), envió á su hijo Demetrio Poliercetes con tropas para que sometiera á Grecia; se apoderó éste de Chipre, derrotó á Ptolomeo por mar, y sin reparo alguno tomó el título de rey, ejemplo que siguieron los que gozaban las reliquias del Imperio de Alejandro.

El engrandecimiento de Antígono y su hijo Dionisio no pudo menos de disgustar

al resto de los nuevos soberanos, que se coligaron contra él, lo derrotaron en la batalla de Iso y dividieron finalmente el Imperio de Alejandro en cuatro robustas monarquías, que fueron la de Egipto, Macedonia, Tracia y Siria.

De ellas diremos en las biografías de sus reyes, pues las guerras que entre sí sostuvieron, y con los romanos sobre todo, es lo que más nos pone en conocimiento de las riquezas que poseyeron, que es lo directamente buscado en nuestro estudio.

Bosquejado de este modo el principio, duración y fin del Imperio griego, es hora de que, entre el ruido de las espadas y el furor del belicoso Marte, se oiga también el de las barras de oro y plata que en crecido número trasegó Alejandro de los palacios y tesorerías de Persia á sus campamentos y ciudades aliadas.

Las cortas rentas que el hijo de Filipo de Macedonia tiraba de sus reducidos dominios, no subían, parece, de setenta talentos. Autores, sin embargo, muy graves aseguran que en los últimos años del reinado de Filipo llegaban á mil, ó sean cinco millones y medio de pesetas.

Y á la verdad yo así lo creo, pues es difícil que con la primera suma pudiera repar-

tir tanto dinero en cohechar á los representantes griegos, como una y mil veces lo repite Demóstenes en sus célebres Filípicas. Sea de ello lo que fuere, en breve centuplicó y más Alejandro sus riquezas.

Darío, derrotado en Issus, le dejó un inmenso botín. Sardis, depósito de considerables riquezas, le abrió sus puertas. Susa, principalísima ciudad del Imperio persa, vino á su poder, y con ella 40.000 talentos de su Erario. Persépolis, capital de todo el Imperio, y en la que estaban hacinados cuantos tributos en oro y plata se habían recogido desde Ciro, perdió, sólo de su Tesoro, 120.000 talentos.

Tan grande fué esta riqueza en toda clase de metales y objetos, que Alejandro hizo venir de Babilonia, de la Mesopotamia y aun de Susa 3.000 camellos y gran número de mulas para repartirlas entre sus demás estados, como lo dice Diodoro de Sicilia en el libro xvii de su historia.

Las prodigalidades de Alejandro para con sus tropas, que llevaron de plus 9.870 talentos; los 5.000 que su general Harpalo le subtrajo de Babilonia; los suntuosos funerales que se hicieron á su íntimo confidente Hephæstion; los que poco después se le hicieron á él mismo, y los 8.000 que destinó para

la *Historia Natural* de Aristóteles, todo está dándonos idea de la gran suma de plata y oro que de tan diversas partes refundió en sí mismo este rayo de la guerra.

Doce mil talentos empleados en los funerales del privado, arguyen bien de cuán cierta es la profusión de coronas y estatuas de oro que lucieron en su tumba. Y si la descripción que el poco ha citado historiador Diodoro de Sicilia hace del carro fúnebre que condujo el cadáver de Alejandro desde Babilonia, donde murió, hasta Alejandría, donde, contra lo por él dispuesto en vida, lo dejaron, no tuviera tantas obscuridades, la daría en romance. Pongo en la cita (1) lo que Diodoro dice; y, ateniéndose á su relato, ha dado un dibujo del célebre carro la Academia de Inscripciones de París, en el tomo v de sus publicaciones.

Para nuestro presente objeto bastará saber que todas las sesenta y cuatro mulas que lo arrastraban llevaban en la cabeza coronas de oro, campanillas de este metal al pescuezo, y cuajadas de pedrería las collarejas.

---

(1) En los Apéndices se pueden ver muchas particularidades referentes á las riquezas de que pudo disponer este conquistador insigne, materia deleitosa y que ocuparía sobrado espacio fuera de ellos.

Alejandro el Grande murió 320 años antes del Nacimiento del Señor.

Quinto Curcio, Justino, Strabón, Plutarco, Diodoro, y algún otro, hacen subir á 351.000 talentos lo tomado por este guerrero sólo como botín de sus conquistas y victorias. La suma detallada es la siguiente:

En el campo de Darío y en	
Babilonia.....	45.000 tals.
En Persépolis .....	120.000 »
En Pasagarda.....	6.000 »
En Ecbatana.....	180.000 »

Lo tomado en Susa opino que debe estar embebido en alguna de las dos gruesas partidas de Persépolis ó Ectabana. Ateniéndonos á la planilla de reducciones, hacen los 351.000 talentos, que supondremos babilónicos, la respetable suma de 2.316.600.000 de pesetas en números absolutos.

### **Regiones occidentales de Europa.**

Debiera empezar la descripción de ellas por la de la Península Ibérica, ó sea la formada por España y Portugal; mas como su estudio nos ha de merecer un librito aparte que contenga la enumeración de su riqueza desde tiempos muy remotos hasta el año del Señor 1400, sólo diré ahora dos palabras

de corrida, para que no quede acéfala esta parte.

Cádiz, fundada desde muy antiguo, armaba para los cartagineses multitud de buques que, á más de todos los puertos comerciales del mundo, hacían largas excursiones á Bretaña, costas de África y Canarias, en vasos de un tamaño desconocido en aquellos siglos.

Su población era tan numerosa que sólo podía compararse á la de Roma: contaba quinientos de entre sus hijos á quienes la consideración de sus fortunas había valido el título de caballeros romanos, ejemplo sólo dado por Padua en toda Italia.

Al templo de Hércules, maravilla gaditana, aflúan las riquezas de toda España. Córdoba y Sevilla, engrandecidas más tarde por los romanos, eran ciudades de importancia sobre el Betis.

Málaga, rica con sus exportaciones de salazón, «multumque conficitur salsamenti» (*Strabón*), y Tarragona, por aquellos finos tejidos en ella inventados y con afán buscados aun entre los griegos.

Marsella, cuya actividad comercial se hacía sentir en el interior de las Galias, tenía establecidas casas de giro en Siracusa. Esta ciudad, que en tiempo de Hierón, su

rey, encerraba 600.000 habitantes, era de las más considerables plazas comerciales, y gran depósito de riquezas.

Veyes, según Tito Livio, era célebre en Etruria; en su libro v dice este historiador que era la ciudad más opulenta de ella.

No me detengo acerca de estos puntos, por no hallar en qué basar los cálculos de sus riquezas con la minuciosidad que deseo.

*República de Cartago.*—Conocida es de sobra la fundación de esta ciudad, célebre en los fastos de la historia antigua por su grandeza y por el carácter comercial y artero de sus hijos. Todo en ella era grande y magnífico, todo predicaba la opulencia.

Sus puertos artificiales; su ciudadela de Byrsa, de dos millas de circuito; la triple muralla que la defendía por tierra; el templo de Aschmon, con grandes láminas de oro, y á que dió fuego la mujer de Asdrúbal cuando cayó la ciudad en manos de Scipión, «quod Asdrubalis uxor, capta urbe secum concremarit». (*Strab.*) El dedicado al Sol, de no menor valor, y en el que había invertidos 1.000 talentos en planchas de oro.

Su jurisdicción era extensísima: sólo en Lybia, donde estaba fundada Cartago, tenía trescientas ciudades ó villas tributarias; una de ellas, y no grande, daba á su metrópoli

un talento diario por tributo. «Ea (Leptis) singulas in dies talenta vectigal Carthaginiensibus dedit.»

Sus comerciantes tenían correspondientes en todos los puertos de Grecia, de Córcega, Cerdeña y de cuantas islas hay en el Mediterráneo.

Del interior de África traía oro, marfil, elefantes y esclavos negros, que vendía á buen precio.

Nada da idea del rigor con que trataban á los pueblos y cómo no se ahorraban con ninguno para explotarlos cruelmente, como la descripción breve y enérgica que hace Polibio: «Tiranizaban los pueblos del África; de los demás exigían la mitad de todas sus entradas anuales... jamás dispensaron en esto ni en nada á nadie, aunque fuese pobre. Centro de todo el comercio marítimo, veíase en sus puertos increíble número de buques de todas partes que sin cesar le aumentaban sus riquezas».

Se hacía preciso un término á tanta iniquidad y desvergüenza: las famosas guerras púnicas, ó sean las que en diversas fechas sostuvo encarnizadamente con Roma, la llevaron á su perdición y ruina.

Graves apuros experimentó la ciudad de Rómulo en la primera de ellas durante los

veintitrés años que duró (490-513): tras las-  
timosas pérdidas y terribles desastres pudo  
quedar dueña de Sicilia, que, en gran parte,  
señoreaban los cartagineses: sólo el pedazo  
dominado por Hierón, rey de Siracusa, que-  
dó exento del poder romano. Llegada la  
hora de resarcirse de sus pérdidas á costa  
del vencido, aceptó Cartago el pagar al Era-  
rio romano 2.200 talentos eubóicos en vein-  
te años, si placía así al pueblo romano. Mas  
éste no aceptó tal propuesta hecha por el  
general romano, cabeza del ejército, sino  
que, aumentada de 1.000 talentos la suma  
anterior, redujo el pago á diez años.

Tres después de ratificadas estas condi-  
ciones de una y otra parte, fué preciso á Car-  
tago hacer otro desembolso en favor de la  
aborrecida Roma. Unos tráfugas de Cer-  
deña imploraron el favor del pueblo roma-  
no contra los cartagineses que les combatían  
en su propia isla. Determinóse ampararlos,  
y se decretó la guerra contra Cartago.

En vano los cartagineses expusieron á  
los legados romanos la antigua posesión de  
la isla. Roma, inflexible, contestó que, aque-  
lla guerra de Cerdeña, más se hacía á ella  
que á los tráfugas. Fué necesario ceder,  
perder la isla (516) y dar á Roma 1.200 ta-  
lentos al contado.

El lector irá teniendo en cuenta los guarismos, pues son elocuentes testimonios de la riqueza de Cartago.

Si doloroso y humillante fué para los habitantes de esta gran metrópoli tener que asentir á tamañas imposiciones, fuélo en más subido grado para la familia de los Barca, la principal, parece, de la República cartaginesa, y acaso la que tuvo que intervenir más inmediatamente en el arreglo último.

Gobernando la parte meridional de España uno de los miembros de la familia dicha, Hamílcar, hizo jurar á su hijo Anníbal odio eterno á los romanos.

Anníbal, criado desde niño en España, ha absorbido en su corazón todo el veneno de Cartago, su patria, contra Roma. Elévase ésta con los despojos de aquélla: Sicilia primero, y después Cerdeña, han pasado á poder de Roma, con descrédito de Cartago, la poderosa y rica; y Cartago misma ha sido por diez años tributaria de Roma.

Contando Anníbal con los recursos de España en sangre y en dinero, y más aún con la llama del genio que siente en sí mismo, rompe por su cuenta la paz con Roma, destruye la heroica Sagunto, franquea los Pirineos y los Alpes con increíble presteza, y llena de pavor á Roma con las victorias

que obtiene sobre sus legiones en las memorables batallas del Tesino, Trebia y Trasimeno.

La estrella de Cartago palidecía empero, aunque cercada de tanto brillo. Si la victoria del Trasimeno permitió á Anníbal avanzar hasta el corazón de Italia, la fidelidad que halló para con el pueblo romano en cuantos países atravesaba le hacía ver á las claras lo crítico de su situación.

El ejército romano, más ó menos rehecho de sus anteriores descalabros, lo observaba, aunque de lejos: el cartaginés estaba rodeado de enemigos. Una solución había, y Anníbal no titubeó en aprovecharla. Poner los Apeninos entre Roma y sus tropas, correrse por la Apulia á las costas del mar y esperar allí el auxilio de Cartago, no distante.

Pero Fabio Cunctator lo entretiene, sin jamás presentarle la batalla; le corta los víveres y desespera. La prudente conducta de Fabio es con vehemencia censurada en Roma; dásele por compañero al inepto Varrón, para que el mando del ejército recaiga, por días alternos, ya en uno, ya en otro. Varrón, temiendo que en Roma se recrudezcan contra él las censuras que ha oído de Fabio, dispone las haces romanas para el combate,

y en él sufre del astuto Anníbal (538) el descalabro más terrible de que hay memoria en los anales romanos.

Por diez y seis años continuos se sostiene Anníbal al S. de Italia: no sé si Cartago pudo ó no socorrerlo antes de 546, que lo intentó de veras, pero su genio le arbitró recursos. Logró atraerse á su partido á Siracusa, la misma que tras la rota del Trasimeno había enviado al Senado romano una estatua de oro de la Victoria de 320 libras de peso para levantar el abatido ánimo del pueblo.

Logra también que el rey de Macedonia se le alíe en contra del romano; y aun cuando sabe la triste suerte que ha corrido su hermano Asdrúbal con todo el ejército sacado de España en su ayuda, se mantiene todavía cinco años en Italia, hasta que el Senado cartaginés lo llama porque ve amenazada la ciudad por las legiones romanas que á las órdenes de P. Cornelio Scipión han desembarcado en sus contornos.

Si el pueblo romano había consumido en esta guerra todos los ahorros de su Erario y hecho sus hijos cuantos sacrificios pecuniarios estuvieron á su alcance, se resarcó en breve con usura. Tres años llevaba Siracusa, defendida por Arquímedes, resistiendo

al apretado cerco, pero al fin sucumbió. El botín de esta ciudad fué tan extraordinario, que Tito Livio asegura haber casi igualado al que se tomó cuando el saco y rendición de Cartago, aunque llegó á 500 millones de francos ó pesetas, como lo atestigua Blauqui en su *Historia de la Economía Política*.

Si tan feliz é inmediato resultado dió á los romanos la rendición de Siracusa, la derrota que Anníbal sufrió en Zama, á las puertas de Cartago, no fué estéril.

Toda la escuadra cartaginesa entregada á Scipión, 800.000 libras de plata como contribución de guerra, y no poder Cartago hacerla á pueblo alguno sin permiso de Roma, fueron las condiciones de la paz que el vencido (552) tuvo que aceptar.

La condición de quedar Cartago tan dependiente de Roma, que sin la venia de su rival no pudiera de suerte alguna declarar la guerra á ningún pueblo, fué lo que la llevó á su destrucción completa.

Porque habiendo tenido unas diferencias con el rey de Numidia Masinisa, vinieron á las manos, y á su muerte Cartago.

Decir ahora solamente que Scipión el menor la tomó, arrasó é incendió y que se llevó á Roma buenos despojos y de todas clases, sería cumplir substancial y estricta-

mente con el fin de estos libros que pretermiten de ordinario ampliaciones acerca del modo y causas con que se adquirieron las riquezas que en ellos se consignan; pero como convenga quitar la demasiada aridez por una parte, y sea por otra este asunto de las guerras púnicas materia de preferencia en la historia antigua, daré una poca de extensión á esta tercera, que fué corta, ya que acerca de la segunda, que duró más del séptuplo que ésta, me he tenido que limitar á ponerle un apéndice hecho con datos y juiciosas reflexiones del que fué Napoleón III, emperador de los franceses.

Masinisa, rey de Numidia y padre de cuarenta y cuatro hijos, se propuso alejar los límites de su reino á costa de Cartago. Como anciano que era, estaba muy al tanto de cuanto había ocurrido entre Roma y Cartago en las dos guerras anteriores, y presenciado á vista de ojos cuánto había ésta decaído de su antigua pujanza, y, lo que es más, penetrado también en el secreto de ello.

Era éste, que Cartago, como república dada enteramente al tráfico, aborrecía las armas y ocupaba á todos sus ciudadanos fuera de ella, á temporadas, en los negocios mercantiles de que vivía: sus tropas, por lo tanto, eran extranjeras, y, aunque bien asala-

riadas, formaban un abigarrado conjunto de legiones, no siempre dispuesto al heroísmo en favor de una república como la de Cartago, que, fuera de ser poco suave en el trato con los extranjeros, no tenía con ellas más lazos que los del interés material de los salarios.

Haremos excepción de las tropas españolas que sirvieron á Anníbal tan desinteresada, fiel y valientemente como las acciones del Trasimeno y Cannas lo predicán.

Roma, por el contrario: el nervio de sus tropas era todo de romanos: las aliadas, que jamás se mezclaban con las de Roma, ni aun en los campamentos, se componían de soldados sacados de las ciudades de Italia incorporadas al municipio romano é identificadas con él, como cabeza amada y respetada.

Masinisa, seguro de que, á la corta ó á la larga, había siempre de triunfar Roma de Cartago, se declaró súbdito de la primera con el nombre de aliado, y no perdió resquicio alguno para indisponer las dos repúblicas rivales. Acusó á Cartago de haber auxiliado á Anníbal en secreto, y de que el Senado tenía correspondencia con Perseo, rey de Macedonia, que estaba en guerra con Roma; y así era, en efecto, como lo descubrieron los embajadores romanos.

Masinisa, aprovechándose del enojo que esto causó en el Senado de Roma, ocupó á Emporio, país marítimo inmediato á la pequeña Sirte: cuando los cartagineses reclamaron de esta injusta ocupación, los legados enviados de Roma para el esclarecimiento del hecho dieron la razón al númida, el cual, fiando en tan buenos padrinos, ocupó dos provincias cartaginesas una tras otra, y poco después otra tercera y setenta pueblos tributarios de Cartago, á ciencia y gusto de Roma, que había prometido á los cartagineses conservarles la integridad de su ya mermado territorio.

Con desengaños como éste tuvo Cartago que acudir á las armas para rechazar con ellas las invasiones del númida.

Roma estaba á la expectativa; sus embajadores en Cartago tenían orden de intimar la paz á esta república si en la guerra que sostenía con el nonagenario Masinisa llevaba la mejor parte, y de disimular si lo contrario.

Pero el inflexible Catón, aquel que siempre ponía en el Senado romano por estrambote á sus discursos: «Por lo demás, yo, señores, soy de parecer que se destruya á Cartago», urgió tan acremente en contra de toda lenidad para con la angustiada ciudad

cartaginesa, que todo avenimiento en el asunto de Masinisa fracasó por completo, hasta el punto de partir de Roma una gruesa expedición al mando de los cónsules L. Marco Censorino y M. Manilio Nepote, con orden de no detenerse hasta que Cartago quedase totalmente destruída, en castigo de haber guerreado con Masinisa, faltando de este modo á lo estipulado con Roma acerca de no poder tomar las armas sin su anuencia.

Consternados quedaron los cartagineses cuando vieron las águilas romanas acampadas cerca de sus muros. No encontrándose dispuestos para la guerra, enviaron legados á Roma, autorizados para admitir cualesquiera condiciones, *con tal que se conservara la ciudad.*

Creciéronse los romanos con tales muestras de temor, y así empezaron á desenvolverse poco á poco cuanto tenían preconcebido para la ruina de Cartago. Pidieron en primer lugar trescientos rehenes de las familias más calificadas, como garantía de que los ciudadanos de Cartago ejecutarían lo que los cónsules romanos ordenaran.

Dura, muy dura pareció la exigencia, pero se aceptó. Siguió á ésta otra, cual fué la de que proveyesen los cartagineses á su costa el grano que el ejército de Roma pa-

sado á África necesitase para su sustento; después, que entregaran todas las galeras trirremes, luego cuantas máquinas de guerra hubiera en Cartago, y por último todas las armas.

Dos mil máquinas de guerra y doscientas mil armaduras completas pasaron á poder de la República romana en virtud de la incomprensible condescendencia de Cartago.

Cuando supusieron los romanos que la ciudad estaba ya sin medios de defensa é incapacitada para sostener un sitio de mediana duración siquiera, empezaron á insinuar al Senado que la desalojasen sus habitantes y se trasladasen tres millas al interior, pues Roma había irrevocablemente decretado la demolición completa de Cartago.

Allí fueron las lágrimas y gemidos, la ira y el despecho, y sobre todo las imprecaciones á sus antepasados, culpándolos de no haber preferido una muerte gloriosa á la subscripción de tratados tan humillantes como el que ahora invocaban los romanos.

En vano los cartagineses les recordaban la palabra dada de que *se conservaría la ciudad*, pues con manifiesta injusticia fuéles respondido que, en el idioma del Latio, *civitas* significaba las personas, no las casas.

¡Digna superchería á la mala fe que la historia ha transmitido del pueblo fundado por la reina Dido!

Rugiendo de despecho y avergonzados de sí mismos, resuelven sepultarse entre las ruinas de la patria. Asdrúbal se encarga de defender á Cartago. No hay armas ni buques que contrarresten el poder de los romanos; pero todo taller se convierte en armería, y todo pedazo de metal en lanza. Cada día se labraban en la mísera Cartago 1.000 dardos, 100 escudos, 300 espadas y 500 lanzas; las jóvenes ofrecían las trenzas de sus cabellos para hacer con ellas las nueces de las ballestas, y se dió libertad á los esclavos. Cartago se dispuso á sucumbir con gloria.

No narraré las particularidades del sitio, que son en extremo interesantes, pues es asunto ajeno de nuestra historia; el incendio de la escuadra romana; aquellos arietes, movido uno de ellos por 6.000 soldados, y que acompasadamente caía sobre las murallas de Cartago; aquel haber horadado los sitiados uno de los montes que formaban su puerto, y lanzándose por el túnel unos á nado, otros en frágiles barquillas, á sembrar el espanto en las galeras de Roma, puede verse en la larga y minuciosa *Historia Romana* que los PP. Catrou y Rouillé, de la Compa-

ña de Jesús, publicaron en 1727, t. XII, página 508 y siguientes, ó sea desde que Cornelio Scipión Emiliano tomó el mando del ejército hasta que sembró de sal y pasó el arado por el sitio que había ocupado Cartago por cerca de siete siglos sobre medio.

De los 700.000 habitantes que contaba cuando el cerco, los más de ellos habían perecido con las armas en la mano; el resto fué llevado á Italia y dispersado.

Diez y siete días consecutivos estuvieron ardiendo las ruinas de Cartago; grandes riquezas y numerosos objetos de arte se sacaron de entre sus escombros. Scipión Emiliano autorizó el pillaje, reservando sólo para el Tesoro público las estatuas y objetos preciosos consagrados á los dioses púnicos, el oro y la plata.

Toda la moneda de cobre y los muebles finos cedió graciosamente á sus soldados; exceptuó algunos objetos de valor literario incalculable que había mandado sacar de entre las llamas.

Salustio, en su *Guerra de Yugurtha*, especifica algunas bibliotecas de las salvadas por el cuidado de Scipión Emiliano; regaló todos los volúmenes de ellas al hijo de Micipsa, y sólo conservó para sí veintiocho libros de la *Agricultura* de Magón, que del

púnico se tradujeron al latín, con provecho de los romanos.

Otro rasgo que honra mucho al hijo adoptivo del vencedor de Perseo fué el de convocar legados de las ciudades de Italia y África que habían sido saqueadas por los cartagineses, para que, de lo salvado en la destrucción de Cartago, retiraran lo que reconocieran por suyo. Así volvió la Diana [de oro] á su ciudad de Segesta; á Thermis, aquella otra que representaba la ciudad y el río que la baña; á Agrigento, el célebre toro de bronce, instrumento de la crueldad del tirano Phalero; á Gela y otras ciudades, buen número de cuadros y estatuas de gran estimación y alzado precio.

El destructor de Cartago llevó á Roma cuatro millones y cuatrocientas setenta mil libras de plata, recibiendo también en su triunfo el glorioso renombre de Africano.

### **Riqueza de los galo-celtas y galo-romanos.**

Mr. de Belloguet, en su *Civilisation des Gaulois*, siguiendo á Plinio, Diodoro, Pomponio Mela, Amiano Marcelino y á otros más, observa que, aunque estos pueblos vivían en casas de madera cubiertas de barro y paja, usaban, sin embargo, de armas y es-

cudos chapados de plata, y para el adorno de sus personas del coral, del ámbar y producciones que les llevaban los comerciantes griegos, ligures y fenicios.

En sus convites eran tan espléndidos, que Luern, rey de Auvernia, hizo uno, cercando la extensión de doce estadios cuadrados, y llenándole materialmente de cisternas que rebosaban vino, cerveza y agua melada.

Bituit, hijo de Luern, sobrepujó á éste en ostentación y lujo: el fausto que desplegó en una negociación de paz que entabló con los romanos deslumbró á las legiones del Latio. Guiando un carro de brillante plata, y con arreos de este metal precioso, bajó de sus montes á encontrar las águilas romanas.

Julio César, en sus *Comentarios*, atribuye al lujo y los placeres la degeneración de esta raza, hasta hacerla visiblemente inferior á la germana.

Llevaban las armas doradas y cinceladas; los tahalíes y cinturones plateados; el oro abundante en anillos y brazaletes, y en los collares hasta 1.600 gramos de peso. Los carros de combate enchapados de plata no eran raros.

Desde los tiempos del cartaginés Anníbal hacían los galo-celtas un comercio sobrema-

nera activo por el Ródano, que después se extendió al Loira y otros ríos, por los que exportaban tejidos de lana y escarlata, tapicería bordada y otros artefactos parecidos.

Cuando se aseguró en las Galias la dominación de Roma, todo se mejoró: no había pasado un siglo, y aquellas viviendas de tabla, lodo y paja se veían reemplazadas por otras construídas y adornadas como las de las ciudades italianas. En las deliciosas granjas, á que siempre fueron los galos muy inclinados, se veía por todas partes la imitación romana: jardincillos, grutas, fuentes y estatuas por doquiera.

En ellas, bibliotecas y cuadros; en el ajuar de mesa, vasos de plata y loza fina, y lechos (triclinia) colocados en torno de mesas cubiertas de pedrería é incrustaciones delicadas.

Los vinos exquisitos se guardaban, según su calidad, en vasijas de barro ó mármol, y también en grandes redomas de vidrios de colores, y se refrescaban en los depósitos de nieve. Los vestidos, los propios de un país rico y adelantado en las artes fabriles. Cómo se fué adquiriendo esta riqueza, quedará dicho al historiar la de Roma, de la que por mucho tiempo dependieron las Galias.

## **Pueblo hebreo.**

Dejamos interrumpida su historia, bajo la fase que aquí se considera, cuando el rey de los persas, Ciro, le permitió volver á sus queridos hogares de Judea.

Jerusalén no era sino un montón de escombros; el primer cuidado de los israelitas fué, por consiguiente, pensar en la reedificación del templo, y así se dieron á descombrar el parvis para erigir cuanto antes el altar de los holocaustos, trabajo en que debió gastarse buena parte de la suma dada por los príncipes y cabezas de familia, antes de ponerse en camino para la ciudad santa.

Los que, á la salida del pueblo hebreo para la cautividad de Babilonia, habían quedado en Judea, y sobre todo los avecindados en las proximidades de Jerusalén, consideraban ya la tierra como suya, y se les hacía pesada y dura la devolución á sus verdaderos dueños. De aquí que nada omitieran para hacer odiosos á los judíos en los ojos de los que habían sucedido en el trono de Ciro.

Pero como el pueblo hebreo había ya aplacado el enojo del Señor con setenta años de cautiverio, y, amaestrado por los sacerdotes de la ley, tenía verdadera resolu-

ción de cumplirla, lo había cobijado el Señor bajo sus alas. Por tanto, no sólo edificó el templo de nuevo, sino que los mismos monarcas siros coadyuvaron á la obra.

El decreto de Artajerjes es terminante acerca de este asunto: en él, no sólo otorga el permiso para que los judíos puedan recoger toda la plata y oro que los habitantes de la provincia de Babilonia quieran libremente ofrecer, sino además toda cuanta riqueza den espontáneamente el rey y sus consejeros para el Dios de Israel. «Y si á ti (Esdras) y á tus hermanos pareciere hacer algún otro uso de la plata y oro que sobrare, hacedlo según la voluntad de vuestro Dios. Llevad además los vasos que el rey y sus consejeros y grandes han ofrecido, y se dará del Tesoro y Fisco del rey y de lo mío... sin tardanza, hasta cien talentos de plata, etc.»

Con este decreto, que Esdras no dejaría de presentar una y más veces á los que se oponían á que los judíos volvieran á habitar en Jerusalén y sus cercanías, se mitigó el encono dicho. Oigamos á Esdras disponer su viaje para Jerusalén, pues en el fardaje lleva lo que en estas páginas buscamos. «Tuve vergüenza, dice, de pedir al rey tropas que nos defendiesen de enemigos en el camino, porque le habíamos dicho: «La

mano de nuestro Dios defiende á todos los que le buscan en bondad». Intimé un ayuno para afligirnos y pedirle viaje feliz para nosotros, para nuestros hijos y familia, y todos nuestros bienes. Ayunamos, y nos sucedió felizmente.

Llamé á mi presencia doce sacerdotes de las primeras familias, y les entregué por peso la plata, el oro, y los vasos [preciosos] que el rey, sus consejeros y grandes habían ofrecido para ser consagrados á la Casa de nuestro Dios... Su mano fué sobre nosotros, y nos libró de manos de enemigos y de acechadores.»

Lo entregado por Esdras á los doce sacerdotes dichos fué 650 talentos de plata [2.132 arrobas] y cien vasos del mismo metal; y en oro cien talentos [384 arrobas] y ochenta tazones.

Con este tesoro se acabó de levantar el nuevo templo, y aun se amuralló Jerusalén, en medio de los sobresaltos y contradicciones de que tan menudamente hablan los libros santos.

Algunos abusos empezaron á introducirse en la observancia de la ley; pero, como el pueblo volvía bien escarmentado, no fué difícil á Nehemías cortarlos de raíz, y hacer por ende que bajaran las bendiciones del

Señor sobre su pueblo. Gozó éste por tres siglos de una paz, de una abundancia, de una prosperidad tan grande, como no la había conocido ni aun en las épocas de los reyes más santos que antes lo habían gobernado. Bastará con decir que las guerras de Alejandro Magno, trastornador del mundo, no se sintieron lo más mínimo en Judea, tan cercana á las regiones que presenciaron las hazañas de este guerrero insigne.

Llegó el temible reparto de su herencia; y como el pueblo hebreo seguía viviendo con sujeción á la ley de Dios, nada turbó la paz ni la felicidad de aquel rincón del mundo, ni la turbaron tampoco ninguno de los cinco reyes que gobernaron en Siria después de la muerte del gran conquistador hasta Seleuco el Ilustre, el cual, de tal manera respetaba el templo del Señor, que de sus rentas suministraba todos los gastos necesarios para el ministerio de los sacrificios.

Mas, en tiempo de este rey y gobernando al pueblo judío el Santo Pontífice Onías, hubo un tal Simón, prepósito del templo, que, por cuanto puede conjeturarse, ansiaba el Pontificado; y no hallando modo de obtenerlo sino por medios sacrílegos, avisó á Seleuco de la gran riqueza que estaba acumulada en el templo, advirtiéndole que tan

grandes sumas no pertenecían á los gastos de los sacrificios, y que era fácil lograr que llegara á las reales manos.

La proposición de este desamortizador era tentadora, y Seleuco el Ilustre cayó en ella. Comisionó á Heliodoro para que tomara el tesoro y le diera entrada en los fondos nacionales.

Pasó Heliodoro á Jerusalén, habló con el Pontífice Onías, le enteró de la denuncia hecha por Simón, y de la orden que llevaba de Seleuco. Onías le declaró sencillamente que era verdad se custodiaban en el Erario del templo cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro, mas que parte de esa cantidad pertenecía á Hircano Tobías, y el resto eran depósitos y alimentos de viudas y huérfanos.

Insistió Heliodoro en llevarlo á Antioquía, que era la corte; pero el visible y terrible castigo que experimentó del cielo al penetrar en el santuario para apoderarse del tesoro lo hizo desistir de su empeño, bien á costa suya y con escarmiento de pocos.

Conmovido Seleuco con la relación que de ella le hizo su ministro de Hacienda, y más con la visita de Onías para retraerlo de su propósito, se manifestó dispuesto á favor

de la justicia y á derogar la orden, pero murió antes de haber dispuesto cosa alguna.

Sucedióle en el trono su hermano Antíoco III, al que la Sagrada Escritura llama *raíz pecadora*, con el cual nada hizo Onías, ya que no le hablara, ya que no fuera atendido; se retiró á Dafne, cerca de Antioquía, como desterrado voluntario, en previsión de los sucesos que no tardaron en venir.

Entramos en uno de los períodos más calamitosos de la historia del pueblo hebreo, y en el que al mismo tiempo se pone en relieve su riqueza. Jasón, hermano de Onías, contando con los malos israelitas que éste había refrenado con saludable rigor, corrió en busca del nuevo rey y le prometió trescientos sesenta talentos de plata de las rentas públicas, ochenta más de otras, todo ello como tributo, añadiendo ciento y cincuenta á los ofrecidos si le otorgaba permiso para establecer en Jerusalén gimnasio y efebía, y el privilegio de ser ciudadano antioqueno.

Todo lo concedió Antíoco sin dificultad alguna, y en breve el pueblo judío volvió al Paganismo y se entregó á la inmoralidad más repugnante.

Conviértese su historia de aquí adelante en un verdadero laberinto en razón del número de personas que toman y dejan el Pon-

tificado para asumirlo de nuevo, terciando en todo la autoridad de los reyes de Siria.

Antíoco, que mal de su grado había tenido que soltar la presa que había hecho en Egipto á costa de Tolomeo, trató de compensarse á la de los israelitas. En vez de dirigirse á Antioquía, se enderezó á Jerusalén; y porque había en ella corrido la noticia de su muerte durante la campaña de Egipto, y no queriendo recibir á su protegido Jasón, pasó 80.000 de sus habitantes al filo de la espada, redujo á prisión 40.000, y vendió otros tantos por esclavos. Pero aunque tan desconsolador, no era esto lo que más affigía á los verdaderos israelitas que aun quedaban en aquella populosa ciudad.

El temor de que Antíoco profanara el templo era, digámoslo así, su pesadilla, porque este pueblo, en todo material y grosero, jamás llegó á entender, salvo algunas excepciones, que el Señor no había escogido la nación por amor al templo, sino al templo por amor á la nación.

Antíoco, en efecto, penetró en aquel sagrado recinto guiado por el impío Menelao, judío, si se puede decir, pontificable, y robó cuanto le plugo. El altar, el candelero y la mesa; las tazas, vasos y coronas, todo ello de oro puro, sin perdonar ni el velo ni el

ornamento que estaban en la fachada. Entre todo 1.800 talentos, unos 71.000 kilogramos.

Pero aun no había apurado este pueblo de dura cerviz las heces del cáliz de amargura que el Señor le preparaba. Porque habiendo Antíoco concebido un profundo desprecio para con él, y hecha experiencia de lo poco que valían sus pontífices, ambiciosos y plegables al regio pláceme, sin que por cosa alguna fueran capaces de ponerse ni á los peligros de una cárcel, determinó abolir en Israel la religión mosaica.

Con qué furor y encono llevó Antíoco adelante su propósito; con qué impudencia colocó sobre el altar del templo la estatua de Júpiter Olímpico, y cuántos hijos de Abraham doblaron ante ella la rodilla, no es de nuestra incumbencia el referirlo. De esta cruel persecución nació, sin embargo, un tiempo de gloria para Dios y de bienandanza material para su pueblo.

Porque fortalecidos los ánimos con el ejemplo del anciano Eleázaro, de débiles mujeres y aun de niños que entre tormentos dieron su vida por confesar la fe de sus mayores, y reunidos en Modín al Sumo Sacerdote Matatías sus cinco hijos y unos pocos valientes israelitas, sin más habitaciones que los riscos, las cuevas y los desiertos, se atre-

vieron, confiados en el Señor, á desafiar la cólera de Antíoco y á contener con su ejemplo las apostasías del pueblo del Señor.

¿Han nacido los hijos de Abraham para ser esclavos de las naciones? ¿Podrán ver tranquilos los adoradores del verdadero Dios cómo se borra su culto? Así enardecía el padre de los Macabeos á sus hijos y conciudadanos, y así empezaron aquellas guerras santas y sin molde en la historia de las naciones, coronadas de felicísimo éxito, que narraremos á seguida.

Judas Macabeo, y sus hermanos tras él, hicieron prodigios de valor resistiendo y derrotando las tropas del rey de Siria; nada era capaz de contener el ímpetu de los hebreos; los botines de que se apoderaban copiosísimos, como el hecho al ejército de Gorgias, teniente de Antíoco, en el que, ultra de incalculable cantidad de oro, plata, telas de color de jacinto y púrpura marina, vinieron á manos de Judas Macabeo las riquezas de los mercaderes fenicios que en gran número habían acudido al campo de los asirios para comprar á Gorgias, como esclavos, todos los judíos que habían de quedar en su poder, dada la desproporción numérica de los combatientes.

Seis batallas ganadas en menos de un

año permitieron celebrar grandes fiestas en Jerusalén y reparar el templo profanado por el impío Antíoco. Se adornó la fachada con escudos y coronas de oro; se hicieron, de oro también, el altar, el candelero, la mesa y copioso número de vasos, sin omitir, por de contado, los utensilios de plata. Todo volvió á quedar como estaba tres años antes, cuando Antíoco lo despojó con su insensatez acostumbrada.

El resto de las guerras de los Macabeos no tengo por qué escribirlas, por tocar poco en mi asunto lo acontecido en ellas, y eso poco lo esparciré convenientemente en los apéndices.

Volvió el pueblo á disfrutar ahora de una paz y prosperidad semejante á la que se siguió á su vuelta de Babilonia: el valor de los hermanos Macabeos por una parte, y las guerras intestinas que devoraban el reino de Siria por otra, fueron la causa.

Simón, uno de ellos, regía al pueblo con prudencia suma. Fortificaba las ciudades y las proveía de todo género de armas; tomó á Jope, sobre el Mediterráneo, é hizo en ella un puerto muy seguro; los reyes de Siria buscaban su alianza, y cada uno se sentó en Israel bajo de su higuera, sin temor de que nadie perturbara su reposo.

Juan, por sobrenombre Hircano, que sucedió en el Pontificado á su padre Simón, dilató mucho los dominios de Israel; se apoderó de parte de la Arabia y de Fenicia, arrasó á Samaria y su templo, sujetó á los idumeos, llegando á ser el más poderoso de entre los príncipes de aquella parte de Asia.

Hircano I hizo brillar el culto en toda su pureza, fortificó los muros de Jerusalén, y fundó, el primero en esta ciudad, hospitales para pobres. Murió á los veintinueve años de Pontificado y ciento dos antes del Nacimiento del Señor, dejando la nación en muy floreciente estado. Así pagó el Señor á la descendencia de Matatías el valor y la fe con que había peleado por su causa.

Se acercaba el día señalado para la venida del Mesías, y la profecía de Jacob se había de cumplir. «No será quitado el cetro de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado.» Y, efectivamente, este cetro empieza desde aquí como á escaparse de manos de la casa de Judá: Hircano II, y su hermano Aristóbulo, se hacen por él crudelísima guerra; derrotado el primero, acude al Gran Pompeyo para que con el poder de las águilas romanas lo reponga en el trono de que Aristóbulo lo ha despojado.

Repuso Pompeyo á Hircano en el Ponti-

ficado, pero lo privó de la dignidad real, y redujo la Judea á la clase de nación tributaria de Roma. Quedó Antípatro por procurador de ella, y Gavinio, sucesor de Pompeyo, la dividió en cinco toparquías ó gobiernos.

Antípatro supo atraerse el favor de Cayo J. César, ya dictador en Roma, que lo colmó de distinciones y le permitió que diese á Faselos, su hijo mayor, uno de los cinco gobiernos en que había sido partida la Judea, y otro, el de Galilea, á Herodes, su segundo hijo, que poco después fué nombrado «Rey de Judea» por el Senado de Roma.

Treinta y un años seguidos resistió el pueblo judío la soberanía de Herodes, el cual, airado con tamaña resistencia, tomóle tan grande odio y aversión, especialmente á la descendencia de Judá, que no dejó de ella uno á vida. Abolió el Sanedrín, dió muerte á los sesenta jueces que lo componían, hizo quemar los libros de las genealogías reales que se custodiaban en el tesoro del templo.

Cansados los judíos de tantas atrocidades como había Herodes ejecutado, consintieron en reconocerlo como rey de Judá á él y á sus sucesores.

Así sancionó el pueblo judío la salida del cetro de Israel de la casa de Judá.

Reinó Herodes seis años después de ser reconocido rey de Judá por el pueblo hebreo, y treinta y siete entre todos, en los cuales hizo obras materiales portentosas que acusan crecidísimos gastos, y que son, por lo tanto, signo de la mucha riqueza de que pudo disponer, y que en general provino del floreciente estado en que dejó al pueblo judío Hircano I, nieto del valeroso anciano de Modín.

Pues como Herodes debiera principalmente la corona de Judea á César y á su lugarteniente Antonio, nada tuvo en más que el mostrarse agradecido á ellos y honrarlos erigiéndoles en su honor monumentos religiosos ó civiles. Renovó con grandes gastos el antiguo castillo de Jerusalén, y, á honra de Antonio, lo llamó la Torre Antonia: edificó en la parte más alta de la ciudad un palacio, y en él dos aposentos grandes y gentiles, á uno de los cuales dió el nombre de Cesáreo.

En Sebaste, que la rodeó de muralla de veinte estadios largos, hizo un hermoso templo; obras que dedicó al César, el cual, habiéndoselo agradecido, recibió de Herodes otra honra mayor, cual fué la edificación de un nuevo templo cerca de la fuente del Jordán, todo muy blanco y reluciente. En Hie-

ricunta edificó casas y palacios reales, á los cuales dió por nombre el de sus amigos. «No había lugar en todo el reino que fuese bueno, el cual no honrase con el nombre de César», dice Flavio Josefo en la *Historia de las guerras de los judíos*; y añade: «Después de haber henchido todo el reino de Judea de templos... los llamó Cesáreos».

Otra obra de grande costo llevó también á cabo. La Torre de Estratón, situada entre Doras y Jope, fué reedificada casi enteramente por él, de piedra blanca y muy luciente, añadiéndole un palacio. Y como entre las dos ciudades dichas no hubiese posibilidad de abrigarse los navegantes en parte alguna del viento Áfrico, muy temible aunque no arrecie, por lo que revuelve la mar en aquel sitio, hizo en Estratón un puerto mayor que el de Pireo, y dentro de él una gran dársena donde cupieran desahogadamente muchas naves.

Y aunque el lugar le era manifiestamente contrario, quiso todavía Herodes contender con él de tal manera, que la firmeza de sus edificios no pudiese ser quebrada por los ímpetus del mar... echó, pues, veinte varas en el hondo muchas piedras, de las cuales las había de cincuenta pies de largo (entre doce y trece metros), nueve de alto y

diez de ancho, y aun mayores, sobre las cuales se hizo el muro...

Edificó también bóvedas y lugares para depósito de las mercancías; una gran lonja, toda de piedra, y á la puerta tres grandes estatuas, afirmadas sobre columnas de gran altura y mole.

En el collado que está antes de la entrada del puerto levantó al César un templo grande y hermoso, y le dedicó en él una estatua no menor que la del Júpiter de Olimpia, ni inferior á la de Juno, que estaba en Argos. Este fué el origen de la ciudad de Cesarea..

Dejaré la relación de otras construcciones, que hizo Herodes muchas y hermosas, porque con lo dicho basta para nuestro intento. En Trípoli, Damasco y Tolemaida, aunque no eran de su reino, hizo baños públicos; proveyó de grano, sin interés, á otras ciudades; dió muchos dineros á los rodios para armar sus flotas, é hizo una especie de acueducto á los laodicenses para darles agua.

Fué el Herodes que persiguió al Señor recién nacido, el que mandó degollar los niños que vulgarmente llamamos «Inocentes», y, por tanto, sujeto digno de las alabanzas del judío Josefo.

Con esto no se quita que en la repara-

ción del templo de Jerusalén se mostrara tan en extremo dadivoso, que, según algunos, le dió en todo la magnificencia del tiempo de Salomón.

Ni átomo de este espíritu de generosidad demostró cuando hizo llevar á su tesoro las preciosidades de las casas más opulentas del partido de Antígono, ni cuando confiscó los bienes de cuarenta y cinco ricos que seguían el partido de aquél, á los que quitó la vida, sin perdonar el registro de sus féretros en busca de dinero.

Pero, entre tanta riqueza y prosperidad material, pagaba Herodes con usura la muchedumbre de sus crímenes. Fué desgraciadísimo con sus mujeres é hijos; Antípatro se conjuró contra él; con Alejandro y Aristóbulo hubo grandes discordias: sabía cuán aborrecido era del pueblo, y lo poco en que éste tenía y apreciaba sus dones y larguezas, por serle patente la raíz viciada de donde provenían; hizo y deshizo su testamento, y vivió años enteros atormentado de gravísimos dolores, tribulaciones todas, si se quiere, comunes á los buenos para deslazarlos de sus faltas, y para que glorifiquen al Señor en sus trabajos; pero, en los malos y empedernidos, son visibles castigos de la mano airada del Señor.

«Vivió Herodes atormentado de muchos dolores, habla Josefo: tenía calentura muy grande y una comezón muy importuna por todo el cuerpo, y muy intolerable. Atormen-  
tábanle dolores del cuello muy continuos; los pies se le hincharon, como entre cuero y carne; hinchósele también el vientre, y podrecíansele otras partes de gusanos; tenía gran pena en el alentar, y le fatigaban mucho los continuos suspiros que exhalaba y el encogimiento grande de todos sus miembros.

Probaron los médicos de curarlo echándolo vivo en el lago de Asfalte, ó Mar Muerto, cuyas bituminosas aguas lo empeoraron.

Echó él de ver cómo se le había corrompido la sangre, y, desconfiando con esto de la vida, mandó dar cincuenta dracmas á cada uno de sus soldados, y repartió crecidas sumas entre regidores y amigos.»

«En Hiericunta pensó, dice Josefo, una cosa muy mala y muy nefanda; porque, mandando juntar los nobles de todos los lugares y ciudades de Judea en un lugar llamado hipódromo, mandólos encerrar allí. Después, llamando á su hermana Salomé y al marido de ésta, Alejo, dijo: «Muy bien sé que los judíos han de celebrar fiestas y regocijos por mi muerte; mas para que toda

Judea me llore, á pesar suyo, matad todos estos varones en el punto que yo expire.»

Prueba clara de que los malvados pueden á veces hacer bienes materiales á los pueblos, y recibir, como Herodes recibió en su sepelio, honores civiles concurridos y ostentosos.

Archelao, su sucesor en el trono, mostró toda su pompa y riqueza en honrar el cadáver de su padre. «Lo hizo colocar en una cama de oro, toda labrada de perlas y piedras preciosas; guarneció el estrado de púrpura, y de ella vistió el cadáver; púsole corona en la cabeza, y cetro en la mano derecha: alrededor del féretro estaban los hijos y los parientes, después todos los de su guarda, un escuadrón de tracios, alemanes y franceses; seguían quinientos esclavos y libertos llevando olores, y con este acompañamiento fué llevado el cuerpo, camino de doscientos estados, hasta el castillo de Herodión, donde fué sepultado.»

### **Reinos de Oriente.**

A la inesperada muerte de Alejandro Magno se siguió un trastorno general en todo Oriente. Sin sucesor y sin quererlo nombrar, hubo en su mal hilvanado Imperio

tantas cabezas como gobernadores de provincia (I).

Tras las consecuencias propias de esta acefalía se constituyeron cuatro reinos, y fueron: el de Egipto, por Ptolomeo Lagus; el de Babilonia y Siria, por Seleuco; el de Grecia y Macedonia, por Casandro, y el de Asia, por Antígono.

Trescientos siete años antes de la venida del Señor, ó sean veinticuatro después de la muerte de Alejandro, estaban coronados todos los principales subordinados de este conquistador que sobrevivieron á las guerras originadas con el primer reparto de su vastísimo Imperio.

Los lectores se servirán no olvidar que estas pinceladas históricas sólo van encaminadas al conocimiento de la riqueza que en dichos países hubo desde la muerte de Alejandro hasta César Augusto, bajo el cetro de los monarcas que los gobernaron, pres-

---

(I) Ptolomeo Lagus se quedó con Egipto; Laomedón de Myteleno, con Syria; Filón, con Cilicia; Eumenes, con toda la Paflagonia, la Capadocia y otras provincias limítrofes; Pitón, con la Media; Antígono, con la Panfilia, Licia y Frigia Mayor; Casandro, con la Caria; con Tracia, Lisímaco; la Frigia Menor siguió con Leonato; con Meleagro Lidia, y con toda la Macedonia Antípater.

cindiendo generalmente del modo como se formaron los nuevos reinos que de los dichos nacieron.

En el libro que sigue á éste hallarán los lectores las biografías de los principales actores que en este complicado período histórico tomaron señalada parte, con lo cual se descarga el texto de noticias que de su naturaleza rechaza, como estricto orden cronológico, cambio de dinastías, etc., etc.

Antígono gozó del reino de Asia; rebelóse contra los gobernadores macedónicos, que se atribuían cierta superioridad sobre el resto de los agraciados en el reparto del Imperio, y con el auxilio de su hijo Demetrio se hizo de buen partido en Grecia; riñó buenas batallas con el rey de Egipto Ptolomeo, y en realidad de verdad fué el hombre que más pesó en los asuntos políticos y militares de aquella época. Murió de ochenta años, y sobre los restos de su reino de Asia fundó Seleuco Nicator el de Siria, aprovechando la gran rota que en Ipsos dió á Antígono, contra el cual se habían declarado también Casandro y Ptolomeo.

Fué esta acción en 301, y en ella perdió Antígono vida y corona. Este año empezó en Siria la dinastía de los Seléucidas, que dió trece reyes, entre ellos los Antíocos.

Pausanias, en el libro de las *Descripciones*, dice de este Seleuco que «Justitia et pietate erga deos, reges omnes antecelluisse». La fundación de Seleucia á orillas del Tigris fué obra de este rey, que la pobló con gente de Babilonia. Sus dominios, un tiempo gloria de los persas, llegaron á florecer sobremanera bajo los Antíocos, célebres en la historia civil y en la sagrada.

Antioquía, cuyos fundamentos echó Seleuco Nicator, fué ciudad tan grande como bella y rica, y continuamente mejorada por todos los reyes seléucidas. Ecbatana, capital de la Media, sufrió de Antíoco III una fuerte contribución cuando la guerra de este Seléucida con Arsaces.

Los 4.000 talentos que retiró Antíoco (22 millones de pesetas) fueron tomados del templo de Anca, no en metálico, sino destrozando lo que en él habían perdonado las garras de Alejandro.

Tuvo este templo á su alrededor columnas doradas, y lo cubrían muchas tejas de plata: «Columnas circa habuit deauratas, et tegulæ quoque argentea plures ibidem erant congestæ»; sin esto, quedaban aún algunos ladrillos de oro, y muchos de plata. «Lateres restabant aurei nonnulli, argenti vero multi», dice Polibio.

Por el Eufrates subían hasta Babilonia los ricos productos de Arabia, marfil, ébano, resinas olorosas, etc., y también otras mercancías de la India. Los riquísimos comerciantes de Gerrha, de quienes más extensamente nos dará Strabón noticias, remitieron, agradecidos, á Antíoco quinientos talentos de plata, mil de incienso y otros presentes por la generosidad con que los perdonó.

Al mar fenicio daban Tiro, Sidón, Lao-dicea y otra Seleucia sobre el Oronte, villas todas de mucho comercio é industria. Nada explica, á mi juicio, mejor la prosperidad del imperio Seléucida que el gran proyecto de unir los mares Negro y Caspio por medio de un canal que pusiera en comunicación la Media con Macedonia y Grecia (1).

El Asia Menor quedó sujeta, por su mucha población, riqueza y fertilidad, á fraccionamientos y constantes anexiones. Al Norte se constituyeron los Estados de Cólchi-

---

(1) Este pensamiento, debido á Seleuco Nicator, hubiera sido, creo, muy fácil uniendo el Volga, que desagua en el Caspio, al Don, que lo hace en el mar de Azof, en comunicación con el Negro, por el Estrecho de Enikalek.

Pero como las tierras buscadas no eran las de los sármatas ni gelones, si habitadas, sólo de bárbaros,

da, Ponto, Paflagonia y Bitinia. Al centro el de Capadocia, al Sur el de Cilicia, y al Oeste los de Casia, Pérgamo, etc.

Lo más que puede decirse del grado de riqueza que alcanzaron es que, en el corto término de veinticinco años, entre Sylla, Lucullo y Pompeyo sacaron de ellos 60.000 talentos (330 millones de pesetas) que llevar á Roma, y otros tantos que repartieron entre sus tropas. ¿A cuántos equivaldrían hoy?

Ninguno de estos diversos Estados se engrandeció como el del Ponto, bajo Mitrídates III; desde Cólchida á Bitinia tuvo por suyos todos los puertos del Mar Negro, por los que hacía un tráfico de mucha consideración y lucro.

El apogeo de este reino fué bajo el centro de Mitrídates el Grande el enemigo más capaz y constante que tuvo Roma en todo Oriente. Sus flotas, sus ejércitos, sus tesoros, su mismo reino, fueron presa de las

---

es de creer que el canal se proyectara por el S. del Cáucaso.

En este caso, toda la parte Norte del Asia Menor hubiera tenido comunicación facilísima con Hircania, y las ciudades de Trebizonda en la Cólchida, de Sinope en Paflagonia, y de Heraclea en Bitinia, hubieran sido á su vez grandes emporios comerciales.

águilas romanas; y cuando su propio hijo se unió á los invasores de sus dominios, buscóles enemigos en el déspota Tigranes, sin jamás vacilar en la lucha, aun en medio de las inmerecidas humillaciones por que el déspota le hizo pasar.

En los días de su fuerza y opulencia tenía armados en el Mar Negro 400 buques, y su ejército, con los aliados, se componía de 250.000 hombres de á pie y 40.000 de á caballo.

El reino de Pérgamo fué siempre muy fiel á la alianza romana. Sus principios fueron tan modestos como pueden verse en Strabón, lib. XIII, cap. IV. Atalo fué saludado el primero como rey, después de vencer á los gálatas; ayudó á los romanos, y lo mismo hizo Eumenes, su hijo, contra Antíoco el Grande y contra Perseo.

Con la cesión de tierras que Antíoco le hizo, su pequeña soberanía se aumentó tanto, que comprendía ciudades ó villas florecientes sobre todo encarecimiento. Era célebre en Pérgamo la biblioteca de 200.000 volúmenes reunidos por Eumenes II, y las canteras de mármol de Proconesa, «*Urbs habens et magnam fodinam lapidis albi valde laudati*» (Strab.), daban larga ocupación á los de Cícice, que, como el mismo auto

dice, se podía comparar con las principales ciudades del Asia Menor, «ob magnitudinem et pulchritudinem et legum bonitatem».

Los tributos que de este reino de Atalo sacaron los romanos, pueden, con grandes conjeturas, rastrearse de los siguientes datos: Moagetis, régulo de Cibira, trató de engañar á Cn. Manlio con una fingida pobreza: airado el romano de que sólo le ofreciera quince talentos, le amenazó con talarle todos sus campos y saquearle la ciudad si al punto no le entregaba quinientos.

Aterrorizado Moagetis de la amenaza, se apresuró á subir el número de talentos exigidos; pero, aplacado Manlio, logró de él que se contentara sólo con ciento, y con una gran cantidad de trigo.

Los de Termeso le dieron una corona que valía cincuenta talentos; otra igual los de Aspendio, é igual á las anteriores le dieron otra los sagalasenos, después de haberles hecho en sus campos cuanto daño pudo. Estos fueron los países de donde veremos pasar á Roma tantos y tantos tesoros.

### **Egipto.**

En gracia de lo de prisa que he pasado por el reino de los seléucidas, me será per-

mitido ir algo más despacio en el bosquejo histórico de este otro trozo, de los diez ó doce en que saltó el cetro de Alejandro Magno cuando la muerte se lo hizo caer de la mano al suelo.

La historia de Egipto, se ha dicho con razón, se pierde en la noche de los tiempos. Por esto, y porque rastrearla desde tan lejos y á obscuras no nos puede llevar ni directa ni transversalmente á nuestro constante objeto, será preciso que partamos en nuestra investigación de algún hecho histórico, claro é indiscutible, y que en sí mismo entrañe el concepto de poder y de riqueza, inseparables para nuestro fin.

Ningún punto de partida me parece, pues, mejor que el conjunto de aquellas gigantescas construcciones de los reyes de Egipto, obras de su poder ilimitado. No se pretendía en ellas el honor de una divinidad, sino el interés personal del rey que las levantaba.

Sólo una mitad de aquellas ciclópeas construcciones egipcias han sido consagradas á los dioses; el resto se las dedicaron á sí mismos. Eternizar en ellas sus acciones y su nombre, vivir en ellas á través de generaciones y generaciones, es el pensamiento que las informa, y de aquí que nada

se escaseara en su erección, ni vidas ni tesoros.

Las esculturas que adornan los templos egipcios, predicán igualmente esta verdad: en ellas, lo que campea son las expediciones gloriosas de los reyes; las acciones de los dioses están en segundo término. Hombres que tal sentían y de tal modo expresaban sus sentimientos, debían ser necesariamente ricos y poderosos. Todos los déspotas en ejercicio lo han sido, y de ello hay fehacientes testimonios en Egipto y fuera de él.

Por Herodoto sabemos que los trabajos que debían unir los lagos amargos al Mar Rojo, costaron la vida á 120.000 operarios en el desierto. Esto cuanto al poder absoluto; que acerca de la riqueza, tiene este mismo historiador un dato curiosísimo en extremo. Hablando de la construcción de la gran pirámide de Cheops y del crecidísimo número de operarios que debieron trabajar en ella, escribe: «En la pirámide está anotado con letras egipcias cuánto se gastó en rábanos, en cebollas y ajos, para el consumo de peones y oficiales; y me acuerdo muy bien que, al leérmelo el intérprete, me dijo que la cuenta ascendía á 1.600 talentos de plata. Y si esto es así, ¿á cuánto diremos que ascendía el gasto de herramientas para traba-

jar, de víveres y vestidos para los obreros?» (Herod., lib. II; Euterp., CXXV.)

Recordaré que esta célebre pirámide fué empezada y acabada en el reinado de Chufus (tiene este rey distintos nombres), y así el gasto dicho no se hizo en larga serie de años, sino dentro de los cuarenta ó cincuenta que aproximadamente reinaría. En la inscripción hallada en una columna que se descubrió cerca de Dakkens, en Nubia, no sólo se ve al rey sentado en *trono de oro puro*, sino en ademán de interrogar si no se podrían abrir pozos desde Menfis á Akita, región aurífera, pero sin agua en el camino.

Otros jeroglíficos hay más expresivos todavía, como el de Rameseión, que se conservaba en los días de Diodoro de Sicilia. En uno de los salones de recreo se ve la figura del rey, muy engalanado, ofreciendo á los dioses el oro y la plata que rendían todos los años las minas de Egipto: la suma que está escrita al lado sube á 320.000 minas.

De este edificio diré que, en uno de sus patios inferiores, hay dos estatuas monolíticas: la de en medio, que está sentada, es la mayor de todo Egipto, pues sólo uno de los pies mide más de siete codos de largo. Al lado de las rodillas de esta estatua hay dos

figuras de mujer, la esposa y la hija del rey: el grupo todo es de una sola pieza.

La laguna de Meris, obra artificial y situada cerca del Laberinto, es de las grandes obras egipcias, y juntamente muy beneficiosa al Erario. Pasa desde el Nilo á la laguna un canal subterráneo durante seis meses, en los cuales la pesca reditúa al Fisco veinte minas diarias, y sale de la laguna en los otros seis meses, dejando un talento de plata cada día. Computa el P. Pou las veinte minas en ciento veintinueve libras esterlinas, y el talento en doscientas cincuenta y ocho de la misma moneda, dejando picos. Los egipcios acomodados vivían con lujo: las mujeres, en especial, se cargaban materialmente de adornos; pendientes, brazaletes, collares, anillos, etc.; de los convites, que solían ser suntuosos, estaba alejada la templanza.

Los caudales que el comercio producía debían ser de buena cifra, singularmente los debidos á la exportación del vestido y calzado, hechos de la madera del *papyrus*; las drogas medicinales y objetos de vidrio, cuya fabricación antiquísima han probado las esculturas de las tumbas de Beni-Hasan, fueron igualmente exportaciones muy productivas.

Quien tenga interés por saber minuciosamente la vida, costumbres, riqueza, industria, etc., de este originalísimo pueblo, acuda, que no le pesará, á la excelente obra de Wilkinson, *Manner and Customs, etc.*

Dejamos esta región sujeta á Cambises, hijo de Ciro, y de ella también escribimos lo suficiente acerca de sus conquistas en Fenicia, y de sus relaciones con el pueblo hebreo, antes que éste fuera llevado en cautividad á Babilonia. Desde la muerte del insano Cambises, hasta que Alejandro Magno se apoderó de Egipto, nada ocurre que decir, bajo el aspecto que consideramos aquí la historia de estos pueblos, y de cuando Alejandro lo unió en 332, antes del Señor, á su corona, tampoco; pues sabido es que el hijo de Filipo entró en él como libertador suyo, no dándose, por tanto, lugar á los saqueos ni contribuciones, cosa propia de las guerras.

Tomamos, pues, ahora la narración desde la entronización en él de la dinastía Lágida, ó sea desde el año de 323 (a. de C.), que es el de la muerte de Alejandro Magno.

De esta dinastía son los Ptolomeos, monarcas tan extraordinariamente ricos, capaces y habilísimos administradores de las rentas de sus Estados, que al pasar los lec-

tores la vista por lo que de sus riquezas se diga en estas páginas, más que realidades, lo juzgarán por desvaríos de la mente, ó por credulidad infantil y nimia.

Permítaseme que deshaga esta manera de juzgar con un ejemplo de los llamados *a pari*, con lo cual no quedará motejada de importuna esta ligera digresión.

La historia que de la imperial ciudad de Potosí promete el autor de los Anales de ella, debe de ser, yo no la conozco, un portentoso relato de riquezas tal, que cuando generaciones distantes de su fecha (1600), tanto cuanto nosotros lo estamos de la en que reinaron los Ptolomeos la lean, crean los que vivan el año de gracia de 3800, números redondos, que el autor de ella (Véanse nuestros ESTUDIOS CRÍTICOS, t. VIII), se chanceaba con las generaciones futuras, ó que Potosí era tomado enfáticamente como símbolo de la riqueza del Nuevo Mundo, y no ciudad fundada por los españoles.

Algo de este futuro escepticismo nos ha tomado á nosotros acerca de los tesoros que siglos anteriores se acumularon en Delos y Corinto, en Roma, Susa, Cartago y Alejandría, sin más razón que apoye la duda, si no la negativa, que el de la grandeza de ellos. Y si el negar las extraordinarias

riquezas que en varios puntos de la América española se tuvieron durante nuestra dominación en ella, sería insensatez y desatino, ¿sólo á las entrañas de esa parte del mundo confió el Criador los recursos que habían de ser necesarios á todos los hombres?

Continuemos, por tanto, registrando los autores que nos han dejado escrita la historia del mundo, y ahora la encerrada entre los años 323 hasta el de 35 antes de la venida del Señor, en el cual quedó el reino de Egipto hecho provincia romana.

Los documentos que á este período se refieren no son de menos confianza que los protocolizados en nuestro Archivo de Indias, ó los agujereados por la polilla en los de las antiguas Audiencias de la América dependiente.

La nueva monarquía egipcia, de origen helénico, ó, mejor dicho, macedónico, alcanzó su mayor auge en tiempo de Ptolomeo Filadelfo. Representaban su poderío marítimo multitud de buques, algunos de gran capacidad, que en incesante movimiento cruzaban los mares conocidos. Los férciles terrenos fecundados por el Nilo eran otra fuente de riqueza.

La tranquilidad relativa en que quedó el mundo cuando se acabaron de acomodar en

él, como pudieron, los múltiples y simultáneos herederos de Alejandro, y la comunicación que en todo él estableció este hombre prodigioso, fueron causas concurrentes á que la abundancia y prosperidad de Ptolomeo Filadelfo se significara por una entrada anual de 14.800 talentos, fuera de los 740.000 que tenía en depósito, si no mienten las historias.

¿Y por qué han de mentir? ¿No fué mayor cantidad aún que ésta, diré de nuevo, la que en 1872 pagó, casi al contado, á Prusia la República francesa?

¿Pues qué inconveniente puede haber para que, 247 años antes de Cristo, un reino tan floreciente como el de Egipto tuviera en depósito una cantidad, casi igual en absoluto, á lo que pudiéramos llamar el *excedente* de Francia?

¿No le daba 10.000 talentos al año el impuesto sobre sus posesiones extranjeras? Los 350 en que tenía arrendados los de Cele-Siria, Fenicia, Judea y provincia de Samaria, ¿están incluídos en los 10.000 dichos?

Supongo que no, y la separación que de ambas cifras he visto en más de un autor moderno me inclina á negarlo; pero no he ahondado en este asunto, como en otros de su especie, por el mucho tiempo que exigen

estas comprobaciones, y así crea cada cual lo que le plazca. Yo haré sólo notar que los trescientos cincuenta talentos recogidos por los impuestos dichos subieron á 8.000 con Ptolomeo Evergetes.

Desde que Cartago fué allanada por los romanos, se atrajo Alejandría todo el comercio del mundo de aquellos siglos: depósito de cuanto podía desearse, y con tres puertos cómodos y espaciosos, ofrecía facilidades comerciales al mundo entero.

Los tisús estampados y bordados, la cristalería fina y otras industrias, en gran manera productivas y peculiares á esta ciudad de cinco leguas de perímetro, y corte de los Ptolomeos, atraían á ella, repetimos, los buques en número verdaderamente incalculable. Otro grande aliciente encontraban para proveerse en ella de cualquier mercadería que necesitaran, cual era la doble seguridad de alcanzar el puerto sin percances de piratas por las costas próximas á ella, y sin peligro de estrellarse en ellas en las noches foscas y calimosas.

Para asegurar de los primeros los 4.000 buques mercantes egipcios de que se componía la marina, y los que de otras naciones venían á comerciar á Alejandría, tenía armadas dos flotas: una para vigilar el Mar

Rojo y otra el Mediterráneo. Appiano dice que los buques de primera clase que las formaban eran en número de 1.200, y los de la segunda sólo doscientos ochenta y cuatro.

Tanto Strabón (lib. xvii) como Plinio (libro vi, cap. xxiii) dan pormenores de la flota del Mediterráneo y de la parte de costa que guardaba. Para evitar los naufragios en las noches y poderse encaminar al puerto con seguridad durante ellas, levantó Ptolomeo Soter, padre del llamado Filadelfo, y reinando juntamente con éste, una gran torre de mármol blanco en la isla de Faros, inmediata á Alejandría, y sobre ella, en la cúspide, colocó un gran fanal para que, con sus destellos, condujeran con seguridad al puerto los buques que durante la noche llegaban á sus cercanías.

Tuvo de coste tan bella obra ochocientos talentos de plata, equivalentes á cuarenta y cuatro millones de pesetas, si eran talentos áticos; á más de cuarenta y cinco, si eubóicos, y á cerca de cincuenta y tres, si babilónicos: el arquitecto que levantó esta soberbia torre fué Sosastre, natural de Cnide.

Cuantos historiadores he visto convienen en que el ejército de Ptolomeo Filadelfo contaba 200.000 infantes, 40.000 caballos,

300 elefantes y 200 carros falcados ó con hoces en los ejes de las ruedas. Un dato nos ha dejado Polibio, y precioso, por cierto, acerca de lo mucho que debía costar la manutención de las tropas, y es que los oficiales del que peleó en Raphia contra Antíoco el Grande tenían de diario noventa y siete pesetas ó una mina, y un tal Scopas, prefecto militar del reino, percibía á diario diez minas ó novecientas setenta.

Quiero transcribir el testimonio dicho. «Namque Alexandriam (Scopas) delatus, præter comoda atque emolumenta militiæ, quorum ipse dominus erat, utpote summæ rerum præfectus, in singulos dies decem etiam minas stipendii nomine ab rege accipiebat; cum ceteris in inferiori gradu constitutis, unica mina daretur». (Polib., lib. XIII, cap. III.)

La protección que dispensó á las letras el Ptolomeo Filadelfo le formó, me parece, su mejor corona. Alejandría fué el punto donde afluyeron guiados también por su liberalidad. Se distinguieron, entre otros, Manetón el egipcio, historiador célebre; Aristarco, el gramático; Conón é Hiparco, matemáticos profundos; Zenodoto de Éfeso, el primero que, según Suidas, corrigió las obras de Homero y Aristófanés; el erudito

Arato, al que comisionó para que adquiriera en Grecia cuantas obras juzgara dignas de ser colocadas en la gran biblioteca que empezó á fundar en Alejandría su padre Ptolomeo Soter, y con tanto afán continuaron sus sucesores hasta darle el crecido número que diremos en la biografía de Ptolomeo Soter.

Demetrio Falero, que fué el bibliotecario de Ptolomeo Filadelfo, le sugirió la idea de que hiciera traducir del hebreo al griego los libros que los judíos llamaban santos; y como al Filadelfo agradara la idea, pidió al Pontífice de Jerusalén Eleazar le remitiera personas entendidas que desempeñaran bien lo que se proponía hacer para utilidad y autoridad de la regia biblioteca alejandrina.

Dícese que, movido por Aristeo, empezó Ptolomeo Filadelfo por rescatar de la esclavitud un millón de judíos que en Alejandría y otras ciudades de Egipto se hallaban reducidos á esta condición. La suma empleada en ello fué, según Josefo, la de cuatrocientos sesenta talentos; envió á Eleazar muchos vasos de oro y plata, ricos presentes de pedrería y cien talentos. La versión que hicieron de la Biblia los setenta y dos intérpretes enviados á Alejandría, llamada en la Iglesia católica la «Versión de los se-

tenta», es tenida en veneración, y á ella se acude con frecuencia para confrontar textos y pasajes nada fáciles de entender.

Los sucesores, ó sean Ptolomeo Evergetes, Ptolomeo Filopator, etc., etc., si bien no pudieron menos de conocer que su reino decaía, no dejaron algunos de ellos de mostrarse magnánimos y generosos como sus ascendientes. Ptolomeo Evergetes, por ejemplo, que inauguró su subida al trono invadiendo el reino de Siria, y trayendo de él, entre millares de estatuas y cuadros, cuanto Cambises había en esta materia sacado de Egipto, y además un botín extraordinariamente grande, usó de mucha generosidad con los habitantes de la isla de Rodas, la cual, fuertemente sacudida por un temblor de tierra, dió en ella con su célebre coloso, percance que los rodios sintieron á poco de muerto.

Ocurrió esto el año 527 de Roma, y Ptolomeo, para aliviar la aflicción de los rodios, les dió trescientos talentos de plata, cosa de diez y seis y medio millones de pesetas por lo menos, ó sean tres y pico de pesos fuertes, multitud de fanegas de trigo, de madera para que construyeran naves, de estopa para calafatearlas, millares de varas de lona para el velamen, etc., etc.

Y como si esto fuera cosa baladí, añadió tres mil talentos exclusivamente dedicados á la erección del coloso, para cuya obra envió cien arquitectos y trescientos cincuenta operarios, designando para sus haberes catorce talentos anuales.

Todo esto lo dice Polibio clarísimamente, y este historiador nació cuando Evergetes pasó de este mundo al otro. Oigámosle detallar á él lo que yo he dicho al por mayor: «Promisit et Ptolomæus (Rhodiis) argenti trecenta talenta; frumenti artabarium decies centena millia; materiam ad fabricandas sex quinqueres; triremes decem; trabicem pinearum justæ mensuræ ulnas quadraginta millia, æneæ pecuniæ mille talenta; stuppæ tria millia; linteorum telas ter mille.

»Ad Colossium reficiendum tria millia talentum; architectos centum, operas ministrantes trecentos quinquaginta, et ad horum stipendium talenta quatuordecim, per annos singulos». (Polib., lib. XIII, cap. LXXXIX.)

Ya que la ocasión nos ha traído á la memoria el ponderado coloso de Rodas, diré, creo que no disguste, algo de él y de su fin. Plinio afirma que medía de alto setenta codos, y que estuvo en pie sólo cincuenta y seis años. Lo hizo Chares, discípulo de Lys-

sipo; costó trescientos talentos, y empleó doce años en la obra. El pulgar de esta famosa estatua era de un grosor tal, que pocas personas podían abarcarlo con los brazos; el resto de ella á proporción.

El terremoto acaecido en Rodas, poco después de la acción de Raphia, lo derribó al suelo, y causó en la isla, como hemos dicho, estragos considerables. Todos los pueblos próximos se apresuraron al socorro, para que de nuevo se levantara; pero no sé por qué no se hizo, quedando por centenares de años en el suelo esta maravilla. Mauvia, moro que se apoderó de la isla de Rodas en el siglo VII, estorbándole sin duda el bulto en ella, se lo vendió, hacía 653, á una compañía de comerciantes que probablemente lo desharía para vender al peso sus reliquias.

Es necesario que nuestros lectores se preparen ahora para quedar, como quien dice, sepultados entre oro y pedrería.

Es de saber que Ptolomeo Filadelfo no fué el mayor de sus hermanos, pero sí el más querido de su padre; y como éste no dejara de recelar que después de su muerte pudieran surgir entre los hermanos gravísimas desavenencias, asoció en vida á Filadelfo al trono, para así evitarlo en lo posible.

Con este motivo, y como para recuerdo del hecho, ordenó Ptolomeo Soter en honor del dios Baco una procesión suntuosísima. Bien pudiera yo abreviar el relato de ella y contentarme con copiar el extracto hecho por César Cantú; pero en libro como éste, tan exclusivamente dedicado á dar á conocer la riqueza de la época que estudia, no caben tales contracciones, sino ampliaciones más bien, para que cumpla con su objeto.

Mas como todo debe de ir regulado por la prudencia, al fin y al cabo he visto que, siendo esta procesión más larga que la ordinaria paciencia de los lectores, era preciso suprimir de vez en cuando algunos trozos de menos importancia, para que, siguiendo el símil, acabara de pasar sin hastiarlos ni desabrirlos.

Esta espléndida fiesta se halla descrita por Calixeno de Rodas en la *Historia de Alejandría*, ó, mejor dicho, en uno de los dos fragmentos que de él se conservan, y es el segundo, del cual tomamos lo muy preciso.

Y porque parecerá cosa de fábula á alguno, y en primer término á los americanos, lo que en dicha *pompa* se contiene, pondré, antes de empezar la narración, lo

que Carlos Müller dice respecto de ella, y es: «*Quæ fragmento secundo describitur pompa Ptolomæi Philadelphi, ita nobis pingitur ut non potuerit eam auctor suis non videresse oculis*».

Dejaremos para otra parte el magnífico pabellón real hecho con motivo de la fiesta, en el que el oro, la plata, los muebles y tejidos más ricos se hallaban por doquiera. La procesión será en lo que nos fijemos, la cual, como hecha en honor de Baco, debía necesariamente de llevar en todo el tinte que era peculiar á tan asquerosa divinidad.

Rompían la marcha los silenos para abrir paso entre la turba, y los seguían unos sátiros con lámparas de yedra y oro.

Á continuación marchaban varias estatuas de la Victoria con alas de oro, y llevando grandes frascos de incienso de seis codos de alto, adornados de hojas de yedra hechas de oro... Las estatuas resplandecían con el mucho que llevaban, lo mismo que el altar en que iban, que era de seis codos, y rodeado de yedra de oro refulgente. Sobre él iba, además, una corona entrelazada con pámpanos de oro.

Seguían cuarenta sátiros coronados con coronas de oro figurando yedra, y con ellos

una gran corona, también de oro, imitando yedra y vid juntamente.

Dos silenos, llevando uno de ellos el sombrero [signo de Mercurio] y caduceo de oro, y el otro una trompeta.

Tras ellos iba una mujer esbelta, y elegantísimamente adornada con preseas y otros objetos de oro, representando las estaciones del año en los objetos que la rodeaban.

Cerca de ella seguían dos grandes vasos para incienso, rodeados de hojas de yedra de oro.

Otros sátiros coronados de coronas de oro imitando yedra, y llevando unos un recipiente grande de oro, y otros un vaso de oro igualmente, llamado *Carchesio*.

Un carro arrastrado por ciento ochenta hombres, que llevaba la estatua de Baco, de diez codos de alto, derramando vino de un gran vaso de oro en otro del mismo metal, en que cabían quince metretas, y puesto sobre trípode de oro.

Se levantaba por medio de un resorte la imagen de la ciudad de Nisa, y derramaba leche de una copa, volviéndose á sentar como de antes.

En la mano izquierda llevaba un tirso, al que se liaban varias cintas; tenía en la cabeza una corona de yedra, de oro, con ra-

cimos de uva de oro y pedrería de mucho precio. Un gran quitasol cubría la estatua, y en las cuatro esquinas ó ángulos de la plataforma llevaba colgadas cuatro lámparas de oro muy bruñido.

Seguían, entre sátiros y silenos, hasta ciento veinte, todos con vasos de oro.

Tras ellos se ostentaba un vaso de plata de seiscientas metretas de capacidad; en el borde, asas y base llevaba esculpidas figuras de animales, y por el medio, ceñido de una corona ó cinto de piedras preciosas.

Se llevaban detrás dos grandes armarios con vasos de plata, que tenían doce codos de alto por seis de ancho.

Seis lebrillos y otros veinticuatro recipientes en cinco aparadores; dos prensas para el orujo, y además treinta mesas de seis codos, y una de treinta, todo, naturalmente, de plata.

Iban además cuatro trípodes, uno de ellos de doce codos de perímetro, todo de plata; los otros, más pequeños, tenían el tablero igualmente de plata, pero con piedras preciosas. Seguían á éstos otros ochenta trípodes de plata y mesa cuadrangular, á uso de Delfos, pero menores que los dichos; veintiséis tinajas, diez y seis cántaros, ciento sesenta vasos para refrescos, que variaban

en la capacidad de seis á dos metretas; todo ello de plata.

Á continuación marchaban los encargados de *los vasos de oro*: eran éstos cuatro grandes tazas de gusto laconio y de cuatro metretas de cabida. Otros dos vasos, imitación corintia, de á ocho metretas cada uno; un lagar con diez cántaros; dos grandes vasijas, que hacían cada una cinco metretas; dos vasos de ancha boca, en los que cabían cinco metretas; veintidós para vino de copas sueltas, de los cuales el mayor tenía capacidad para cuatro metretas, y el menor hacía una.

Se llevaban además cuatro trípodes y un aparador de oro y pedrería, de diez codos de alto, con seis gradas, y en ellas una magnífica vajilla de oro y muchas figuras muy bien trabajadas, de cuatro palmos de alto; dos copas de oro, dos de cristal con dorados; dos escritorios de oro de á cuatro codos, y tres de igual materia, pero de menor tamaño; diez tinajuélas, un altar con mesa de tres codos, y veintidós balanzas para el peso escrupuloso de las tortitas de harina, tan comunes en las fiestas paganas.

Formaban también 1.600 niños vestidos de blanco; de ellos, doscientos cincuenta llevaban congios de oro; cuatrocientos los lle-

vaban de plata; trescientos veinte iban con vasos para vino fuera de hora, y éstos eran de oro, pues los restantes seiscientos treinta los llevaban de plata y para igual uso.

Seguían á éstos otros niños con botellas para vino; veinte eran de oro, y cincuenta de plata.

Era digno de admiración un gran carro, de veintidós codos de largo por catorce de ancho, arrastrado por quinientos hombres, llevando encima una especie de cueva profunda, formada de yedra y dada de color rojo, desde la cual salían continuamente palomas de todas especies, con las patas atadas, para que cayeran entre la multitud y las cogieran. En este carro iban además dos fuentes, de las cuales corrían leche y vino. En torno suyo se agrupaban doncellas con trajes de ninfas y coronas de oro.

Llevábase á Baco en otro carro, figurando su vuelta de la India. Tenía la figura del dios doce codos de estatura, y se la representó sentado en un elefante, vestido de púrpura, con corona de oro figurando yedra y pámpanos. En la mano tenía un tirso de oro, y el calzado dorado.

Delante de él, y sobre el cuello del elefante, iba sentado un satirillo de cinco codos, con corona de oro imitando hojas de pino.

En la mano derecha llevaba un cuerno de oro, el de la cabra Amaltea, como si diera con él la señal de partida.

El elefante llevaba los arneses de oro, y un collar, también de oro, figurando yedra. Junto á él marchaban quinientas niñas, vestidas de púrpura con ceñidores de oro; ciento veinte, que iban delante, llevaban además coronas de oro imitando hojas de pino.

Iban á continuación ciento veinte sátiros completamente armados; unos con armaduras de plata, y otros las llevaban de bronce. Seguían cinco tropas de burros montados por sátiros y silenos, todos con coronas. Los cabezones de los jumentos eran unos de plata, otros de oro, y lo mismo el resto del aparejo.

Seguían carros tirados por elefantes, carneros, cebras, búfalos, órices, gacelas, y hasta ocho por dos avestruces cada uno.

Después iban negros llevando los donativos, como seiscientos colmillos de elefante; sesenta iban con vasos de oro y plata, y otros con varitas ó pajas de oro.

Detrás un carro, y en él Baco con corona de oro, acogiéndose al altar de Rea perseguida por Juno. Cerca del dios estaba Príapo, coronado de yedra de oro.

La estatua de Juno llevaba un cinturón

de oro, y las de Alejandro y Ptolomeo coronas de lo mismo, imitación de yedra. La imagen de la Virtud, con corona de oro, en forma de las que se hacen de olivo, iba cerca de Ptolomeo. Á una y otro acompañaba Priapo, coronado de yedra y oro.

Seguían siete palmeras de oro de á ocho codos, y un caduceo de cuarenta y cinco de alto; un rayo de cuarenta codos, laminado de oro, como el caduceo, y un templete cubierto de oro, que tenía de perímetro cuarenta codos. Iban además dos cuernos de ocho codos hechos de oro puro.

Llevábanse también gran número de imágenes ó estatuas de dioses, chapeadas de oro, de las cuales la mayor parte eran de doce codos de altura. Añádase á esto multitud de animales figurados y cubiertos de oro, como dos águilas de á veinte codos.

Iban además 3.200 coronas de oro, y de esta materia una *mística* ó simbólica, adornada de pedrería; tenía de circunferencia ochenta codos, y se puso en la puerta del templo de Berenice, de modo que quedara esta puerta inscrita en ella: la acompañaba una égida, también de oro.

Numerosas bandas de oro llevaban niñas ricamente vestidas; una de ellas tenía de ancho dos codos y diez y seis de largo.

Había en esta sección, dedicada exclusivamente á objetos de oro, una coraza de doce codos y otra de plata (para que hicieran juego) de diez y ocho; nueve (mesas?), sobre las que se veían dos rayos de oro de á diez codos, y una corona, cuajada de perlas y otras piedras preciosas.

Veíanse además veinte escudos de oro, sesenta y cuatro armaduras de oro, todas ellas completas; dos hebillas de oro, de tres codos; doce lebrillos; muchedumbre de jarrones; diez grandes vasos para ungüentos ó pomadas; doce tinajuelas; cincuenta tortas con huevos enteros y embutidos en ellas; diversidad de mesas; cinco aparadores llenos de copas ó cálices de oro; y, por último, un gran cuerno, todo de oro, de treinta codos de largo.

Todavía iban detrás de esta magnífica pieza, tan venerada de la antigüedad, en honor de la cabra Amaltea ó del buey Apis, por los egipcios, cuatrocientos carros con vasos de plata, veinte con los de oro, y ochocientos con los destinados á los ungüentos y afeites.

Marchaba cerca de Ptolomeo la figura de la ciudad de Corinto con diadema de oro, y en el mismo carro se había colocado un aparador que iba materialmente cargado de

vasos de oro: uno de ellos hacía cinco metretas. Seguían muchas mujeres en gran manera ataviadas, representando ciudades, ya de Grecia, ya de Asia, todas con coronas de oro.

Si Calixeno dice que es mucho lo que ha omitido en su descripción, mucho más falta en ésta, que, sobre las omisiones de Calixeno, tiene las que yo he hecho de su larga relación. Bastará, sin embargo, para diseño de la magnificencia y riqueza de esta procesión en honor de Baco, lo que aquí dejo escrito.

Pero no callaré lo que el autor dice al fin de su recitado, y es que «*Tam multa igitur, tamque varia cum in his pompis commemoravimus, ea sola selegimus in quibus aurum erant aut argentum*».

«Tantos y tan variados objetos de que hemos hecho memoria, son los que escogí entre los que había de oro y plata.»

Mas, arrepentido de no prolongar la lista, en un solo párrafo engloba la muchedumbre de animales de toda clase, los carros que llevaban otras imágenes de los dioses, el coro de seiscientos tañedores y cantores, con trescientas cítaras, todas cubiertas de oro batido, y con coronas de oro los músicos cantores. Tras ellos iban dos mil toros

de un mismo color, con los cuernos dorados, y entre ellos coronas de oro y frontales de oro también, y con collares y adornos delante del pecho, todo de oro por supuesto.

Y no paraba aquí la pompa, sino que á ella seguía la dedicada al padre de los dioses Júpiter, y otras seguían á ésta en honor de otros dioses, hasta que, al fin, terminaba la procesión con la pompa de Alejandro Magno, colocado ya entre los dioses. Tal era la costumbre de los pueblos orientales para con sus reyes.

Y á la verdad que, habiendo sido Alejandro en extremo generoso repartiendo el Imperio que había ganado entre sus generales, gratitud era en Ptolomeo darle tan pública y soberbiamente magnífica prueba de ella, dedicándole un sitio tan de preferencia en la pompa religiosa que en honor de Baco quiso celebrar á honra de su devoto Alejandro Magno.

La estatua de Alejandro se llevaba en carro de oro ó forrado de láminas de oro, del que tiraban elefantes traídos de la India; á uno y otro lado marchaban las imágenes de las diosas Minerva y Victoria.

Iban en andas varias sillas de marfil y oro; una llevaba una faja ó banda de oro; en otra iban dos cuernos de igual materia; en

otra una corona de oro, y en otra un gran cuerno de oro macizo. Sobre la de Ptolomeo Sotero se llevaba una corona de oro, en cuya elaboración se consumió un millón de áureos (1).

Iban en la pompa trescientos cincuenta incensarios de oro y dos altares con listones ó barandillas de oro, ocupados de coronas igualmente de oro; en uno de estos altares se llevaban derechos cuatro haces de varillas de oro, cada uno de diez codos de altura.

Nueve trípodés délficos de oro, de cuatro codos cada uno; ocho de á seis; uno de á treinta; sobre la mesa ó tablero había figuras de oro de cinco codos, y estaba rodeado de una corona hecha de pámpanos de oro.

Además de todo lo dicho, iban en esa procesión 157.600 soldados de infantería, y 23.200 de á caballo, perfectamente armados, quedando además en los depósitos multitud de elementos bélicos.

Lo que viene á continuación es de difícil inteligencia, razón por la cual remite Carlos Müller al lector á los intérpretes, y yo también con él, pues para mi intento basta el sentido general, y es que sobre lo dicho

---

(1) El áureo romano tenía muy cerca de diez y nueve pesetas.

hay que añadir como premios veinte coronas de oro; luego cincuenta y tres más, coches laminados de oro, etc. Se gastó en esta procesión la cantidad de 2.239 talentos de oro y 500 minas, como salió por la cuenta de los administradores reales.

Sobremanera hermoso y digno de que no se olvide es, dice Calixeno de Rodas, aquel sitio que él llama *Tabernaculum*, donde se juntaron los principales convidados á la célebre *pompa* ó procesión que dejamos escrita.

De este sitio sólo referiré lo que tenga relación inmediata con la plata, oro y pedrería. Esto es echar á perder las cosas; pero, lo que no diga con estas riquezas, es completamente peregrino á nuestro objeto.

El lugar designado para el convite era espacioso; en la parte interior de él se colocaron ciento treinta lechos de comedor, y en la exterior, formada de pórticos y espaciosas grutas para los convidados de segundo orden, se veían magníficas columnas, y en ellas hasta cien estatuas de mármol de los mejores escultores griegos.

En los intercolumnios se pusieron cuadros de mérito, imágenes vestidas con túnicas y mantos bordados con oro, representando los reyes antiguos ó pasajes simbóli-

cos. En la parte superior alternaban escudos de plata y oro. Para los convidados á las grutas se pusieron filas dobles en cada mesa (*ex adverso alterum alterius*), todos vestidos de trajes, y delante de cada cual, en su asiento, copa de oro (*quibus aurea apposita erant pocula*).

En los espacios que quedaban entre gruta y gruta, veinte entre todas, había templetos consagrados á las ninfas, y en ellos trípodas délficos de oro. De lo más elevado del techo pendían dos águilas de oro, una enfrente de otra y mirándose, de á quince codos cada una de grandor.

Á uno y otro lado del *Tabernáculo* había cien lechos laminados de oro, con los pies en forma de esfinge.

Para los convidados se pusieron doscientas mesas cubiertas con planchas de oro, de modo que correspondieran dos á cada triclinio; las mesas descansaban sobre piezas de plata.

Lejos de los convidados, y ocupando el fondo del salón, se habían puesto cien lebrillos ó grandes recipientes de plata, y otras tantas bañeras.

Otro gran aparador había destinado para los vasos de toda suerte de hechuras; todos eran de oro y pedrería.

No quiso Calixeno bajar á descripción particular de ellos, y así concluye diciendo: «El peso de los vasos que lucieron en este convite hace la suma de casi diez mil talentos de plata».

### **Imperio romano.**

Confusos son para mí, y en gran manera, los cinco primeros siglos de Roma acerca del modo con que fué adquiriendo numerario. Pueblo sin comercio y sin minas, y que no dejaba las armas de la mano, sólo podía enriquecerse por la rapiña y por una gran economía en la administración de sus caudales.

El templo dedicado á *Jovi prædatori* arguye bien cuán exactos sean los datos que los historiadores nos han dejado de las devastaciones hechas por los hijos de la loba en los pueblos limítrofes que subyugaron en los primeros siglos de su existencia nacional.

Pero estos pueblos no eran ricos, y su contingente como botín al Erario de Roma debió de ser escaso. Con todo, las muchas acumulaciones, aunque pequeñas; la severidad y pureza en el manejo de ellas; los escasos gastos que exigía el entretenimiento de la cosa pública, y, á mi juicio, sobre todo,

lo exigido por la manumisión de los esclavos hechos en la guerra, fueron paulatinamente engrosando los remanentes, hasta el punto de poder sacar sin esfuerzo alguno del *Sanctius ærarium* mil libras de oro que dar á Brenno, rey de los galos, cuando, el año 301 de la fundación de Roma, se apoderó de ella (1).

Emprendemos, pues, con el gran Imperio romano trabajo análogo al que hemos hecho con los otros tres: es el representado en la famosa estatua por la parte que tenía de hierro, metal que doma todos los otros. Y porque fué el más extenso de todos, y el que más influencia ha tenido en nuestra historia, llevará más amplitud que todos los demás, dejando á un lado todo lo que no pertenezca á fecha posterior á la del año 500 de la fundación de Roma.

Se ha dicho, y con razón, de este pueblo, que no tuvo más norte en su vida sino el de hacer la guerra á los demás para enriquecerse con sus despojos.

Belicosa y dominante fué, en verdad,

---

(1) Fué tan escasa la plata en los primeros años de Roma, que con una libra de ella (un medio kilogramo) se acuñaban cien denarios, cantidad equivalente á mil libras de cobre.

aquella Roma que extendió sus robustos brazos para comprender entre ellos casi todo el mundo conocido, y á ella supieron trasladar los cónsules y pretores que enviaba á lejanas tierras cuanto de valor, arte y gusto en ellas encontraron. Mas no por esto ha de juzgarse que tan desarrollado espíritu de dominación y de rapiña estorbara el progresivo desenvolvimiento de las ciencias morales: nada de eso.

La legislación romana, incomparablemente más sabia que la griega, ha sido hasta el presente el fundamento sobre que han descansado todas las razonables y servibles.

Hasta la ruina de Cartago hubo en Roma virtudes naturales: se vivía con economía y aun con relativa pobreza, y no raras veces «gaudebat tellus vomere laureato», según la bella expresión de Plinio.

La agricultura fué el alma de este pueblo, que por educación y por instinto aborreció por siglos la industria y el comercio.

La bien proporcionada distribución de tierras para la labranza; la prohibición de exceder en la adquisición de ellas moderados límites; la abundancia y baratura de los mantenimientos, habían formado de este pueblo un semillero de ciudadanos acomodados, muy iguales ante la ley y detrás de

ella, porque su igualdad se fundaba en la igualdad casi aritmética de bienes, y no en explotadoras ideologías.

A la igualdad de fortunas se siguió la igualdad de derechos; si en siglos no conoció el pueblo romano ricos, tampoco conoció pobres.

Este bienestar general, sacado de las entrañas de la tierra, produjo un aumento de población tan considerable, que, sin embargo de las no interrumpidas guerras que desde la cuna sostuvo el pueblo romano, pudo numerar el año 488 la República 292.334 ciudadanos aptos para las armas, no incluyendo en este número ni esclavos ni libertos; y poco antes de la segunda guerra púnica ó de Anníbal había ya conquistado y reducido á la categoría de pueblos auxiliares cuantos de uno y otro lado bañan los mares que rodean á Italia hasta el famoso Rubicón.

Porque, aunque la riqueza pública no podía menos de haber ido en aumento, el amor desordenado á los metales preciosos no se había aún despertado en Roma.

Aquella muchedumbre de anillos de oro, arrancados á los cadáveres de los caballeros romanos y enviados por Anníbal al Senado cartaginés como trofeos de Cannas; la *bullæ*

ó ampolletita de oro que continuamente pendía del cuello de los jóvenes patricios en forma de corazón; las muchas coronas, también de oro, que á los auxiliares y extranjeros regalaban los romanos; los collares y brazaletes de oro y plata, adjudicados como premios del valor en los combates, argumentos ineludibles son de que el oro y la plata eran bien conocidos y estimados del pueblo.

Pues la ley Oppia ¿qué no dice acerca de esto? Ejemplo es al mismo tiempo del patriotismo romano. Por ella se prohibió á cualquier mujer llevar en su tocado más de media onza de oro, «ne qua mulier, dice Tito Livio, plus semiunciam auri haberet».

El gobierno que tuvieron los romanos en los países que de uno ú otro modo conquistaron, fué, en general, benigno: hasta que los tesoros de Grecia y Asia no corrompieron las legiones romanas, fueron escasos los latrocinios de los pretores.

Tanto eco había hallado en todas partes la moderación, la virilidad y la constancia del pueblo romano, que á su Senado acudían los demás pidiéndole protección y justicia.

Á él acudieron aquellos grandes guerreros, los Macabeos, invencibles cuando, fia-

dos sólo en la ayuda de Dios y en la justicia de su causa, nada temieron, y postrados luego por implorar acaso el auxilio de los romanos, gente idólatra é incircuncisa.

Eumenes, rey de Asia, y Prusias, que lo era de Bitinia, se distinguieron de los demás por el ardor con que buscaron confederarse con los romanos: Perseo, por el odio que les tuvo, y que le acarreó ser privado de su trono de Macedonia y de sus cuantiosas riquezas.

Peor parte, si cabe, tocó á los Achaïos, que, intrépida y afortunadamente, habían logrado formar una Confederación griega, émula de la antigua. No gustaron algunas villas griegas de perder su autonomía fundiéndose en la, digámoslo así, masa común. Lacedemonia, una de ellas, vió por el suelo sus muros y se halló uncida, mal de su grado, á la Confederación Achaïa.

Acudió en queja al Senado romano para que con las armas deshiciera el agravio. Roma no se hizo esperar, y se dió buena maña al negocio. Dominando en Macedonia desde que venció á Perseo, se le hacía escrúpulo tener tan cerca la Confederación Achaïa.

Asió, pues, del cabo que la ocasión ofrecía, envió sus embajadores á los confederados, exigiendo que al punto reconociesen

como fuera de la Liga, junto con Lacedemonia, á Corinto, Argos y Heraclea.

Rechazada, como era de esperar, tamaña exigencia, llevó el pretor Metello las águilas romanas contra las villas confederadas. En esta guerra ardió Corinto, capital de la Liga, derritiéndose á la acción del fuego el oro, plata y cobre que encerraba, de donde salió casualmente aquella masa metálica tan estimada de que antes hemos hecho memoria.

Todas las villas cayeron en poder de Roma, y á sus manos feneció la Liga.

Pero la discordia no tardó en presentarse; aquellas ricas ciudades griegas, restos de la Liga Achaia, aspiraban á otra: todas querían, empero, ser cabezas de ella. Los etolios (562) se echaron al campo los primeros, no con tan prósperos sucesos como se habían imaginado.

Acudieron á Antíoco III, rey de Siria, para que hiciera lo que ellos no podían, el cual, de tantos elementos, amasó una Confederación griega nada débil.

Esto era destruir la obra de Roma, y así se declaró la guerra contra Antíoco. El cónsul Glabrión forzó á este monarca á abandonar su nuevo estado, y L. Scipión lo atacó y venció en su propio reino.

Antíoco cedió todas las provincias que poseía al O. del monte Tauro, y dió en metálico 15.000 talentos euboicos, de este modo: 500 de presente; 2.500 cuando se firmó la paz; los 12.000 restantes en doce años á partes iguales. A Eumenes, aliado de Roma, 400; y, por último, se le exigió que entregara á Anníbal, que después de Zama se había refugiado en sus estados. Ariarates, rey de Capadocia, pagó seiscientos talentos por su alianza con Antíoco.

Mientras los romanos llevaban al Oriente el terror de sus armas, Perseo, rey de Macedonia, se armaba en secreto contra ellos, y, violando tratados hechos con Roma, llevó las fronteras de sus dominios hasta Grecia.

Dos ejércitos romanos habían perecido ya á sus manos; ya las ciudades de Grecia y del Epiro saludaban á Perseo como quebrantador del yugo latino, cuando Paulo Emilio lo deshizo totalmente en Pydna (586) y le tomó un botín inmenso.

Bajo signo tan feliz, aventuró Roma otro gran paso, cual fué la destrucción de Cartago; asunto en que ya dijimos lo necesario, y más acaso, en otras páginas de este libro.

La toma y destrucción de Corinto y la de Cartago, unos 150 años antes del Nacimiento de Cristo, fueron dos acontecimien-

tos que ensoberbecieron al modesto Latio.

El primero le dió la llave de los tesoros de Oriente; el segundo lo libró de un enemigo tenaz que le coartaba su engrandecimiento.

La parsimonia, economía y justicia del pueblo romano antes de esta fecha merecen ser consignadas. Cn. Scipión, pretor romano en España, pedía con instancia al Senado lo relevara del cargo, porque, teniendo ya una hija de edad núbil, debía pasar á Roma para arreglarle el dote.

No asintió el Senado á su ruego; pero le dotó la hija en 950 pesetas, que son los 11.000 ases que votó en su favor. Igual dote llevó por la patria una hija de Fabio (1).

En España había sido suave y moderada la dominación de Roma: si los cónsules enviaron al templo de Saturno no flacas partidas de oro y plata, no había en España riquezas suficientes para pagar á los romanos los beneficios de ellos recibidos.

Bajo su dominio disfrutó la parte conquistada de paz y prosperidad, moralmente imposibles en el estado que la hallaron.

---

(1) Porque Megullia llevó en dote 50.000 ases, ó sean 4.300 pesetas, la llamaron siempre la «dotada». No menos dió que hablar Tasia, hija de Cæson, que llevo en dote 860 pesetas.

Mantuvo Roma en sus tronos á reyes que había vencido; y si destronó á Perseo, dió á Macedonia leyes equitativas. Y cuando todos los reyes la felicitaron por su triunfo de Pydna, y solicitaron la protección del pueblo romano, una severa justicia gobernó las decisiones del Senado.

Siete años antes de la destrucción de Cartago, ó tercera guerra púnica, contaba el *Sanctius ærarium* con 16.890 libras de oro, 22.070 de plata, y acuñados 62.086 sextercios.

Diremos ahora de paso que las cantidades de oro y plata expresadas en libras no han de entenderse en sentido figurado, como podría decirse *hoy* una libra esterlina, ó antes una libra tornesa, monedas que están muy lejos de pesar una libra. Las libras romanas eran libras reales y verdaderas, como dice el P. Harduin: «Ces livres romaines étaient réelles, et leur dénomination n'était point exagéré à l'égard de la masse; tel valeur, tel poids».

Este rápido incremento de la riqueza pública, los felices sucesos de tantas guerras, la conquista de Macedonia sobre todo, y la herencia que Atalo, hijo de Eumenes, legó al pueblo romano, lo corrompieron de tal modo, que en breve tiempo no quedó ni

sombra de aquellas virtudes que por centurias habían florecido en todos sus hijos.

La conquista de Macedonia, dice Polibio, fué lo que dió el golpe fatal á la República. «Los espectáculos, los convites, el lujo, los desórdenes de toda clase, nacieron entre los romanos mientras la guerra de Perseo». No á todo el pueblo se extendió, sino á las legiones que en ella tomaron parte.

Precipitáronse los acontecimientos, pues en corto período vinieron, tras esta guerra, la toma y destrucción de Cartago, las proscripciones y confiscaciones del feroz Sylla en pro de sus partidarios; en fin, todo cuanto fué necesario para dejar reducida la República á dos elementos opuestos: uno inmensamente rico, otro sumamente pobre.

Los *patronos* formaban el primero; aquella turba de parásitos ó *clientes* que se agrupaba en casa del patrono á darle los buenos días y se retiraba con la esportilla (*sportula*) provista de mantenimientos para pasar el día, formaba el segundo, típico y digno de describirse en mayor plana.

No doy la pluma á la historia de Roma, mas tampoco puedo dejar este relato casi desnudo de las causas primordiales que produjeron aquella inmensa aglomeración de

riquezas en la pagana Roma, que fué al fin la muerte de la República.

¿Y cómo no elogiar con tal motivo la valentía de Tiberio Gracho y de su hermano, luchando varonilmente para arrancar de los ciudadanos poderosos aquella acumulación de haciendas rurales que, en desprecio de sabias leyes, habían ido, con perdón de Baralt, acaparando? «Non esse in civitate duo millia hominum qui rem haberent». Sólo dos mil hacendados han quedado en Roma, dijo Cicerón.

¿Quién trató, como los Grachos y sus pocos partidarios, de sacar al pueblo de la mísera condición de satélites asalariados? ¿Quién abogó con tanta energía por que la herencia del rey Atalo se repartiese entre el pueblo y se diesen á éste tierras que trabajar?

Hirió el puñal de Nasica mortalmente á la patria cuando lo sepultó en el mayor de los Grachos, y las consecuencias no tardaron. Las guerras civiles de Mario y Sylla; las de César y Pompeyo; la conjuración de Catilina; las sublevaciones militares; las bacanales del pueblo, costeadas por los que, haciendo escabel de las turbas, se encaramaban á los primeros puestos; esto y mucho más fue el resultado de las conquistas dichas.

Ya que en tan cortos trazos he dejado señaladas las fuentes de que corrieron á Roma las riquezas que atesoró, sigamos ahora los arroyos de oro y plata hasta verlos morir en el *Sanctius ærarium* y en las arcas de los magnates.

El año 586 de la fundación de Roma, inusitada alegría rebosaba en sus hijos, y el nombre de Paulo Emilio, corriendo de boca en boca, arrancaba al corazón bendiciones sin cuento.

El espléndido triunfo del vencedor de Perseo no había sido estéril para el pueblo. Ante el carro triunfal del afortunado guerrero habían marchado grandes riquezas; desde esta fecha quedó el pueblo romano libre de tributos (1).

Al considerable aumento de la riqueza pública, proporcionado por la victoria dicha, se añadió poco después el de 500 millones de pesetas, ingresados al Erario por Scipión, el destructor de Cartago. Tan poderosa y rica fué la rival del Capitolio.

Muchos pueblos del Asia Menor y de Eu-

---

(1) Como es sabido, los romanos pagaban *tributa et vectigalia*: los primeros fueron los dispensados; pero volvieron á ponerse unos cien años después, siendo cónsules Hirtius y Pansa.

ropa pelearon á favor de Mithrídates, rey del Ponto y enemigo de Roma; mas pagaron cara esta alianza y su crueldad con los soldados romanos.

Fué de 120.000 talentos la multa que sufrieron, si no se la quiere disimular con el nombre de contribución de guerra; esta suma hace la regular cantidad de 660 millones de francos ó pesetas, 132 de soles, sucres, bolivianos, etc.; y por si se quiere más variedad, equivalen los 120.000 talentos dichos, eran de plata, á 27.789.473 libras esterlinas y algo más.

Cinna y Mario llevaban los asuntos de la República tan á disgusto de Sylla, que éste, para volver á Roma y enderezarlos á su gusto, hizo la paz con Mithrídates, á condición de que pagara los gastos de la guerra.

Parece que á esta estipulación se refieren los 20.000 talentos que recibió, y la exigencia del abono de diez y seis dracmas (unas quince pesetas) diarias á cada soldado, y cincuenta á los centuriones. Hizo el todo más de 250 millones de pesetas, sin contar en ellos, á lo que juzgo, lo que tomó de Grecia; pues «obligado Sylla por la necesidad, se apoderó de los tesoros que en Grecia eran más venerados; hizo que se le entregaran los de Olimpia y Epidauro, y los

del templo de Apolo, bajo pretexto de que estarían más seguros si él los custodiaba». (Dión Cassio.)

Contagioso fué el ejemplo de Sylla en más de un caso; porque, cuando el gran Pompeyo recibió el encargo de ponerse al frente de las legiones que habían de continuar la guerra con Mithrídates, no bien se presentó la ocasión, impuso en Armenia contribución muy parecida á la de Sylla, forzándola á pagar 1.500 dracmas á cada soldado de infantería, doble á los de caballo, y el triplo á los oficiales; sin esto, 6.000 talentos y los despojos consiguientes.

Asegura Apiano que el todo montaría á 16.000 talentos.

Mas esta cuenta es solo parcial, porque la verdadera cantidad que enteró al Erario fué la de 20.000 talentos, esto es, 110 millones de pesetas, no incluídos los vasos de oro y plata, alhajas, etc.

Bastará, para descubrir la vena de lo mucho que dejo de escribir acerca de las riquezas que iban afluyendo á Roma, recordar tan solo las 13.000 libras de oro que con motivo del incendio del templo de Júpiter llevó Cayo Mario de Roma á Preneste, las cuales, con 7.000 más de plata, devolvió Sylla al sitio de donde se habían sacado.

Dejando éstas, que para el caso podríamos calificar de menudencias, sigamos con el nervio de nuestra historia.

Otra partida muy gruesa hay que añadir á todas las anteriores, y no olvidarla en adelante; á saber: los muchos esclavos y prisioneros como en tantas victorias hicieron los romanos.

Los primeros se vendían en Roma; los segundos, pagado su rescate, podían regresar á su patria. Lo recaudado de uno y otro modo se depositaba en el lugar que había designado para esta suerte de entradas en el templo de Saturno.

De este modo se explica lo que acerca de Pompeyo dicen los historiadores, quizá más por alabanza de su nombre que por dejarnos preciosos datos, á saber: que casi triplicó las entradas de la República, las cuales, siendo de cincuenta millones de dracmas, las subió á ciento treinta y cinco, según Plutarco, y sólo á ochenta y cinco como sienten otros historiadores.

Ocurre aquí una duda. Este aumento ¿fué puramente transitorio?

Es demasiado universal la aseveración para limitarla á uno que otro año; veamos de indagar cómo tuvo efecto constante el triple dicho bajo los auspicios de Pompeyo.

El asunto bien merece una digresión, pues tan directamente toca en la materia de la riqueza pública.

Si la guerra de los piratas, llevada tan felizmente á cabo por este general, no dejó de dar prosperidad al Erario romano, no obstante de los 6.000 talentos que se le dieron para emprenderla, no puede con todo una campaña marítima de solos cuarenta y nueve días servir de base á nuestro asunto. Pero habiendo llegado Pompeyo en esta felicísima guerra á los confines de las provincias en que Mithrídates luchaba animosamente contra Lucullo, ya desprestigiado, no bien entró Pompeyo en Roma, designólo la voz pública como sucesor de Lucullo, para que de una vez acabase aquella guerra que duraba ya casi treinta años.

Repugnábalo el Senado; peroró Cicerón en pro de la partida de Pompeyo, y el triunfo del orador romano fué completo.

La conquista de Armenia fué el primer laurel que recogió este afortunado general en la serie no interrumpida de triunfos y conquistas con que subió al apogeo de su gloria en corto espacio de tiempo.

Venció en seguida á los albanos é iberos en dos batallas campales, y atravesando la Cólchida llegó á las bocas del Phases para

regresar á Siria, echar del trono á su posesor legítimo, y reducirla á provincia romana.

La ambición de Aristóbulo, y el ningún respeto para con Hircano, hermano suyo, conmovieron las cosas de Judea. Partió á ella Pompeyo, se apoderó de Jerusalén, é hizo al pueblo judío tributario del romano.

Este grande acontecimiento de la Historia Sagrada tuvo lugar el año 691 de la fundación de Roma, siendo cónsules Cicerón y Antonio.

Las conquistas que acabamos de narrar, y las de Creta y Cilicia hechas en la guerra de los piratas, fueron la causa principal de la duplicación de entradas al tesoro de la manera dicha.

Porque aunque el botín de tantas victorias fué grande, y aunque los impuestos de guerra á regiones tan ricas y florecientes subirían seguramente á no pocos miles de talentos, todo ello, aunque para tenido en cuenta, lleva la nota intrínseca de transitorio, y así no arma para la duplicación permanente de que tratamos.

La causa principalísima de ella fueron los tributos asignados á los países unidos por Pompeyo á la República romana; y sobre esto lo que producía el arrendamiento

de los terrenos de que se incautó la República en estos feracísimos países.

Arrendadas tuvo en su provecho cuantas tierras pertenecieron á los reyes de Macedonia, de Bithinia, de Pérgamo, de Chipre y de Cyrene. Y si Pompeyo, con tanta verdad como jactancia, pudo decir, en cierta ocasión solemne, «que había dilatado tanto en Oriente las fronteras del Imperio romano, que había hecho centro lo que halló como límite de ellas», deduzca el lector paciente las entradas constantes en que cada año fué aumentando el tesoro romano, respecto de lo que enteraba antes de poseer lo que Pompeyo le adquirió en Oriente.

Capua, villa municipal de Italia, cobraba arrendamientos de terrenos que poseía en la isla de Creta, subyugada por Pompeyo.

Si al lector place que le concrete un poco qué tanto sería el botín tomado en estas acciones, voy á pasar literalmente al papel tres ó cuatro líneas de Justino (edición de 1822, pág. 266, tomo II), y luego á traducirlas, para no privar de su conocimiento á los literatos de menor literatura.

Antíoco el Grande, coetáneo de Pompeyo, resolvió llevar sus tropas al país de los parthos, que le amenazaban sus Estados de

Siria. Justino describe así el ejército y la resolución de Antíoco.

«Antiochus occupandum bellum ratus, exercitum quem multis finitimorum bellis induraverat, adversus parthos ducit. Sed luxuriæ non minor apparatus, quam militiæ fuit quippe LXXX millia armatorum sequuta sunt CCC millia lixarum, ex quibus coquorum, pistorum, scenicorumque, major numerus fuit. Argenti certe aurique tantum, ut etiam gregarii milites caligas auro figerent, proculcarentque materiam, cujus amore populi ferro dimicant. Culinarum quoque argentia instrumenta fuere; prorsus quasi ad epulas, non ad bella pergerent.» Que dice en romance de este modo:

«Previniendo Antíoco la guerra, llevó á los parthos sus huestes, ya muy avezadas á los trabajos militares por las campañas que había hecho en los países limítrofes.

»El lujo de su equipo decía en un todo con la grandeza del ejército. Á los 80.000 soldados de pelea seguían 300.000 agregados, la mayor parte cocineros, pasteleros é histriones.

»Tanto oro y plata había entre ellos, que hasta los soldados rasos usaban el calzado claveteado en oro, pisando así un metal cuyo deseo vuelve unas naciones contra otras.

»Todos los utensilios de cocina eran de plata; en fin, aquello, más que campo, parecía suntuoso convite».

¿Por qué, pues, es de extrañar que el *Sanctius ærarium* tuviera con tales botines nada menos que 700.026 libras de oro y 867.000 de plata en 597 de la fundación de Roma, siendo cónsules S. Julio y L. Aurelio Orestes; que en 663, al principio de la guerra de los aliados, hubieran subido las libras de oro á 846.000 (ignoro las de plata), y 1.620.829 las de oro al principio de la guerra social? ¿Exagero? Será Plinio quien lo haga. «Item: Sex. Julio L. Marcio Coss. hoc est, belli socialis initio, auri XVI XX DCCCXXIX, in ærario populi Romani fuere».

Los gobernadores romanos dilapidaban ya á su gusto las provincias; Manlio se hizo famoso en el Asia Menor; Sempronio devastó la Lusitania; Flaco á España; Chipre tenía contratado con los pretores darles cada año doscientos talentos (1.100.000 pesetas) para evitarse mayores latrocinios y extorsiones. Mientras Gabinio remediaba su pobreza con la Pretura de Siria, sacando de ella cien millones de sextercios, Clodio, el famoso Clodio, deshonoraba en Macedonia la República.

A pretexto de hacer escudos para la tropa, mandó reunir todo el ganado de la provincia para elegir las pieles, y lo vendió á su provecho. Por trescientos talentos que le dió el rey Cotys, mandó quitar la vida á Besses, que venía á ofrecer al mismo Clodio la alianza de su pueblo con el romano.

Si se abstuvo de hacer la guerra á los de Tracia, fué por la gran suma de dinero que le dieron; las sentencias que pronunciaba no eran hijas de la justicia, sino del cohecho. El pueblo romano había perdido por completo el pudor y la vergüenza.

Las tropelías de Verres en Sicilia, tan bien pintadas por Cicerón, ¿no son un nuevo dato de esta verdad? ¿Pues qué diré de aquella excesiva cantidad de oro y plata que en las Galias tomaron Q. Cepión y Julio César?

Fué tanto el oro que éste condujo á Italia, que no le pagaron la libra sino á 3.000 sextercios, lo que equivalía á poner de uno á nueve la proporción del oro á la plata. «J. Cesar in Gallia, fana templaque Deum, donis referta, expilavit, urbes diruit, sæpius ut prædam quam ob delictum; unde factum est auro abundaret; ternisque millibus nummum in libras promercale, per Italiam provintiasque divenderet».

El grave historiador P. Petavius, apoyado en el testimonio de Justino, hace subir el botín de Tolosa y su templo á 110.000 libras de oro, y á 5.000.000 las de plata. Dió este botín lugar al proverbio «aurum Tholosanum», con que significaron los romanos el desgraciado fin de los que se apoderaban de lo dedicado al culto de los dioses. «Quisquis ex ea direptione aurum attigit, misero cruciabilique exitu periiit». Que no parece sino que el único verdadero Dios vengaba tales latrocinios, aun en los ídolos que en cierto modo representaban su deidad.

Despidióse Julio César de las Galias, pero les dejó por tributo anual 11.000.000 de pesetas para el Erario romano.

Ya que con más ó menos particularidad hemos seguido los principales afluentes al templo de Saturno, depósito de la riqueza pública en metales, llenemos algunas pocas páginas concretando este asunto, tanto cuanto no se oponga á la limitada extensión que debo dar á esta clase de trabajo.

Sea, pues, alguno que otro *triunfo* lo que nos ponga un poco más al corriente de la riqueza que los procónsules romanos encauzaron desde sus provincias al templo de Saturno.

Y así como antes reseñamos á vuel-

pluma los principales focos de riqueza que había al Occidente y Sur de Roma, cuando empezamos á estudiar cómo fué esta ciudad llenándose de lo que en oro y plata las demás tenían, con igual ligereza de pluma recorreremos las regiones en que se llevaron á cabo las hazañas que prepararon los triunfos, para que, extendiendo de un golpe la riqueza de aquéllas, se adhiera el ánimo al punto y sin dudar á lo que de los triunfos digo.

Ni irán las descripciones de las provincias, sino como preámbulos á la noticia que dé de las victorias en ellas conseguidas y premiadas con el mayor de los honores militares que se conocieron en Roma. Así quitaremos de estas páginas todo sabor á tratado de geografía.

El Epiro, país que hoy el austriaco denomina Albania Superior, goza de una fertilidad igual en todo á la de las tierras que forman el golfo de Tarento, enfrente del cual se halla. Pirro, primo de Alejandro el Grande, fué el monarca más célebre que tuvo en la antigüedad, por el desastre que causó á los romanos en sus mismas tierras, algo más que mediado el siglo v de Roma.

Á este rey se debe el embellecimiento de Ambracia «*urbs jam antiquitus fortuna prosperrima*», como dice Strabón, y de la que

hizo cabeza de su reino. «Maximi eam exornavit Pyrrhus regia hac usus». Esta ciudad, rendida por M. Fulvio Nobilior en su guerra contra los de Etolia, fué la que contribuyó, cual ninguna, al mayor esplendor del triunfo. Fueron delante del carro triunfal cien coronas de oro, cada una de doce libras; 183.000 libras de plata y doscientas cuarenta y tres de oro, todo en bruto.

Lo amonedado, si era de alguna consideración, se ponía por separado.

Fueron, en su consecuencia, alegrando el triunfo 118.000 tetradracmas áticos y 12.422 filipos de oro.

Pero no fueron estas riquezas las que dieron al triunfo mayor viso, sino aquellas 285 estatuas de bronce que, como las 230 de mármol que las seguían, despojos del palacio de Pirro, adornaron el tránsito con la variedad de sus significaciones.

Y como ya el trato con los cultos ciudadanos de Sicilia había desbastado en los romanos buena parte de aquella rusticidad de que ellos mismos nos hablan en sus relatos históricos, fuéles también, era el año 565 de Roma, de agradable vista los hermosos cuadros, debidos al pincel de Zeuxis, que á una con la multitud de estatuas embellecieron el tránsito.

Pues los trofeos militares hechos con la muchedumbre y variedad de armas de vencidos y vencedores, ¿qué aspecto tan marcial y variado no darían á estas ovaciones? Lanzas, flechas y espadas; escudos, catapultas y balistas, eran llevados sobre carros que infundían al pasar un cierto temor y silencio, mudado en breve por la admiración y el pasmo que causaban los personajes cautivos.

Reyes, grandes privados y afamados generales, sin coronas ni cetros los primeros, con cadenas todos, vió Roma en muchos triunfos.

Fulvio Nobilior solo llevó veintisiete generales, é ignoro cuántos cautivos.

La gran corona de oro de 4.000 kilogramos que le ofreció la antigua capital de Epiro, y los doscientos talentos de plata estipulados, le seguían de cerca (1).

En su carro triunfal, tirado de cuatro caballos blancos y ceñidas las sienes de laurel, recibía los plácemes de todos; tras él, y á pie, las legiones vencedoras. Las cicatrices que ostentaban los soldados romanos con orgullo, arrancaban lágrimas al pueblo.

Al N. E. del Epiro estaba Macedonia. Las

---

(1) Se estipularon 500 talentos: 200 al contado, y los restantes pagaderos en tres años, 100 cada uno.

conquistas de Alejandro Magno la habían hecho célebre y poderosa. Perdió, es verdad, mucho de su prestigio y fuerza en el reparto de la monarquía de aquel gran conquistador; pero, en los años que pasó á ser provincia romana, era nación floreciente y rica.

Antígono, que la regía en 527 de Roma, contribuyó graciosamente con cien talentos para aliviar á Rodas de sus desgracias.

Pero quien verdaderamente devolvió á Macedonia gran parte del brillo antiguo y atrajo sobre ella las miradas de todos, fué el Filipo, padre de Perseo, nombrado éste en la Historia por la enemistad que siempre tuvo á la República romana.

De ella, y de la causa que obligó á los romanos á romper con él la guerra, ya dijimos antes.

Vencido por el cónsul Paulo Emilio en la acción de Pydna, dió ocasión á que vieran los romanos el *triunfo* más espléndido de que había memoria en los seis siglos que iban casi corridos desde la fundación de su ciudad.

Tres días consecutivos se eligieron para celebrarlo; tanta fué su grandeza.

No me detendré en pormenorizar, una vez que ya el lector está al corriente del mo-

do con que se ejecutaban estas fiestas, tanto más cuanto que con extensión podrán verse las de este triunfo en la amplísima obra de los PP. Catrou y Rouillé, de la Compañía de Jesús, tomo XII, págs. 208 y siguientes de su *Historia Romana*.

El primer día se empleó en el desfile de doscientos cincuenta carros artísticamente cargados de las estatuas, cuadros, urnas, etc., tomados de Macedonia y villas griegas que habían abrazado la causa de Perseo.

Para el segundo día del triunfo se habían preparado dos espectáculos diversos: fué el primero la marcha de innumerables carros sosteniendo los trofeos militares tomados al enemigo en Macedonia, Grecia é Iliria, y aun en el Epiro, castigado por el triunfador á su paso para Roma.

Estaban las javelinas, espadas, cascos y escudos tan admirablemente combinados y dispuestos, que, deleitando la vista con el número, diversidad y estudiado descuido en la colocación, no menos recreaba los oídos de un pueblo tan guerrero como el romano, con el fragor que producía el choque de las armas entre sí y contra los escudos, al rudo movimiento de aquellos pesados carros.

Seguían á éstos 3.000 soldados, llevando entre cada cuatro una urna que contenía

18.000 dracmas áticos; así, el número de estas urnas fué el de setecientas cincuenta, y en él convienen todos los historiadores que he visto. No así en la cantidad general de monedas de oro, plata y cobre que entró en el triunfo, como veremos más abajo.

El tercero y último día fué el de mayor suntuosidad y aparato.

Tras las bandas militares, que abrían la marcha, iban ciento veinte toros adornados de festones y guirnaldas, para ser sacrificados en el Capitolio; los sacrificadores y los niños que llevaban los vasos para recoger la sangre de las víctimas, tan adornados como exigía la ceremonia de la fiesta.

Nuevas urnas, llevadas por cuatro membrudos militares cada una, contenían doscientos treinta y un talentos de oro, tres cada cual de las setenta y siete, seguidas todas de un largo cordón de hombres que mostraban al pueblo las antiguas copas de que se sirvieron para sus libaciones los Seléucidas, sucesores de Alejandro Magno y reyes macedónicos.

Los grandes aparadores de Perseo, con toda su inmensa vajilla de oro y plata; el carro precioso de que usó este príncipe en las ocasiones solemnes, y en él las insignias reales.

Si esto llenaba la vista, lo que seguía tocaba al corazón.

Dos niños y una niña, todos de corta edad, hijos de Perseo, seguían á pie el carro de su padre, alargando de vez en cuando al pueblo sus manecillas suplicantes para excitarlo á compasión.

Detrás de sus hijos el rey Perseo, sin aparato alguno regio; sus nobles y sus generales, cautivos como él, lo rodeaban; iba en esta triste comitiva un hijo del rey de Tracia.

Entre ella y el carro del triunfador cuatrocientas coronas de oro, obsequio de otras tantas ciudades aliadas de Roma.

Paulo Emilio, vestido de púrpura y con una rama de laurel en la mano, ocupaba solo el carro triunfal; sus dos hijos Fabio y Scipión, al frente de las legiones, cerraban la marcha.

La ofrenda del vencedor á Júpiter Capitolino fué un rico vaso de oro de diez talentos de peso, y multitud de pedrería.

Sobre todo lo dicho hay que añadir dos sumandos de entidad; porque, aunque hagamos caso omiso de que Paulo Emilio repartió el día del triunfo cien dineros de plata á cada infante, doscientos á cada centurión, y á cada hombre de á caballo dió trescientos

tos, no fué ésta la deducción que disminuyó notablemente lo aportado, aunque no sea despreciable: lo que privó á Roma de una gran suma de oro fueron aquellos suntuosos *Juegos mayores* que dió en Anfípolis á todas las ciudades de Grecia y Macedonia.

Cuantos legados enviaron fueron esmeradamente atendidos, y pudieron contar, de regreso á sus ciudades, cuánta magnificencia había desplegado el procónsul de Roma en obsequiarlos. Nada escaseó Paulo Emilio: cuanto había en Grecia de notable en música y poesía; cuantos actores tenían en ella alguna celebridad; cuantos habían sobresalido por su destreza en los juegos hípicas, en la lucha, en la carrera, todos fueron llamados por el procónsul y remunerados con largueza.

Las grandes expensas que esto supone, realzan de nuevo la magnitud del botín y la riqueza de Macedonia y villas griegas que se le unieron contra Roma en 586 de la fundación de esta ciudad y 168 antes del nacimiento del Señor.

En las expensas dichas hallo yo la diferencia de apreciaciones históricas acerca del famoso botín de Macedonia. Valerius de Antiuna lo calculó en ciento veinte millones de sextercios; Tito Livio reprocha á este

historiador de haber disminuído considerablemente las cantidades de oro y plata tomadas á Perseo. Velejus Paterculus hace subir á doscientos diez millones de sextercios lo amonedado, aunque Suidás sólo lo estima en 6.000 talentos. ¿No serán estas diferencias, hijas de contar unos el botín por entero, otros sin los gastos de Anfípolis, otros incluyendo en él sólo la moneda llevada á Roma?

Convengamos en que para quitar, por su causa, los tributos, debió de ser extraordinario.

Un nuevo dato nos resta que añadir, no del botín, sino de la riqueza de Perseo. Por mil soldados de caballería, que por seis meses tomó á sueldo, pagó á Cotys (Rex Odoy-sarum lo llama Strabón) nada menos que doscientos talentos de plata.

Por supuesto que no me he de entretener en narrar triunfos tan secundarios como el que se concedió á Cneo Manlio. Si los montañeses tracios no le hubieran quitado buena parte de lo que llevaba para Roma, hubiera sido su triunfo más espléndido. Con todo, doscientas doce coronas de oro de á doce libras cada una, 220.000 libras de plata en bruto, 2.103 de oro en barras, 127.000 tetradracmas áticos, 250.000 cistó-

foros y 16.320 filipos de oro, constituyeron una no mala entrada al templo de Saturno.

Ni aun del triunfo de Lucullo dijera cosa alguna, si no viera en él de particular aquella hermosa estatua de oro del rey Mithridates, de seis pies de alto, y abrazando su escudo, sembrado todo de pedrería; veinte aparadores llenos de vasos de plata; treinta y dos destinados para la vajilla de oro que los cubría; ocho mulas cargadas de aquellos *triclinia*, ó sean lechos para comer; y fueron de oro, ó por lo menos chapados de oro, los presentados por Lucullo.

La plata en bruto venía á lomo de cincuenta y seis mulas, y con la amonedada entraron ciento y siete, llevando entre todas 2.700.000 dracmas.

Aburren al lector las repeticiones, y entra el escritor sin gusto en ellas; no hay modismos extraños ni giros desemejados capaces de despojarlas del tedio dicho; y así, siendo absolutamente necesario poner aquí algo siquiera del cuarto triunfo de Pompeyo, narraré su grandiosidad y magnificencia sin más atavíos que el modesto marco de la verdad, sin pretensiones de ninguna clase.

Los días 29 y 30 de Septiembre del año 693 de Roma fueron los señalados; diré del segundo solamente, pues lo que en él se ex-

puso es lo que directamente nos concierne.

Pues como ya el pueblo, por cuanto en la víspera había visto, estaba al corriente de los países sojuzgados por Pompeyo, de las batallas ganadas y de los prisioneros hechos en ellas ó en las plazas sitiadas, acudió con creciente curiosidad el 30 para gozar de la vista de cuanto de precioso habían conducido á Roma sus legiones.

Encabezaba la marcha triunfal un table-ro hecho de dos piedras preciosas, créese eran dos hermosos pedazos de nácar, de cuatro pies de largo por tres de ancho cada uno, y sobre ellas iba una hermosa luna de oro, que pesaba treinta libras.

Seguían tres *triclinia* ó lechos de comedor, y á éstos una cama de dormir, todo de oro macizo; díjose que esta alhaja había pertenecido á Darío, hijo de Histaspes.

En el mismo grupo figuraban nueve aparadores cubiertos todos de vasos de oro y pedrería, y un cofrecillo lleno de los anillos de oro con piedras que había usado Mithrídates.

El grupo tercero estaba formado por tres estatuas de oro macizo, pequeñas, dice Plinio, y eran las de Minerva, Apolo y Marte. No sé si el diligente naturalista, al decir que eran pequeñas, las compararía con aquel Jú-

piter, obra de Fidias, y que puso el escultor sentado, para que cupiera en el templo. Barruntarse puede que serían medianas siquiera, cuando, en medio de tanta grandeza, formaban grupo suelto.

Del dinero amonedado creo, dije, fueron ciento veinte millones de pesetas: ni ha de hacerse escrúpulo en aumentar la cifra, pues supongo los 20.000 talentos, áticos, que son los menores. Ya los habría babilónicos, si se atiende donde los tomó Pompeyo. ¡Qué fila de jarrones ó urnas se formaría para llevar esta suma, imagínela el lector!

Venía detrás de ella una montaña de oro, de base cuadrada, con árboles frutales, entre ellos un plátano, todo de oro, lo mismo que los ciervos y leones que en ella había; todo iba rodeado de una viña de oro, regalo de Aristóbulo á Pompeyo (I).

El retrato de Pompeyo, hecho curiosísimamente de perlas finas.

---

(I) Ya dejé indicado algo acerca de los disgustos entre Hircano y Aristóbulo, que dieron causa á Pompeyo para ir á Jerusalén. Cómo llegaron el plátano y la viña á poder de Aristóbulo, lo ignoro. Sólo he podido saber con certeza que ambas joyas se las regaló Pythius, rey de Celenia en Frigia, á Darío, padre de Xerxes, pues así lo dice Herodoto, lib. VII, cop. XXVII. «Hic ille est qui Darium patrem tuum

Iban á continuación los vasos murrinos; sacábase la materia de ellos de la Carmania, y reflejaban los colores del iris: uno se vendió en setenta talentos, ó sean 385.000 pesetas.

Detrás de ésta, para entonces tan curiosa como rica colección de vasos, venían tres soberbias estatuas: la de Farnaces, antiguo rey del Ponto, toda de plata; la de Arístides IV, del mismo metal, y un busto de oro, de este mismo príncipe, de siete codos de alto.

Tras de esta mascarilla venían treinta y tres coronas de perlas y una especie de capilla hecha asimismo de perlas y dedicada á las musas, la cual terminaba por un reloj ó cuadrante solar.

Pompeyo, en un carro magnífico, materialmente sembrado de pedrería, lo mismo que los arreos de los cuatro caballos á él uncidos. Llevaba la clámide de Alejandro sobre los hombros.

---

aurea platano ac vite donavit». Años después se apoderó de ellas Antígono, cuando entró en Susa, célebre villa persa, como lo atestigua Diodoro de Sicilia en el lib. XIX, cap. XLVIII de su historia. Y como Antígono volvió desde Susa hasta Tyro en el Asia Menor, es de creer trajera consigo estas alhajas, saliendo de este modo del Imperio persa.

En la inscripción que el mismo Pompeyo mandó hacer para que conmemorara su expedición á Oriente, se lee: «Y consagró á la diosa (Minerva) 12.600 piezas de oro y trescientos talentos de plata». Si, como Amiot cree en sus hermosas ilustraciones á Diodoro, las dichas piezas fueron dáricas, harían 132.600 francos ó pesetas (1).

Tras el breve apunte que acabo de cerrar acerca de las entradas que al tesoro romano aportaron sus legiones vencedoras, tócale por su rueda al diseño de la riqueza acopiada por algunos romanos, materia conducente á nuestro objeto, entretenida y á provecho.

Empecemos por Verres, y no á contar, por supuesto, uno tras otro sus latrocinios de Sicilia, ni siquiera el del famoso candelabro de oro y pedrería de que despojó al rey Antíoco; que, á seguir en esto á Marco Tulio su acusador, pudiéranse traer á tanta, sino á dibujar al Verres de un modo tal que nos pinte en la imaginación las riquezas que atesoró, y de que, como simple particular, disfrutó luego en Roma.

---

(1) El original griego de esta inscripción, dado sólo en substancia por los historiadores antiguos, lo encontró Mai.

Los derechos de exportación en Sicilia estaban tasados en un 5 %. Sólo por Siracusa exportó Verres en pocos meses tanto, que pagó de derechos 1.200.000 sextercios.

Si éstos fueron los derechos, es claro que el valor de lo exportado supone veinte veces esa cantidad, dado que Verres no hiciera tasar las exportaciones en menos de lo que valían. Á cuánto haría él subir por la venta fuera de Sicilia lo representado por los 24.000.000 de exportación, no ha llegado á mi noticia.

En 100.000.000 de sextercios estimaban los sicilianos los perjuicios que Verres les había causado durante sus tres años de Pretura: opino que esto se refiere sólo al valor de los objetos de oro y arte de que los despojó.

Y á la verdad, los ocho meses que tuvo montado en Siracusa aquel taller, donde reunió cuantos plateros, grabadores y cinceladores pudo haber á mano para que le trabajaran, sólo en acomodarle en objetos de oro, cuantas preciosidades de todos metales había robado en la isla, lugar daban á la certidumbre de lo que envolvía la queja.

Verres decía, con toda naturalidad, que sólo la tercera parte sería para él, pues las

otras dos tenía que emplearlas entre los senadores y los jueces de su causa.

Cicerón, que tan viril y elocuentemente lo acusó, hasta obligarlo á desterrarse por sí mismo, debió tener un caudal considerable en los últimos años de su vida. Su Cuestura en Sicilia y su Gobierno pretorio de Cilicia contrastaron por su honradez, hasta ahora no desmentida, con las rapiñas de otros pretores y subalternos. En sus cartas familiares dice que en Éfeso dejó, para recogerlo por supuesto, veintidós millones de sextercios que le pertenecían muy legítimamente de su Gobierno de Sicilia; y que de los cautivos tomados en Pindenisus, y vendidos luego, sacó doce millones de sextercios. Tuvo, sin embargo, la poca delicadeza de comprar ocultamente, por medio de su liberto Filótimo, los bienes del desterrado Milón, su defendido, en 2.600.000 sextercios.

William Jacob, fiado en los buenos datos que siempre toma, hace subir á más de cuatro millones de pesetas lo recibido de sus clientes.

Su granja Tusculana, la de Arpineto, y otras seis ú ocho más en otros sitios, prueban el aserto.

Crasso, el fiador de César, poseía doscientos millones de sextercios sólo en tie-

rras, si queremos estar á lo que dice Plinio. «In agris sextertium MM. possedit, Quiritium post Syllam ditissimus», y así no hubo en aquel tiempo otro más rico que él sino Sylla. En metálico, ganados y esclavos, parece tenía otro tanto.

Plutarco dice de él que, siendo su fortuna primitiva de trescientos talentos, la aumentó de modo que, cuando arregló sus cuentas para ir á la expedición de los parthos, llegaba á 7.100 talentos.

Las deudas de Milón montaban en números redondos á catorce millones de pesetas: no sé si en esta cifra están ó no englobadas las ochocientas cuarenta y nueve pesetas que, según Asconius Pedianus, ofreció por el voto á cada elector cuando se le ocurrió proponerse para cónsul.

La riqueza urbana había subido tanto, que la casa de Mario en el Piceno fué comprada por Cornelio en 75.000 dracmas, y vendida, no muchos años después, en 500.200.

Otro de los hombres acaudalados de su tiempo, en Roma, fué C. Cecilio Isiodoro, el cual, no obstante los perjuicios que le habían acarreado las guerras civiles, dejó en su testamento 4.160 esclavos, 3.600 yuntas de bueyes, y en metálico más de doce millones de pesetas.

Pasaremos aquí por alto las grandes fortunas de Lucullo, Hortensio, Scauro y Metello Pío, porque con lo que de ellos tenemos que decir quedarán bien adivinadas.

No así la de Cayo Julio César, que voy á recapitular tan solamente.

Siendo edil, dió al pueblo de Roma unos suntuosos juegos fúnebres para conmemorar el aniversario de la muerte de su padre; cuanto en ellos entró fué de plata: «*omni apparatu arenæ argenteæ usus est*», dice Plinio en su trigésimotercio libro.

Cuando obtuvo el Gobierno de España, no le dejaban salir para él sus acreedores; fiólo Craso, y pagó por él ochocientos cincuenta talentos, más de cuatro millones y medio de pesetas.

En su primer Consulado compró para Servilia, madre de Bruto, una perla que le costó seis millones de sextercios, ó casi millón y medio de pesetas. «*Cui Serviliæ et proximo suo consulatu sexagies sextertium margaritam mercatus est*», según testimonio del historiador de los doce Cesáres, Suetonio.

Á Eunoe, reina de Mauritania, hizo valiosísimos presentes, en nada inferiores á los que en más de una ocasión recibió Cleopatra de su mano.

Cohechó al cónsul L. Paulo, colega de

Marcelo, por siete millones largos de pesetas, y se cree que por más de doce se le entregó Curión, aunque de la integridad de este magistrado no lo crean algunos historiadores de aquella fecha.

Sacó de Ptolomeo 6.000 talentos; pero las larguezas á sus tropas fueron grandes.

Prometió á cada ciudadano romano setenta y cinco dracmas, cuando en una ocasión necesitaba su apoyo; pero no lo cumplió, dice Dión Cassio en el lib. xli de su historia.

Gobernó César en España con provecho propio, saqueó las Galias, se asomó á Inglaterra, y cuando, pasado el Rubicón, encendió la guerra civil, puso de su propiedad particular, para hacerla, 25.000 libras de oro, 35.000 de plata y cuarenta millones de sextercios en contante.

Con la intrepidez que le distinguía tomó del Erario público de Roma 2.000 millones de pesetas (1); y cuando, desembarazado de

---

(1) Paulo Orosio pone una cantidad mucho más reducida, lo cual se explica, diciendo que esa suma fué lo primeramente tomado. Es cierto que cuanto había entrado de los triunfos anteriores á la venida de César estaba intacto, y que Pompeyo, cuando huyó de Roma á Macedonia, no sacó del Tesoro romano ni un sextercio.

Pompeyo y los suyos en el triunfo de Farsalia, regresó á la capital del mundo, vertió en el Tesoro nacional cuádruple cantidad de la que había sacado.

Por lo que atañe al mismo César, podremos creer que, vencedor, no dejaría de satisfacerse con creces lo que de su peculio había puesto para hacer la guerra á Pompeyo y sus parciales.

Esta crecida aglomeración de riquezas tuvo sus naturales efectos.

Las casas de los romanos acaudalados llegaron á ser verdaderos palacios. Construíanse separadas ó aisladas de las otras, que por esto las llamaban *insulæ*, y estaban suntuosamente construídas y amuebladas.

Craso fué el primero que hizo traer diez columnas de mármol ático para el pórtico de su casa del Palatino; Lépido construyó para la suya una escalinata de mármol de Numidia. Las casas de Mamurra, Balbo y Lucullo eran magníficas; la de Marco Scauro está descrita por Mazois con toda minuciosidad, y por ella puede venirse á un conocimiento muy próximo á la verdad del lujo que en todas se había desplegado.

La que en el Palatino tenía un liberto de Sylla, llamado Crisógono, era célebre por la multitud de vasos de Delos y Corinto que

la adornaban, no menos que por la variedad y riqueza de las alfombras.

A este lujo se añadía la mal entendida filantropía que los hombres acaudalados de Roma usaban con los necesitados, los cuales, á trueque de una adulación servil é indecorosa, lejos de trabajar, se pasaban largas horas esperando dar al rico patrono los buenos días para recibir del portero, antes de entrar al saludo, algunos latigazos, tomar después de él un pedazo de salchicha ó un par de huesos de cabeza de carnero, é irse al Foro á oír las defensas de los abogados y fallar magistralmente en lo que no entendían.

Varrón se lamentaba de que el pueblo prefiriese *manus in theatro movere, quam in aratro*; pero ahora tratamos del fausto y lujo que reinaba en los palacios romanos.

Aun á trueque de repetir algo de lo dicho, insistiré todavía en describirlo.

«El palacio de un rico era, no dudo decirlo, un palacio real. Una muchedumbre de esclavos atendía en él á diversos oficios, como si no se debiera necesitar cosa que allí dentro no hubiese. Además de los palafreneros, cocineros, camareros, vinateros y bañadores, se encontraban cazadores, pescadores, hortelanos, hilanderos, tejedores,

sastres, peluqueros, pintores, trabajadores en mosaico, filósofos, compañías de músicos y gladiadores; libreros que copiaban, y gramáticos que corregían libros; allí cantinas tan provistas como almacenes; allí graneros suficientes para un pueblo. Agréguese la multitud de clientes que al apuntar el alba iban á saber noticias del patrono, y, arrosando la vara del portero y las repulsas del camarero, llegaban á la estancia del dormido señor y se le presentaban, é iban contentos si obtenían una sonrisa á modo de bostezo, y luego un trozo de salchicha en la esportilla, ó la generosidad de veinticinco sueldos.

Agréguese también los huéspedes, de los cuales alguna vez se albergaban hasta mil en una sola casa, y, por último, los parásitos á quienes el dueño daba de comer.

Llenaban éstos los atrios, adornados de columnas; desde ellos se penetraba á las habitaciones interiores, después que el esclavo portero había advertido que no se pusiera el pie izquierdo en el umbral antes que el derecho, ó que el papagayo ó la urraca hubieran saludado con palabras de feliz agüero.

Allí se presentaba á la vista el lujo más refinado y costoso: profusos y finísimos

mármoles de Faso, de Lesbos y de Africa; los dorados arquitrabes de Himeto; los embutidos de marfil y oro; por todas partes cuadros, frescos, estatuas, vasos corintios, obscena desnudez; y en el piso mosaicos, uno solo de los cuales sería hoy orgullo de una galería de antigüedades.»

Namurro, el arquitecto de Julio César, fué el primero que construyó palacios de mármol; el de Clodio valía quince millones de sextercios. Cicerón, para comprar la casa de Craso, tomó prestados H.S. XXXV, ó sean *tricies-quinquies*, unas 643.222 pesetas. (Cic., *Fam.*, v, 6.)

Esta casa fué en otro tiempo de M. Livio Druso. Messala compró la de Antonio en 8.030.338 de pesetas (Cic., *At.*, I, 13), y otras por el estilo, que irán en los apéndices.

Cuando al amor al lujo se unía la vanidad personal ó el deseo de singularizarse, las concepciones más atrevidas y ridículas hallaban pronta ejecución.

Metello Pío se había hecho arreglar un comedor con diversos escenarios para que, durante el convite, estuvieran bien entretenidos sus numerosos comensales. Multitud de aromas se quemaban durante el recitado de los actores; una imagen de la Victoria se desprendía al improviso del techo y bajaba

solemnemente á coronar á Metello. Otras máquinas (debían estar los convidados ya advertidos) rompían en truenos y relámpagos, y de entre ellos se deslizaban nuevas figuras, ya con pomos de aromas é incienso, que quemaban ante él, ya con memoriales, que recibía llenó de majestad y envuelto en túnica de púrpura.

Si historiador tan grave como Salustio, de quien lo tomó Macrobio, no contara estas y otras locuras, no las hubiera yo puesto aquí como prueba evidente de la extraordinaria riqueza que afluyó al Occidente de Europa, y, sobre todo, á la cabeza del ya muy extendido poder romano.

Y porque á tales comedores debían por necesidad corresponder opíparas comidas, diré dos palabras tan sólo acerca de ellas, forzado á tocar este punto como uno de los que ponen más en relieve el inmenso gasto de aquel pueblo á la sazón totalmente corrompido.

Dando, pues, de mano al indecoroso expediente de vaciarse el estómago dos y tres veces para llenarlo una cuarta con nuevos manjares y bebidas, hará mención del convite dado por Léntulo el historiador Macrobio, autor de las *Saturnales*. Tuvo lugar con ocasión de ser elegido el dicho Léntulo Fla-

*mem Martialis*, ó Sacerdote de Marte: asistieron á él todos los convidados, en lechos cubiertos de marfil.

Pues contar los mariscos, carnes y pescados en él servidos; sus condimentos y aliños, y todo con nombres propios, dando á cada plato su especial sabor y fisonomía, sería deslucir el convite por completo. No sé si Cervantes ó el gran padre de nuestra lengua castellana, Fray José de Sigüenza, hallarían en el inagotable tesoro de sus giros y dicciones forma ó modo de hacerlo; pero no quede defraudada la natural curiosidad de los lectores. Napoleón III la ha insertado en francés en el excelente estudio que sobre «Julio César» dejó, desgraciadamente, incompleto.

Yo la doy más adelante tal cual salió de la pluma de Macrobio; y es raro que á su solicitud escapara la lista de los vinos.

En las sátiras de Horacio y en Valerio Máximo leemos que los hijos de Quinto Arrio sólo ponían en su mesa aves de canto muy caras: «Luscinias soliti impenso pranderere coemptas»; y el hijo del cómico Esopo hacía disolver costosas perlas para mezclarlas con el vino.

De lo que menos datos, tan especificados como yo deseara, han venido á mis ma-

nos, ha sido acerca de las suntuosas vajillas que tales comedores y comidas están imperiosamente reclamando. Sé por Plutarco que la correspondiente al comedor Apolo, el mejor de los de Lucullo, era toda de oro y pedrería. La hallada por César en el campo de Farsalia, era numerosa y de plata; los ricos senadores de Roma carecerían de ella difícilmente.

Cómo no la había de tener propia el tristemente famoso Marco Antonio, y de oro bien quilatado cuando de este metal usaba, para dar ocasión á que Plinio dijera en el cap. III del libro xxxiii: «Antonius apud nos in contumeliam naturæ vilitatem auro fecit»; y Martial en sus *Epigramas*: «Ventris onus misero, nec te pudet, excipis auro».

Cuando en los idus de Marzo asesinaron á César, debía Antonio ocho millones de pesetas; en las kalendas de Abril los tenía pagados con los ciento cuarenta de ídem que leo en William Jacob robó del tesoro.

Otra de las magnificencias de la época fueron los jardines y parques; los de Demetrio, liberto de Pompeyo, eran célebres, y hacían singular contraste con la modestia de la vivienda de su antiguo dueño.

Pero ningunos, á lo que creo, alcanzaron la fama de los de Salustio: ellos y su

granja de Tibur pregonan, mejor que las diatribas de Leneo, las rapiñas del grave historiador en su Pretura de Numidia. Aquella inimitable *velocitas et brevitás sallustiana* no deja de verse en Leneo cuando de Salustio dijo: «Dejó en Numidia lo que no pudo llevarse».

Á las antiguas granjas habían sucedido espléndidas casas de campo; ya no había que buscar en ellas aquellos depósitos de aceite y granos que formaron años atrás las delicias del sencillo y laborioso romano. Las *villae* recopilaban en sí la suntuosidad de la casa en Roma y la costosa amenidad de los jardines, añadiendo la de los parques y viveros, la de los invernaderos y pajareras.

En estas mansiones de placer y lujo sólo se veían columnas de mármoles raros y exquisitos, esculturas y estatuas de los más afamados artistas de la infortunada Grecia, cuadros de Zeuxis y otros célebres pintores, incrustaciones en oro y delicados mosaicos.

El competidor de Marco Tulio en el Foro, Hortensio, tenía en una de ellas un gran parque ó bosque; y en su centro, dispuesto con grande arte y sencillez, un comedor campestre. Presidíalo Orfeo armado de trompa: no bien los convidados habían ocupado

sus puestos, el dios músico la hacía resonar con tocata de caza, y era de ver cómo los ciervos y jabalíes acudían por todas las avenidas y encrucijadas al comedor, para recibir de manos de los huéspedes algunos bocados de su gusto. Durante la comida, el Orfeo tocaba dulcemente la lira.

Ni la pajarera de Varrón, que él mismo nos describe en sus obras; ni los caudales gastados por Sergio Orata en estrechar la boca del lago Lucrino para obtener de ese modo ostras más frescas, ocuparán una línea siquiera en esta ya tan tendida descripción ó reseña de la derrochadora voluptuosidad romana en los últimos años de la República; pero de la manía por los viveros y de sus exorbitantes precios, diré algo, sólo por encima.

Como era tan refinado el gusto de la mesa, y los pescados más apetecidos no siempre se podían hallar ni frescos ni cuando se deseaban, se acudió á criarlos en los viveros. Pero de esto, que puede ser un lícito objeto de lucro, no hablo yo, sino del exceso de afecto que los romanos acaudalados pusieron en los peces.

La variedad de las castas, la hermosura de colores que la luz les da á través del agua, y aun llegar como á domesticarse algunos

de ellos, hizo que los dueños de las granjas romanas cobrasen por estos animalejos no menor afecto que en nuestros días vemos se tiene por los perros.

Craso llevó luto por habérsele muerto una lamprea; Lucullo hizo horadar un monte cerca de Nápoles para que el agua del mar llegara á determinadas horas á solazar sus queridos peces, lo cual le valió algunas buenas reprensiones de Hortensio porque de ese modo no podía llegar con la temperatura conveniente, y también una delicada ironía de Pompeyo llamándolo el «Xerxes togado».

Hirtius vendió sus viveros en cuarenta millones de sextercios, ó sean cien de pesetas, y en cantidad crecida vendió Catón de Utica los suyos cuando aceptó la tutela del hijo de Lucullo.

Daré fin á este catálogo de profusiones con una observación oportunísima, que de Varrón tomó nuestro Columela, á saber: que así como en los tiempos de sencillez, virtudes cívicas y heroísmo romano se jactaban los prohombres de la República con sobrenombres, tales como el de *Taurus*, *Vitulus*, *Caprilius* y hasta *Porcius*, así en los de corrupción tomaron los de *Merula*, *Pavo*, *Murena*, *Parra*, *Orata* y otros por el estilo.

Lo sumo del derroche y de la crueldad juntamente estaba en los espectáculos: somerísimamente tocaré este punto, por ser harto conocido.

Catulo entoldó de púrpura todo el circo para que el sol no molestara al pueblo. Claudio lo llenó de cuadros alegóricos. Antonio entarimó de plata el sitio que le estaba señalado. Petreio, de oro; y de marfil Catulo.

Pompeyo levantó de piedra sillar el primer teatro que tuvo Roma; cabían en él 40.000 personas. Scauro levantó un coliseo de tres pisos, capaz de 80.000 espectadores.

En el primero lucía el mármol, una especie de vidrio en el segundo, y el tercero estaba dorado.

Sostenían toda la mole del edificio trescientas sesenta columnas de mármol, y entre ellas repartidas 3.000 estatuas de bronce. En este coliseo se vió el primer combate de atletas; se canalizó luego después, y pudo así servir para la caza de un hipopótamo y cinco cocodrilos; más tarde para la de ciento cincuenta panteras.

Pero esto fué poco: en los juegos dados por Pompeyo en su circo se mataron quinientos leones y otras varias fieras; para el último día se habían reservado los elefantes.

El número de esclavos muertos en estas

peleas, innumerable: de esto no se cuidaban los romanos sino para pedir á veces el cadáver y cerciorarse que las heridas recibidas habían sido la causa de la muerte.

Otra sangre y otros hombres aparecerán en breve en estos mismos circos, para derrocar con su fe, paciencia y mansedumbre tan refinada barbarie.

Tocamos ya el umbral de los tiempos de Augusto, que fueron los del apogeo de la Roma pagana; preparólos Cayo Julio César, el precursor gentilico del Mesías; el hombre que, sujetando al poder romano toda Francia y no pequeña parte de Alemania, reconcentró en su mano, tras celebérrimas batallas, cuanto obedecía á Roma desde el Asia Menor hasta las costas portuguesas, y desde el mar llamado de Alemania hasta la zona Norte de África sujeta un tiempo á la despótica Cartago.

Nueva era se nos abre bajo el Imperio de Augusto, y nueva bajo todos conceptos: vamos á examinarla en la fase que atañe á la riqueza metálica, recomendando antes al lector pase la vista por los Apéndices correspondientes á estas páginas, en los que hallará, aunque sobriamente, cuanto de nuestro asunto no ha sido posible ingerir en las que hasta ahora llevamos editadas.

Terminada en Augusto la República romana, y expuesto hasta sus días cuanto de un modo general pueda dar á conocer la mucha riqueza que en el mundo conocido circulaba cuando á él vino el Hijo de Dios hecho hombre, ó bien xv siglos antes de que Colón uniera con navecillas de palo uno y otro continente, procedamos, no al estudio histórico-económico del período encerrado entre Augusto y Honorio, ó sea entre el primero y el último de los emperadores romanos, sino al estudio experimental de cuanto objeto de valor nos revele la historia en este tiempo, ya en la magnificencia de la indumentaria, ya en el decorado de templos y de casas, bien en la subida de las contribuciones, en la grandeza de las fortunas, en la suntuosidad de los obsequios, en el precio y número de los vasos, en la estimación de las obras de arte, etc., etc.

El hacer un gran acopio de todo esto es lo que pretendemos, con lo cual desempeñaremos la palabra dada, que es la de probar á los hispano-americanos que, de muchísimo tiempo antes del descubrimiento de América por Colón, era mucha, pero mucha, la cantidad de oro, plata y pedrería que circuló por el mundo que entonces se tenía y estaba, digámoslo así, civilizado.

# APÉNDICES

## I

### **Mitología.**

Para la mejor inteligencia de los muchos objetos de que se hace mención en las descripciones de templos, estatuas, triunfos, etc., daremos aquí una breve reseña de las divinidades paganas, de lo que á ellas se les consagraba, y de cuanto pueda tener alguna conexión con lo que á ellas se refiera y conste en este libro.

*Venus.*—La más célebre de entre las diosas que hubo de este nombre es la Venus Afrodita, ó nacida de la espuma del mar, cerca de Chipre ó de Cithera. Esta Venus tuvo por padre á Júpiter, y á Dione, hija de Océano, por madre. Es la diosa de la belleza y del amor. Platón reconoce otra Venus, llamada Urania, hija de Urano y Hémera.

De la que tratamos, que es la más conocida, se prendaron todos los dioses y la solicitaron por esposa. Casóla Júpiter con Vulcano, que era el más feo de todos, para premiarle la forjadura de un rayo que le hizo y

un palacio de metal, y además para castigar la vanidad y engreimiento de esta diosa. Dió á Vulcano bastantes malos ratos, y luego se salió Venus del Olimpo para vivir con el bello Adonis.

Ninguna deidad antigua ha tenido tantos adoradores, templos, altares, nombres y atributos. Su culto era, puede decirse, universal, y los romanos se lo tributaron especialmente, por tenerse como descendientes de ella, por Eneas, su hijo.

No se inmolaban víctimas en sus altares, ni faltaban ceremonias indecorosas en sus fiestas. Se le dedicaban el cisne, el gorrión, la paloma, la manzana, el mirto y la rosa. Las mujeres le consagraban su cabellera, y en la isla de Chipre tenía una estatua con barba y un peine en la mano además de la que de ella había en Roma.

Los templos principales que tuvo fueron el de Amatonta, villa de la isla de Chipre; otro en Biblos, villa de Fenicia; otro en Cnido, con famosa estatua, obra de Praxiteles; otro en la isla de Cithera, de donde se le dió el nombre de Cytherea. El que Eneas le dedicó en Sicilia fué restaurado por el Emperador Claudio, y tenía desde muy antiguo gran porción de vasos y objetos preciosos. El que Cayo Julio César le consagró en el

Forum romano, fué acaso el último que se levantó. La voz de guerra que el soldado usaba en sus campañas era de ordinario *Venus genitrix*, pues se creía descendiente de ella, por Eneas, hijo de Venus.

*Apolo*.—Según Cicerón, hubo cuatro dioses de este nombre. Los más conocidos fueron el protector de los atenienses, que fué hijo de Vulcano, y el nacido de Júpiter y Latona. Arrojó del cielo á ésta la vengativa Juno, esposa de Júpiter, la cual alcanzó de la Tierra que no daría asilo á Latona en parte alguna de ella. Rechazada Latona de todas partes, y no hallando sitio dónde poder librar, se apiadó de ella Neptuno, que, hiriendo con su tridente el fondo del mar, surgió de él la isla de Delos, que no tenía parte alguna en el juramento de la Tierra.

En Delos dió á luz la perseguida Latona á Apolo y Diana. No contenta Juno con la persecución que la Tierra hacía á Latona, de orden suya hizo salir del cieno de la tierra la serpiente Pithon, á la que encargó no dejara de perseguir un momento á la afligida madre. Mató Apolo, á los cinco días de nacido, esta serpiente con las flechas que le dió Vulcano, y con la piel de ella se cubría el trípode de la Pithonisa cuando pronunciaba en Delfos sus oráculos.

Apolo es el dios de la poesía, de las artes, letras y medicina; fué arquero y auriga consumado. Escogió por atributos el arco y la lira: de los animales le estaban consagrados el lobo, la cigarra, el cisne, el cuervo, buitre, grifón y el gallo; de entre los vegetales, el laurel, olivo, acebuche y tamarindo.

Júpiter desterró del cielo á Apolo por haber dado muerte á flechazos á todos los cíclopes, que eran los que le forjaban los rayos que necesitaba. Al cabo de dos años de trabajos volvió al cielo, y su padre Júpiter le dió el gobierno del Carro del Sol.

Sus templos principales fueron los de Argos, Élide, Epidauro y Tegea. En Roma tuvo muchos; pero el más celebrado de entre ellos fué el que le dedicó Augusto: tenía muchos dorados, las puertas de marfil, hermosa galería y biblioteca.

*Helios (el Sol).*—Los caldeos lo adoraban con el nombre de Bel ó Baal, con el de Moloch los cananeos, los egipcios con el de Osiris, con el de Saturno los cartagineses, los persas con el de Mithras, y romanos y griegos con el de Apolo.

Los griegos lo adoraban en Rodas con especial culto, y á él estaba dedicado el célebre coloso. El templo que en Roma le dedicó el emperador Heliogábalo, pontífice

que había sido del Sol en Siria, era de los mejores que había en la ciudad.

*Sileno.*—Viejo que acompañaba á Baco. En su viaje á Frigia se detuvo en una fuente, en la que el rey Midas hizo echar vino para que se quedara con él algún tiempo. Habiéndolo algunos paisanos encontrado borracho, le adornaron con guirnaldas y lo llevaron á la presencia del rey, que lo obsequió durante diez días con festines y regocijos, enviándoselo después á Baco.

*Diana Efesia.*—Célebre por su soberbio templo en Éfeso (Asia Menor), el cual, dice Plinio, era el asombro de la magnificencia griega. Su estatua estaba toda llena de símbolos de oro que representaban la naturaleza productora. La estatua era de madera. En Roma se celebraba la fiesta de esta diosa el 13 de Agosto, y no se permitía comer en él cosa alguna de caza. En este día se ponían coronas á los perros más lucios y hermosos.

*Minerva.*—Diosa de la prudencia, de la guerra, de las ciencias y artes, fué hija de Júpiter, el cual, sintiendo fuertes dolores de cabeza, pidió á Vulcano lo aliviase. Dióle éste un fuerte hachazo en la cabeza, y de ella salió Minerva, toda armada y de buena edad. Al instante fué admitida en la asam-

blea de los dioses, y fué siempre buena y fiel consejera de su padre. Cuanto prometía ó autorizaba con un movimiento de cabeza era irrevocable.

Inventó la flauta; pero, tocándola en presencia de Juno y Venus, se distrajo, y corrida de que se hubiesen reído de su distracción, arrojó despechada la flauta en el río Meadro, y condenó á muerte funesta á quien la hallase.

Contendiendo con Neptuno en dar nombre á lo que fué después ciudad de Atenas, propusieron los dioses del Olimpo que lo daría quien produjera lo que fuera de mayor utilidad para la villa. Neptuno dió con el tridente en el suelo y produjo un hermoso caballo, símbolo de la guerra; Minerva produjo un olivo, que lo era de la paz, y ganó el premio. Fué la protectora de esta ciudad, que la erigió un suntuoso templo.

Su culto se extendió mucho, y tuvo dedicado considerable número de templos. Los de más nombre fueron el de Sais, en Egipto, obra suntuosa; también lo fueron los de Argos, Corinto, Elatea y otros, en los que su culto revestía cierta ostentación no común. En Roma tenía muchos; pero el principal era el del Capitolio, en unión de Júpiter y Juno.

Le estaban dedicados el olivo, el gallo, la lechuga y el dragón. Rara es la estatua en que no esté de pie, vestida de larga túnica con clámide, la égida en el pecho, y la cabeza de Medusa en el escudo. Otras veces tiene en la derecha la estatua de la Victoria, y una lanza y el escudo en la izquierda. En la frente lleva corona de laurel ó de oliva; y como diosa de las artes lleva el *peplum*, velo ó túnica famosa y objeto de veneración. No es raro verla también con casco, muy recargado de adornos.

El *peplum* era una túnica blanca y sin mangas, toda bordada de oro, y representadas en ella las grandes hazañas de los dioses, y de ella en particular.

La *égida* fué la piel del monstruo Egis, al que dió muerte en los montes Ceraunios.

*Juno*.—Hermana y mujer de Júpiter, reina de los dioses, era hija de Saturno y Rea. Fué vengativa y muy celosa, por lo cual la castigó Júpiter suspendiéndola de una cadena de oro, y dejándola así suspendida entre el cielo y la tierra.

De los muchos templos que se la erigieron, fueron señalados los de Argos y Olimpia, Cartago y Samos. Las aves que le estaban dedicadas eran el gavián, ánade, el pavo real y el cuco, porque bajo esta forma

se le ofreció Júpiter para desposarse con ella. Por esto se la pinta este ave en la extremidad del cetro.

Entre las plantas se le dedicaron la adormidera, el dicitamo y la flor de lis. En sus estatuas tenía á los pies una piel de león y una vid, para significar el odio que tenía á Hércules y á Baco. Se le dedicó también el pavo real, y en su templo de Argos tenía uno de oro y pedrería.

*Mercurio.*—Procurador de los dioses del Olimpo, los sirvió á todos con acreditado celo, y á veces en comisiones poco honrosas. Era el encargado de contestar todas las arengas, por lo cual, como dios de la Eloquencia, se le consagraban las lenguas de las víctimas. Era el protector de los mercaderes y rateros, por la suma destreza con que, desde el día siguiente de nacido, ejerció este oficio. Se le inmolaban becerros y gallos.

Los atributos con que lo representaban los antiguos gentiles eran una bolsa en la mano izquierda, y en la derecha un ramo de oliva y una maza, para significar los bienes que la paz trae al comercio, y la fuerza y honradez que el tráfico requiere.

Como procurador de los dioses lleva el caduceo; en la cabeza tiene el petaso ó som-

brero, y en los pies alas. Su templo de Acaia era el más celebrado, y bien se deja entender cuántos otros tendría en el mundo, dada la protección que ejercía.

*Baco.*—Dios del vino, é instruído por Sileno en el cultivo de la vid y en la fabricación del mosto, partió para el Oriente en los primeros años de su mocedad para enseñar en aquellos países á hacer el vino. El culto de Baco fué general en las Indias, en Tracia y en toda Grecia. Se celebraban en su honor muchas fiestas, siendo suntuosas las Bacanales de Atenas.

La yedra, pámpanos, vides, racimos de uvas, el tonel, el tirso entrelazado con yedra ó pámpanos, son los atributos más comunes con que se le suele representar. El cántaro con dos asas y el *rhyton*, vaso para beber en forma de cuerno, rara vez ó nunca deja de verse en sus estatuas. Su culto especial estaba en Andros y Braurón, y más aún en Naxos.

En el Museo de Antigüedades de París hay un hermoso vaso de oro, encontrado en Rennes, y dedicado á Baco, con preciosos y numerosos sátiros, faunos, etc.; con pasajes de la vida del héroe; con músicos y baces. Hago memoria de este objeto para confirmar con él cómo no son fábulas ni las

riquezas que se dedicaban á estas falsas deidades, ni las figuras que en ciertas ocasiones solemnes las acompañaban. Sileno, como tenía por hijo adoptivo á Baco, rara vez ó nunca se ve separado de él.

*Amaltea.*—Nombre de la cabra que crió á Júpiter, el cual cambió uno de los cuernos de este animal con el de la abundancia.

## II

**Reducción de monedas.**

Por el mucho uso que en el texto se hace de la moneda que en el Oriente de Europa y Occidente de Asia se conocía durante el período á que este libro se refiere, pongo aquí sus equivalencias correspondientes cuanto al valor absoluto de ellas.

Prescindo de las monedas romanas, primero por las frecuentes alteraciones que sufrieron, y segundo porque casi siempre doy el valor de la cantidad romana, reducida á moneda que nos es familiar.

## MONEDAS DE PLATA

I Dracma ático.....	0,92	ptas.
10 Idem íd.....	9,02	»
I Mina.....	92	»

I Talento ático.....	5.500	ptas.
I Idem euboico.....	5657,02	»
I Idem babilónico.....	6600	»

## MONEDAS DE ORO

I Talento ático.....	84,750	ptas.
I Dárico.....	27, 60	»

Caben sus diferencias de apreciación en estos valores, pero de escasa importancia para nuestro objeto. Con esta tablilla de reducciones á la vista será muy fácil hacer la cuenta que se quiera. La dificultad está generalmente en que al decirse *talentos*, v. gr., no especifiquen los autores cuáles sean. La diferencia, sin embargo, entre el menor ó el ático, y el mayor ó babilónico, no es tanta que, aun tomando unos por otros, pueda viciarse intrínsecamente el concepto que aprecie la riqueza del país y época que se estudie.

## III

Si continuara exponiendo, como hasta aquí, cuantos datos tengo acerca de la riqueza que se conoció en el viejo mundo antes de descubrirse el nuevo, no bastaran ciertamente seis volúmenes, ni yo sabría concertar tanta copia y tan variada de noticias con la amenidad que debe sazonar es-

tas materias, ni tendría el lector paciencia para seguir página tras página la especie de tratado histórico que se formaría prosiguiendo el estilo empleado en cuanto llevo dicho.

Y acerca de esto, ni he dudado, ni me han movido conjeturas; tan llano me ha parecido.

Porque, si me ciño á un orden puramente cronográfico, se me aumenta mucho el trabajo, y no puedo ocupar en ello el tiempo, que tengo muy tasado; y si, sin sujeción á fechas, dentro por supuesto de los límites fijados, ordeno toda la materia por especies, temo se caiga el libro de las manos.

Así sería, v. gr., si escribiera: Contribución que Ciro puso á tal ciudad, tanto; contribución que Darío puso á tal otra, tanto; la que Antígono echó á tal otra, tanto; la que Pompeyo exigió á ésta, tanto; la que Sylla arrancó á aquélla, tanto; y todo fuera por esta pauta, ¿no se haría insoportable el libro?

Pues como, para saber cuánto arroja de sí este inventario que estoy haciendo de la riqueza del mundo antiguo, importe poco para nuestro asunto el orden de las partidas, sino el total de ellas, las barajaré aquí de modo que enseñen y no aburran.

Uniendo estos datos á los ya dados en las páginas anteriores, creo que no será mucho lo que quede por decir respecto al fin que llevamos propuesto.

### **Datos interesantes.**

En el capítulo XIII del Génesis, v. 2, se afirma que Abraham salió de Egipto, adonde se había refugiado á causa del hambre que invadió el país en que habitaba, «riquísimo en caudal de oro y plata». Tuvo moneda sellada y pública.

Acerca de la riqueza que poseyó este patriarca, se hallarán datos en la biografía que de él damos después de estos apéndices.

Envía Abraham su mayordomo Eliezer á Mesopotamia para que, de entre las hijas de Nacor, hermano de Abraham, elija esposa para Isaac.

Cuando le fué concedida Rebeca, sacó Eliezer alhajas de oro y plata y vestidos *preciosos* para ella, y á sus hermanos y madre ofreció *ricos* presentes.

Jacob pagó á Hemor por la venta de un campo cuatrocientas onzas de plata, según el P. Fr. Juan Márquez. Lo cual parece convenirse, cuanto á la calidad del pago, por

lo menos, con lo que dijo San Esteban á los judíos, al tiempo de su martirio.

José fué vendido por sus hermanos en veinte monedas de plata, las cuales, según el P. Scio, equivalían á poco más de treinta y nueve pesetas; pero de estas cantidades pequeñas no he de tratar sino muy raras veces.

En la dedicación del Tabernáculo y del altar ofrendaron espontáneamente los príncipes de las doce tribus de Israel doce navetas de oro llenas de incienso, doce fuentes de plata y doce tazas de igual metal.

Pesando cada naveta diez siclos, cada fuente ciento treinta, y setenta cada taza, dieron en oro ciento veinte siclos, y 2.400 en plata, todo al peso del Santuario.

Sabemos que cuando Naamán, general del ejército del rey de Siria, fué á curarse á Samaria de la lepra, llevó diez talentos de plata y 6.000 monedas de oro.

No dice el libro de los Reyes cuánto de esto ofreció á Eliseo; consigna sólo que éste no aceptó cosa alguna.

No bien el ejército asirio supo la muerte de Holofernes, abandonando el campo y

cuanto en él tenía, se apresuraba á escapar de los hebreos, que venían armados sobre él.

Los quedados en Betulia entraron en el abandonado campamento asirio y tomaron tantos despojos que, como dice el sagrado texto, se enriquecieron grandemente. Cuanto en oro, plata, vestidos, pedrería y toda suerte de alhajas se probó haber sido de Holofernes, quedó para Judit.

Cuando, por orden de Ciro, pudieron volver los israelitas á Jerusalén, después de la cautividad de Babilonia, los cabezas ó príncipes de las familias ofrecieron espontáneamente para la reedificación del templo 61.000 sueldos de oro y 5.000 minas de plata. No fueron sino 50.000 los que volvieron, contando en este número los siervos y siervas.

Lleváronse consigo cuantos vasos de oro y plata se habían traído de Jerusalén. He aquí la cuenta de ellos: tazas y copas de oro, sesenta; tazas de plata, mil; cuchillos de plata, veintinueve; copas de plata secundaria, cuatrocientas diez; otros vasos, mil.

En resumen: fueron los vasos de oro y plata 5.400, los que volvieron á Jerusalén.

Faraón Nechao, rey de Egipto, impuso

á la tierra de Israel una multa de cien talentos de plata y uno de oro, que hacen próximamente 720.000 pesetas.

No es fácil averiguar en qué relación estaría el valor estimativo de la moneda de entonces con la nuestra; pero, dándole la relación siquiera de uno á diez, la multa dicha equivaldría á más de siete millones de pesetas.

Previendo Amán, ministro del rey de Persia, Asuero, que, si los judíos eran exterminados, perderían las arcas reales una entrada de gran consideración por lo que contribuían al Erario, ofrece al rey darle de su propia hacienda 10.000 talentos para compensarle de la pérdida dicha.

Sésac, rey de Egipto, quizá bajo este nombre Sesostris, vino sobre Jerusalén, tomó la ciudad y se retiró después de haber cogido los tesoros del templo y los de la casa del rey, incluso los broqueles de oro que había hecho Salomón.

Tuvo la ciudad de Tebas en Egipto, y desde tiempos remotísimos, un templo, célebre por su extensión y magnificencia. Dos capillas sobresalían en él, por la cantidad

de oro que las adornaba, y acaso forraban por completo: la de Júpiter, que era la mayor, y otra menor, dedicada á Ammón, padre de Osiris. Las demás capillas dedicadas á deidades subalternas, aunque no carecían de planchas de oro, eran de menos tamaño que las dichas.

Diodoro de Sicilia nos habla de cuatro magníficos templos que existieron en esta ciudad de Tebas en Egipto, hasta que Cambises, hijo de Ciro, los destruyó, y los presenta como depósitos de riquezas en oro, plata, marfil y pedrería, trasladado todo á Persia en tiempo de Cambises. De entre las ruinas de ellos y de otros se extrajeron trescientos talentos de oro y 2.300 de plata.

La reina Semíramis hizo fabricar para el templo de Belo una mesa de oro, de peso de quinientos talentos babilónicos.—Cada uno puede representarse por 92.000 pesetas, ó bien por 9.200.000 pesos fuertes, una vez que el talento de oro babilónico era una quinta parte mayor que el ático.

Mientras Xerxes y sus numerosos ejércitos de persas y medos daban á los griegos (según ellos dicen) ocasión de cubrirse de

envidiable gloria, Gelón, en Sicilia, destruía las tropas cartaginesas que á la conducta de Amílcar la habían invadido, y con los despojos cartagineses enriquece los templos de Proserpina y Ceres, ofreciendo á Apolo Déléfico un trípode de oro de diez y seis talentos de ídem, en conmemoración de la victoria.

No debió ser de menos precio el que los griegos dedicaron á la misma divinidad cuando se vieron libres de Mardonio y demás generales que había llevado Xerxes para reducirlos á su imperio.

Pythio, rey de Celena, dió á Darío un plátano de oro y una vid. Prometióle además á Xerxes proveer por cinco meses al ejército de trigo y pagarlo, aunque constara, como constaba, de 788.000 soldados. Sobre esto añadió, si dejaba de invadir las provincias ó estados griegos, una cantidad tal de oro y plata, que Larchen, en sus notas á Herodoto, estima en tres millones y seiscientas mil libras esterlinas.

El templo de Júpiter en Olimpia tenía de altura sesenta y ocho pies, noventa de ancho, y al largo doscientos treinta; el arquitecto que dirigió la obra fué Libón, na-

cido en el país. El techo no es de teja, sino de mármol cortado en forma de tejas de las canteras de Pentélicas...

En este templo de Júpiter Olímpico se ven unas lámparas cubiertas de oro, puestas en las extremidades del techo, y correspondiendo al centro de la techumbre del frontón está la estatua de la Victoria, laminada de oro, y fijo en su pedestal un escudo, también de oro, que lleva esculpida, de realce, la cabeza de Medusa.

Por la parte exterior del templo se ven escudos sujetos al friso que corre por la parte superior de las columnas que, como dijimos, rodean al templo.

De ellos hay veintiuno cubiertos con planchas de oro, dedicados como ofrenda por Mummio, general del ejército romano, cuando se acabó la guerra de la Liga Acaya, y fué tomada Corinto...

El dios, de marfil y oro, está sentado en su trono, y tiene á la derecha á la Victoria, que es de igual materia, y la señala circundada la cabeza de la ínfula sagrada y la corona. En la izquierda tiene el dios el cetro, compuesto de muchos y variados metales; el calzado y el manto que le cubre son de oro, como lo es también el trono, que resplandece de las piedras preciosas en que

abunda, sin que falten en él, y bien dispuestos, el marfil y el ébano.

En la tarima ó escabel sobre que el dios tiene los pies se ven, de realce, la batalla de Teseo contra las Amazonas, y unos leones, todo esto de oro. Y la égida, que el rey Antíoco donó al templo, y que se colocó después en el frontispicio del teatro de Atenas, con su Medusa correspondiente, eran igualmente de oro.

De un pasaje de Polibio parece deducirse que la estatua de oro que representa á Júpiter en el templo de Olimpia, hecha á martillo, fué regalo ú ofrenda de Cypselo, rey de Corinto.

Los lechos en que, medio recostados, comían los orientales, y, á imitación de ellos, los romanos, fueron muebles tan ricos como abundantes.

De esta riqueza y abundancia tenemos prueba en los que el rey Asuero mandó preparar en Susa, capital de su Imperio, cuando hizo el convite de siete días á cuantos habitaban en su corte. Había reclinatorios de oro y plata para los convidados; y aceptado que no escasearían los de madera, cubiertos de planchas de estos metales, no pocos de ellos serían de plata y oro macizo, como convenía

á la majestad de un rey tan poderoso, á la honrosa recepción que haría á los sátrapas y grandes de su Imperio en el primero y gran convite de los ciento ochenta días, y al adorno, lujo y armonía propio de comedores en que tan grandes vajillas de oro y plata se estilaron.

Dos grandes estatuas de marfil, ambas obra de Fidias, veneró la antigüedad pagana. Una de Minerva, en el Parthenón de Atenas; otra de Júpiter, y tan grande que, para que cupiera en el templo, lo hubo de poner sentado.

Dos diosas tenían estatuas de oro en el templo de Belo, edificado por Semíramis; una la diosa Rhea, madre de Júpiter, en la que se insumieron 1.000 talentos de oro babilónicos: la otra era de Juno, que pesaba ochocientos del mismo metal y especie.

De no interrumpida celebridad fué el sacrificio que el rey Creso ofreció á Apolo Delfico. Inmoló 3.000 víctimas escogidas, y además levantó una grande pira hecha de lechos dorados y plateados y tazas de oro... lo cual fué consumido por el fuego. Acabado el sacrificio, hizo con mucho oro derretido

que se fundiera una especie de medios ladrillos, de los cuales, los más largos, tenían seis palmos, y tres los más cortos, y todos uno de grueso ó espesor. Entre todos eran ciento diez y siete. De ellos había cuatro de oro acrisolado, y pesaba cada uno dos talentos y medio. Los demás, de oro no tan puro, pesaban dos talentos. Labró también, del mejor oro, la efigie de un león, del peso de diez talentos: cayóse esta efigie, cuando el incendio del templo, de encima de los medios ladrillos donde se había colocado, y mermó tres talentos y medio; estuvo tiempos atrás en el tesoro de los Corintios.

Se conservan aún en Tebas, guardadas en el templo de Apolo Ismenio, otras ofrendas de este rey en honor de Arfiarao. Son ellas un escudo de oro puro y una lanza de oro macizo y asta del mismo metal.

El voto hecho por los Elcanos de erigir templo y estatua á Júpiter, les dió una de este dios, mayor que la de Minerva en Atenas. Esta grandiosa estatua, obra también de Fidias, era de marfil y oro; tenía en la mano derecha una estatua de la Victoria, hecha de lo mismo, y en la izquierda el cetro, coronado de un águila. Era el calzado de oro, como el manto, y en él tenía repre-

sentados con esmaltes flores y animales. De entre las flores sobresalía la de Lis, por lo repetida que estaba. El trono, de ébano, marfil y oro, estaba cuajado de pedrería y bajos relieves.

Tenía también este pueblo su Venus Urania, de marfil y oro, en actitud de pisar una tortuga, y la de Minerva Eryano, de igual materia.

La Juno de Argos, un poco menor que los colosos de Fidias, tenía la cabeza, pecho, pies y brazos de marfil; el ropaje era de oro, y lo mismo el trono en que estaba sentada.

La Minerva del Partenón de Atenas, obra de Fidias, medía veintiséis codos de alto; era de marfil y oro. En una mano tenía la estatua de la Victoria, y una lanza en la otra. El casco terminaba en una esfinge en medio de dos grifos. Se le había acomodado el ropaje de oro de modo que se le pudiera quitar fácilmente. La cara, brazos, cuello y pies aparecían desnudos; eran de marfil: los ojos los formaban dos piedras preciosas. El anverso del escudo, puesto á los pies de la diosa; el reverso y el calzado, lo mismo que el pedestal, estaban llenos de pasos y suce-

sos mitológicos. Dícese que subió á cuarenta talentos de oro el coste de esta estatua.

Darío Histaspe sacaba de sus provincias la enorme suma de 14.560 talentos anuales, cantidad que Rennel aprecia en 3.250.000 libras esterlinas. Es de notar que esto era el excedente, como lo piensan Wiliam Jacob y Gibbon; esto es, lo que le sobraba, después de cubiertas todas las atenciones civiles y militares de sus reinos.

El templo de Hércules en Tiro tenía, además de muchas ofrendas, dos famosas columnas, que vió Herodoto: la una de oro refinado, la otra de esmeralda, que de noche echaba de sí vivos resplandores. El historiador asegura, y es digno de fe, que fué exclusivamente á Tiro por ver este templo.

El que en Corinto estaba dedicado á Júpiter Olímpico competía en grandeza con el de Babilonia y Creta, de los cuales diremos luego. Templo y estatua fueron donativos piadosos que Fidias hizo; la estatua consta de la inscripción que está á los pies. La construcción del templo es dórica, y está exteriormente rodeada de columnas.

Orsines, descendiente de Ciro, y gober-

nador ó sátrapa de una provincia de Siria, fué á rendir vasallaje á Alejandro cuando éste llegó á Pasargarda. Además de las riquezas que habían dejado á Orsines sus antecesores, teníanlas provenientes de lo que en muchos años le rentaron sus posesiones. Llevó á los validos de Alejandro gran variedad de presentes. Componíanse de rebaños de fieras, de carros adornados de oro y plata, de muebles preciosos, de riquísima pedrería, de vasos cincelados, de desmesurado tamaño; de ropas de púrpura y de 4.000 talentos de plata, en moneda.

El modo y orden con que caminaba el rey Darío en la guerra, y el aparato verdaderamente oriental que se desplegaba, parece que halla en esta sección su lugar propio. El ejército nunca se ponía en marcha sino salido el sol; la señal de partida era un toque de trompeta dado en la tienda real, y repetido en otros sitios; avisados todos de la partida, se empezaba ésta en el orden siguiente:

1.º Iba lo que se llamaba el fuego sagrado sobre unas andas de plata, y en él los magos, cantando himnos, acompañados de trescientos sesenta y cinco jóvenes, en correspondencia de los días del año, vestidos de púrpura.

2.º El carro consagrado á Júpiter, tirado por dos caballos blancos, y tras él uno de extraordinaria grandeza, al que llamaban del Sol; los que seguían al carro llevaban vestiduras blancas y una baqueta de oro en la mano.

3.º La sección que llamaban los persas *Inmortales*, y se componía de diez carros esculpidos de gran cantidad de figuras de oro y plata; seguía el cuerpo de caballería de los inmortales, que eran 10.000, de diferentes naciones, todos adornados de collares de oro, ropas de tisú, y sobre ellas una especie de sayo con mangas anchas, cubierto de pedrería.

4.º A treinta pasos de distancia iba una turba de hasta 15.000 de los llamados primos del rey, vestidos y adornados más como mujeres que como guerreros.

5.º Seguían los Doríferos, ó conductores del real equipaje.

6.º El carro del rey, hermo­seado y enriquecido con imágenes de dioses de oro y plata; de en medio del yugo, cubierto de pedrería, sobresalían dos estatuas de un codo de altura, que representaban á Nino y á Belo, y entre ellas un águila de oro en ademán de desplegar las alas para tomar vuelo.

7.º La persona de Darío usaba sayo de

púrpura, recamado de plata, y sobre él el manto real, bordado todo de oro y pedrería; la especie de mitra ó cídaris, las fajas y la cimitarra, especialmente, eran lujosísimas; esta última tenía la vaina totalmente cubierta de piedras preciosas.

8.º Al lado del carro real iban 200 parientes cercanos del rey; detrás 10.000 hombres con picas de puntas guarnecidas de oro y plata, y de retaguardia 30.000 infantes. Seguían 400 caballos de silla, para Darío.

9.º Un estadio detrás iba Sisigambis, madre de Darío, en carro magnífico; cerca de ella iba en otro la reina, no menos suntuoso, y detrás las damas de ambas reinas, todas á caballo.

10. Seguían quince grandes carros, que llamaban armanakes, para los hijos del rey y su servidumbre, y luego otros muchos para las princesas y mujeres de los principales personajes de la corte y el ejército.

11. El tesoro real iba en seiscientos y treinta camellos, custodiado por buen número de ballesteros.

12. Cerraba toda la comitiva la gente de servicio, y tras ella algunas compañías, armadas á la ligera, para reunir los dispersos y cuidar de que no se interrumpiera el orden establecido.

Los dorienses tenían la costumbre antigua de dar los trípodés de oro, dedicados á Apolo Triopeo, á los que en los juegos hechos á honra de este dios salían premiados. Pero, recibido el honor, los devolvían como ofrenda.

«Quos tripodes qui acceperant, his non licebat eos extra templum exportare, sed ibidem deo dedicare oportebat.»

Lo tomado por Alejandro en la persecución de Darío fueron 13.000 talentos: los 8.000 de ellos se los dieron los guardas del Tesoro; y el resto, pero sin contar lo que dió á los soldados, fué en vasos de oro y plata.

La Juno Argiva tenía en su grandioso templo de Argos un altar de plata, en el que estaban representadas las bodas de Hércules y Heba. Había también un pavo real de oro con la cola extendida y llena de pedrería, regalo del emperador Adriano.

Al sentarse Alejandro Magno por vez primera en el magnífico trono de los reyes de Persia, como, por ser de estatura apenas mediana, no le llegaran los pies al suelo, uno de los cortesanos arrastró una mesa de

oro que estaba cerca y se la puso debajo de los pies.

Viendo esto uno de los servidores de Darío, no pudo contener el llanto; y, preguntándole Alejandro qué era lo que así le afligía, le respondió que no podía menos de dolerse de que él pusiera los pies donde tantas veces había comido su señor.

De estas mesas bajas se servían para comer los orientales.

La tienda de campaña dedicada á las audiencias que Alejandro daba en las marchas y campamentos, era suntuosa. Estaba apoyada en ocho columnas de oro, bajo un dosel recamado de este metal, y contenía quinientos lechos, que por su riqueza debían hacer juego con el resto de la tienda.

Entre los que se hallaban presentes á las audiencias había quinientos soldados macedonios con escudos de plata, y de plata era asimismo el asiento que Alejandro ocupaba y estaba colocado en el centro de la tienda.

Por la originalidad del triunfo celebrado por Alejandro Magno cuando se volvía al centro del Asia, después de haber llegado á las playas del Océano Índico, pondré aquí dos líneas siquiera.

Aspiraba Alejandro á igualar la gloria del dios Baco, y deseó ahora imitarle ostentándose dios como él. Para esto hizo adornar de flores y guirnaldas todos los caminos por donde había de pasar, y mandó que delante de todas las puertas de las casas se pusieran tazas de vino y vasos de desmesurado tamaño.

Y como la carrera era larga de siete días, dispuso los carros en que iban los convidados y el ejército á manera de tiendas de campaña, hechas de lienzo blancos unas, y de costosos paños otras, según la calidad de los que las habitaban.

En las tiendas de los que rompían la marcha iban los familiares del rey con sombreros de flores y guirnaldas, gran música de flautas, chirimías y otros instrumentos músicos. Seguía después todo el ejército, comiendo y bebiendo con gran exceso, y el rey en medio de ellos, sobre un carro magnífico, cargado de vasos y frascos, de que se hará mención oportunamente.

No raras veces se le consagraban á la deidad de Delfos parte de los despojos de la guerra. Así, v. gr., cuando Pausanias derrotó en Platea al rey Xerxes, hecho un montón de cuantas riquezas se tomaron, se

separó el décimo para el dios de Delfos. De ello se hizo el trípode de oro macizo sobre que descansaba la serpiente de bronce de tres cabezas.

De otro trípode, también de oro, se enriquecía este famoso templo, mientras Xerxes y sus numerosos medos y persas daban á los griegos (según ellos) ocasión de cubrirse de perpetua gloria.

Porque Golón, derrotando en Sicilia á los cartagineses que á la conducta de Amílcar la habían invadido, no sólo enriquecía con los despojos cartagineses los templos de Proserpina y Ceres, sino que ofrecía á Apolo Delfico un trípode de oro de diez y seis talentos de peso (416 kilos) en conmemoración de su victoria.

En el tomo IV, pág. 341, de la obra de Wesseling está la inscripción griega ó dedicatoria del trípode á la delfica divinidad.

Cuando los griegos devastaron los campos de Carista, ciudad de Eubea, enviaron á Delfos las primicias del botín, y con ellas se hizo una gran estatua de doce codos de alto; tenía en la mano la proa de una nave, y se colocó donde estaba la estatua de oro de Alejandro Magno. «*Quæ eodem loco posita est ubi aurea Alexandri Macedonis statua*».

Cuando Alejandro se desposó con Statira, hija mayor del rey Darío, y dió en matrimonio la menor de ellas á su gran privado Ephestión, y persuadió á los principales personajes de su corte tomaran esposas de entre las doncellas persas, escogió de entre ellas ochenta, de familias nobles, y, celebrando estas bodas, convidó á la mesa á cuantos macedonios se habían adelantado á su deseo. Quinto Curcio dice que fueron más de 9.000 los convidados, y que cada cual se llevó una copa de oro para que ofreciesen sacrificios á los dioses.

Entre los reyes indios que se sometieron á Alejandro Magno en su expedición al Ganges, fué uno Omphis, que, con permiso de Alejandro, tomó la diadema con el nombre de Taxitas. Regaló muy bien al Macedón y á su corte; dióle coronas de oro y ochenta talentos de plata en moneda, de lo cual quedó Alejandro tan prendado que, no sólo le devolvió todos sus obsequios, sino que del botín, que siempre le seguía en la guerra, le dió 1.000 talentos, una rica vajilla de oro y plata para el servicio de su mesa, y treinta y seis caballos enjaezados como los que él montaba. Esta generosidad de Alejandro dió motivo á uno de sus celebrados dichos ó sen-

tencias; porque Meleagro, uno de sus cortesanos, picado de que hubiera hecho tan gran regalo á un indio, le dijo un día, comiendo, «que se regocijaba de que, por lo menos, hubiera hallado entre los indios uno digno de 1.000 talentos». Y aunque indignó á Alejandro la reprensión disimulada, se contuvo; pero no dejó de decir al censor «que los envidiosos no eran otra cosa sino verdugos de sí mismos».

Después de haber celebrado Alejandro en Élide los juegos olímpicos, licenció 10.000 soldados de las tropas griegas y macedónicas; pero, sabiendo que muchos de ellos estaban adeudados, pagó á los acreedores 10.000 talentos.

Con los 3.000 talentos que Alejandro encontró en Arbela hizo donaciones propias de su grandeza. Dió á cada soldado de caballería macedónica seis minas; á la de los aliados, cinco; á cada uno de la falange macedónica dos, y dos pagas de gratificación á las tropas aliadas.

Hallándose este gran conquistador en la ciudad de Bactra, vinieron á él unos embajadores indo-asiáticos á ofrecerle sumisión y obediencia de parte de sus reyes.

Aceptó Alejandro la embajada, y les puso igual contribución que á los arachosios; pero les pidió alistasen y le enviasen 2.500 caballos, lo que ejecutaron al punto.

Dió Alejandro un magnífico convite en obsequio de ellos y de cuantos indo-asiáticos había en su corte. Colgó de ricas tapi- cerías de oro y púrpura la sala, é hizo poner cien asientos de oro, dice Q. Curcio.

Serían lechos de comedor, enchapados de oro, y con los pies de oro macizo.

El lecho del dios Júpiter, que fué tan venerado en la isla de Panchea ó Creta, era todo de oro, y tenía seis codos de largo y cuatro de ancho; estaba además hecho con exquisito trabajo.

Con este lecho hacía juego una mesa de oro colocada cerca de él; á estas dos joyas del camarín del Júpiter cretense se añadió otra de mayor valor, cual era una robusta columna de oro que arrancaba del medio del lecho, señalada con caracteres de escritura, hechos, decían, por mano del mismo Júpiter, padre de todos los dioses.

Polybio nos ha dejado pormenores de las ruinas de un templo de Ecbatana; por ellas podemos venir en conocimiento de lo

que él sería cuando estuvo en todo su esplendor.

En los pórticos y peristilos se veían las vigas, artonados y columnas cubiertos de láminas ó planchas de oro ó plata. La mayor parte de estas láminas se sacaron cuando llegó Alejandro con los macedonios, y el resto cuando Antígono y Seleuco Nicanor tuvieron el gobierno. Sin embargo, á la venida de Antíoco aun quedaban en la capilla columnas chapeadas de oro, muchas tejas de plata hechas un montón, y algunos ladrillos de oro, y plata en abundancia.

De toda esta cantidad de metal se acuñaron cerca de 4.000 talentos; esta moneda lleva esculpida la imagen del rey.

No eran menores las riquezas que en otras partes de Asia se habían invertido en el adorno de los templos. Y aunque no escribimos sino de la parte occidental de este pedazo del mundo, por la gran influencia que tuvo en la riqueza de Europa, diré con todo lo que César Cantú pone tratando del templo de Sumnat, al que llama prodigio del Asia.

Antes que los mahometanos lo destruyeran, « tenía cincuenta y seis pilastras cubiertas de láminas de oro y piedras precio-

sas que sostenían la bóveda de la capilla donde el ídolo, de una pieza, se elevaba hasta cincuenta codos de altura».

En la ciudadela de Persépolis se hallaron las salas llenas de oro y plata, sobrante de las recaudaciones hechas para las múltiples atenciones del Estado; valuóse el tesoro de la ciudadela en 150.000 talentos de oro y plata.

Con semejantes hallazgos quedan á cubierto las donaciones y larguezas de Alejandro á sus tropas, y la verdad de la historia que asegura haber custodiado Parmenión en Ecbatana hasta 180.000 talentos cuando fué nombrado por Alejandro gobernador de la Media, y juntamente su tesorero general.

Siendo Filocles arconte en Atenas, fueron creados cónsules en Roma Cayo Sulpicio y Cayo Elio. En tiempo de éstos, Arrideo, encargado del transporte del cuerpo de Alejandro, después de haber acabado el carro en que debía ser transportado el real cadáver, aprestó lo conveniente para el transporte. Y porque la obra construída, como digna que era de la gloria de Alejandro, no solamente se distinguió entre las demás por el costo, dado que se gastaron en hacerla

muchos talentos, sino que fué además muy celebrada por la excelencia del arte, hame parecido dejar memoria de ella en este escrito.

Porque primeramente fué hecha de oro, trabajado á martillo, á la medida del cadáver, y la hinchieron hasta el medio de substancias aromáticas que valiesen para dar al cadáver á un mismo tiempo fragancia y duración.

Sobre la caja se había puesto una tapa de oro, que se ajustaba exactamente, y abarcaba todo el ámbito superior de ella. Encima de esta tapa estaba tendido un manto real de púrpura, muy vistoso, recamado de oro, y cabe él pusieron las armas del finado, queriendo que todo el aparato tuviese conexión con las empresas que en vida había llevado á cabo. Después aparejaron el carro que había de llevar esto.

Del cual carro, en la parte superior, se había dispuesto un pabellón abovedado, de oro, que tenía el cielo hecho de mosaico (ó hecho de preciosas piedras engastadas unas en otras, figurando escamas), y su anchura era de ocho codos y la largura de doce.

Debajó de este pabellón, ocupándole todo, había un real estrado de oro, de figura cuadrangular, que tenía cabezas de hirco-

cervos de bulto, de las cuales pendían argollas de oro, de á dos palmos, que sostenían un lujoso festón, que con variedad de matices, cual con flores, vistosamente engalanado se ostentaba.

En lo alto, por los cuatro lados, corría una guarnición hecha en forma de red, la cual tenía campanillas de singular grandeza, para que el sonido de ellas, desde mucha distancia, llegase á oídos de los transeuntes. A los cuatro ángulos del pabellón, en cada lado, había una Victoria de oro sosteniendo un trofeo: mientras que las columnas que en torno sustentaban el pabellón eran de oro, con capiteles jónicos.

Por dentro de las columnas corría un enrejado de oro, de una pulgada de grueso, y que tenía cuatro tableros á modo de paredes, adornados con bajos relieves.

En el primer tablero había un carro cincelado, y en él sentado Alejandro, teniendo en la mano un cetro muy hermoso: cercaban al rey una guardia de macedonios, armados de todas armas, y otra de persas, con mazas: delante de ellos iban los escuderos.

El segundo tablero presentaba los elefantes, que seguían en la comitiva del rey, aparejados con arreos militares, llevando á los que los montaban; en la delantera indios,

detrás macedonios, armados con el arnés de ellos usado.

El tercero ofrecía escuadrones de jinetes en apiñadas filas, imitando las haces en orden de batalla.

El cuarto, naves aprestadas á naval combate.

A la entrada del pabellón estaban puestos leones mirando fieramente á los que entraban.

Cada columna tenía hacia el medio del fuste un acanto de oro, que se iba poco á poco dilatando hasta el capitel.

Sobre el pabellón, por el medio de la cima, había un tapiz de púrpura á la intemperie, que tenía una corona de olivo, hecha de oro, bien grande, contra la cual, flechando el sol sus rayos, producía un fulgor centelleante y trémulo, tal, que á larga distancia parecía á la vista como que relampaguease.

La silla del carro debajo del pabellón tenía dos ejes, los cuales revolvían cuatro persianas-ruedas, cuyas pinas y rayos eran dorados, y las llantas que habían de calcar el suelo, de hierro.

Los remates de las mangas de los ejes eran hechos de oro, y tenían esculpidas cabezas de leones, con un venablo aferrado con los dientes.

En medio del pabellón, á la mitad de la largura, había adaptado, con mucha arte, un quicio, á fin de que, en virtud de él, pudiese estar sin balancearse en los vaivenes y pasos desiguales. A cada una de las lanzas, que eran cuatro, había enganchados cuatro yugos, y á cada yugo se uncían cuatro mulos, muy notables por el vigor y por la alzada.

Iban todos coronados de coronas doradas, y llevaban á la una y otra quijada suspendida una gran campanilla de oro, y en las cervices ricas colleras con preciosas piedras engastadas.

(«Diodori Siculi, Bibliothecæ historicæ, quæ supersunt.» ...Parisis, Editore Ambrosio Firmin Didot, vol. II, anno 1855, lib. XVIII, cap. XXVI.)

#### IV

Llamaron antiguamente coronas á cuantas cosas tenían forma de círculo, tomando el nombre, dicen algunos escritores, de la semejanza con los teatros griegos. En la obra de Musonio *De luxu græcorum*, cap. VIII, hallará el lector abundante materia acerca del origen de las coronas. Lo que, según este autor, tiene visos de verdad es que tuvieron su origen en los convites y cenas, donde

la abundancia del vino hacía sentir dolores en la cabeza, que se mitigaban atando á ella unas vendas. «*Quidam nimio potu caput dolens, inquit Andræas, ipsum vinxit, sensit-que capitis vinculum doloris esse remedium. Quare cœperunt hoc auxilium potionibus adhibere.*»

Mejor remedio parece se halló para este efecto coronándose con hierbas provechosas, con las que juntamente se adornaban y curaban. Llamábanse estas coronas *salutares*, y están representadas en el dios Baco coronado de hiedra, hierba contraria al vino, según se dice.

Josefo, en su libro de *Antigüedades*, dice que Moisés hizo coronas de oro, y otros, con Musonio, hacen á Jano el inventor de ellas.

Poco á poco fueron las coronas variando de materia, y en ella se representaba una idea: v. gr., en las *geniales*, que se usaban el día del nacimiento, se empleaban las flores naturales, si era tiempo de ellas, ó las artificiales si no lo era; con las flores, que de su naturaleza se marchitan pronto, se significaba que así pasa la vida y los regocijos y satisfacciones de ella.

De lo mismo se hacían las que se daban á los que salían vencedores en los juegos olímpicos.

Se coronaban de verbena los portadores de noticias referentes á la paz ó la guerra, y era hierba muy reverenciada por los gentiles: por mirarse como cosa sagrada, coronaban también con ella á las desposadas, dándose á entender con esto cuán respetadas habían de ser; pero se les mandaba que la cogieran por su propia mano, pues en ella estaba conservar su honra ó perderla. Entre las coronas militares estaban las *vallares*, que se daban á los soldados que, saltando los vallados de los campamentos enemigos, eran los primeros en entrar á éstos. Eran labradas de oro, como también las *murales*, dadas al primero que subía al muro.

Las *rostratas* estaban destinadas al que antes que otro alguno saltaba á la nave enemiga, y se hacían de oro. Todas tenían sus ornatos alegóricos; ésta, v. gr., la *rostrata*, se formaba de hojas de laurel, y á trechos se veían salir las proas de las naves.

Las coronas triunfales se daban á los generales que habían sujetado al pueblo romano cinco regiones ó provincias, ó muerto en batalla cinco mil enemigos.

Al principio era esta corona de laurel, pero luego se hizo de oro; y era tan grande y tan pesada, que iba un esclavo sustentándola detrás del que triunfaba.

Trescientas y veinte libras de peso tenía la corona de oro que los de Siracusa enviaron al Senado romano después de la derrota de Cannas. Representaba la Victoria; y fué este envío, no irónico, sino atentador contra Anníbal.

Fueron célebres en la antigüedad las dos coronas de oro, de á doscientos talentos cada una, que Atenas regaló á Antígono y á Demetrio su hijo.

Ni de menor fama gozaron las muchas de que este mismo rey se apoderó en Suza.

Fueron ciento, de doce libras cada una, en el triunfo de Fulvio Nobilior, y por separado la de trescientas veinte arrobas ó cuatro mil kilogramos, que la regaló la antigua capital de Epiro.

En el triunfo de Paulo Emilio se ostentaron cuatrocientas coronas de oro, obsequio de otras tantas ciudades al vencedor de Perseo.

Nn. Manlio, aunque despojado, en parte, del botín ganado, pudo hacer llevar delante de sí el día de su triunfo doscientas doce coronas de oro, de á doce libras de peso cada una.

Picado Antíoco Epifanes de la magnificencia de los juegos que Paulo Emilio dió en Anfípolis, dió él otros en Dafne, verdaderamente suntuosos. Entre las diversas partes que los compusieron fué una la exhibición de 3.000 jóvenes de Cilicia armados á la ligera y con coronas de oro.

Los rodios enviaron al Senado romano una corona de 10.000 áureos, temiendo las consecuencias de sus simpatías para con Perseo y su causa, aun después de la muerte de éste. Existían las cartas entre los rodios y Perseo.

Durante el famoso triunvirato de Augusto, Antonio y Lépido, los embajadores de Hircano, rey de Judea, llevaron á Antonio una corona de oro para que, árbitro como era del Oriente, lo conservara en el trono.

Los legados de Moagetis llevaron á Nn. Manlio una corona de quince talentos para que no hiciese daño en los campos.

En los juegos de Dafne fueron 1.000 soldados de á caballo misenos y 3.000 de á pie; la mayor parte de unos y otros iban coronados de coronas de oro y plata y muchos adornos.

El cuarto triunfo de Julio César fué notable por la gran cantidad de marfil que en él entró. Como tuvo por objeto la conmemoración de sus hazañas de África después de la célebre batalla de Farsalia, cuanto de bulto en él se representó estaba hecho en marfil. Es verdad que César había recogido en África y llevado á Roma una extraordinaria cantidad de colmillos de elefante.

El triunfo de Lucio Scipión contra el rey Antíoco tuvo sus nubecillas, pues algunos se dejaron decir en Roma que esta guerra contra Antíoco había sido mayor por fama que por la dificultad de la obra. Picaba esto mucho el amor propio de Lucio Scipión, tanto más cuanto que traía grande copia de oro y plata que exponer, y que, si no conseguía el suplicado triunfo, le sería difícil hallar otra ocasión en la que pudiera mostrarlo.

Cuando Perseo se curaba en la ciudad de Dio, entró un soldado de repente á su presencia y le dijo que los romanos estaban encima. Aterrado con la noticia, dió orden para que echaran al mar todas las riquezas en Pela, y á Andrónico para que pusiera fuego á todos los buques; él mismo echó

por tierra cuantas estatuas de oro había en Dio, y mandó que todos los habitantes se trasladaran á Pydna.

Como demuestran los hechos siguientes, fué costumbre repartir entre los soldados, oficiales y jefes parte del botín tomado al enemigo.

En el triunfo que á Publio Cornelio Scipión se le otorgó por sus victorias sobre los boyos, se dió á los soldados que entraron con él trescientos veinticinco dineros á cada uno, dos tantos á los centuriones, y tres tantos á los caballeros.

Lucio Anicio, siendo pretor del cónsul Paulo Emilio en Macedonia, venció al rey de Iliria, Gensis, y de él obtuvo en Roma un modesto triunfo. De la presa que se había hecho en la conquista de aquel reino se distribuyeron á los soldados cuarenta y cinco dineros á cada uno, doble á los centuriones, y á los caballeros triple cantidad.

Lo que Cn. Octavio repartió en el triunfo naval de la armada de Persia, que fué sin presos y sin despojos, llegó á setenta y cinco dineros por soldado, ciento cincuenta á

los gobernadores que habían estado en las naos, y trescientos á los maestros de ellas.

Cayo Claudio, habiendo hecho en el Senado de Roma entera relación de las victorias que ganó en Istria y en Liguria, demanda el triunfo y se lo concede el Senado. Repartiéronse á cada uno de los soldados quince dineros, doblado á los centuriones, y á los caballeros romanos tres doblado. A los aliados del pueblo romano se dió la mitad menos que á los que eran ciudadanos de Roma. Iban éstos tras el carro triunfal, mustios y con semblantes de hombres enojados.

En el año 359 de la fundación de Roma se trató de ofrecer una copa de oro á Apolo Déléfico en acción de gracias por la conquista de Veyes: las matronas romanas ofrecieron voluntariamente la décima parte de sus joyas: lo recogido se estimó en lo que ahora se representa por 50.000 pesos ó 250.000 pesetas.

Las coronas de oro que César recibió en distintas ocasiones y de diversos pueblos fueron 2.822, con peso de 20.414 libras de oro. No sé si en este número están comprendidas las que el rey Dejótaro le envió como

testimonio de su alianza con Roma y prueba de afecto á su persona.

Pero la que de seguro no estaba comprendida en ese número fué la que, sembrada de piedras preciosas, le dedicó su sobrino Octaviano para la celebración de la fiesta instituída para el aniversario de la batalla de Munda.

En los funerales de Sylla se vieron más de 2.000 coronas de oro.

Ptolomeo ofrece á los soldados de Antígono dos minas, y un talento á los jefes, para que le abandonen. El ejército de Antígono era de 100.000 combatientes.

Hierón de Siracusa ofrece á Rodas seis talentos de plata, varias vasijas de este metal muy estimadas, y cantidad de moneda para que reedifique sus muros destruídos por un terremoto.

Agatocles es derrotado en su expedición á Libia. Los cartagineses conciertan con las tropas de Agatocles el abandono del país, mediante trescientos talentos.

Nicanor, hijo de Patroclo, se propuso,

cuando con sus tropas invadió la Judea, sacar de ella los 2.000 talentos que su rey debía dar á los romanos: entre los medios que tenía pensados para ello, era uno dar noventa esclavos por un talento.

En los juegos que los romanos llamaban *Lupercales* apareció César sentado en la silla curul, que ahora fué de oro macizo. En esta ocasión fué cuando Antonio, desnudo de medio cuerpo arriba, le ofreció la corona real, que César rechazó. Esta farsa, preparada con tiempo por uno y otro, fué muy aplaudida por el pueblo.

Celebrando Antígono sus famosos juegos, sabe que muchos de sus capitanes se han vendido á Lisímaco; suspende los juegos, aunque había dado doscientos talentos á los artistas y atletas, y, puesto en marcha contra los rebeldes, paga tres meses adelantados á sus tropas con los cuantiosos tesoros que halló en Quindes.

Entre las diversas contribuciones que por causas de guerras se echaron á los vendidos de la época que estudiamos, fué famosa la que el cónsul Paulo Emilio Escipión impuso al rey Antíoco, el receptor de Anní-

bal, y el vencido en la memorable batalla de Magnesia.

Obligábale, en primer lugar, si quería las paces, á que perdiera cuantas posesiones tenía en Europa y en Asia desde el monte Tauro hacia el Occidente. Y por los gastos que había causado con su guerra al pueblo romano y sus aliados daría al primero 15.000 talentos euboicos, quinientos al contado, 2.500 cuando el Senado romano ratificara las paces, y después 1.000 talentos por tiempo de doce años. Daría á Eumenes de presente 4.000 talentos y una cantidad de trigo que se debía á su padre, y ante todo y sobre todo entregaría á Annibal.

¿Quién ha saludado las oraciones de Cicerón y no conoce la cuarta de las Verrinas? Llámase comunmente *de Signis*, porque en ella enumera el orador los latrocinios de estatuas y preciosas figurillas que este famoso pretor de Sicilia, Verres, llevó á cabo en esa isla llamada un tiempo «Grande Grecia».

En el discurso de toda la acusación se pone de manifiesto la cantidad de vasos de oro y plata, pebeteros, platos, etc., que recogió Verres de los sicilianos, y pueden verse especialmente enumerados en los párrafos 17, 18, 22, 23 y 24.

Puede recogerse cuanto acerca de esta materia hay en la oración, con solo recordar lo que en este último número dice Cicerón, que es de transcribirse á la letra: «Posteaquam tantam multitudinem collegerat emblematum, ut ne unum quidem cuiquam reliquisset, instituit officinam Syracusis in regia maximum palam: artifices omnes cælatores ac vasculares convocari jubet; et ipse suos complures habebat. Eo conducit magnam hominum multitudinem. Menses octo continuos opus his non defuit, cum vas nullum fieret, nisi aureum. Tum illa, ex patellis et thuribulis qua vellerat, ita scita in aureis poculis illigabat, ita apte in scyphis aureis includebat, ut ita ad illam, rem nata esse diceres.»

Convidó á comer Verres al rey Antíoco, cuando de paso por Sicilia volvía desde Roma á su reino de Siria; y como los plateros y cinceladores aun no le habían acabado de hacer la vajilla de oro, fue el servicio de mesa sólo de plata.

Cuando Verres fué á su vez convidado por Antíoco, puso éste en la mesa su servicio de oro; agradaron sobremanera á Verres los vasos, que, según la costumbre oriental, llevaban pedrería; pidióselos para verlos de-

tenidamente y para que sus plateros los examinaran. Enviólos Antíoco; pero no fué con ellos una hermosa copa de que, al parecer, él se servía; que la taza era una piedra preciosa excavada, y el pie todo de oro. Echóla Verres de menos, y envió por ella, so pretexto de quererla estudiar despacio.

Fué también; pero no volvió, como ninguna de las demás.

Ya dijimos que el Senado romano no quiso rescatar los prisioneros que tomó Anníbal, el cual los vendió en Grecia. Según escribe Polybio, los de Acaya usaron diferente proceder, puesto que por sus cautivos abonaron cien talentos, habiéndose señalado por cada uno quinientos dineros, lo cual da un número de 1.200 esclavos rescatados.

Tito Quincio, uno de los mejores capitanes que el pueblo romano tuvo en Grecia, obtuvo fácilmente el triunfo, como de justicia lo mereció en la guerra con Filipo. Tres días consecutivos duró, y fué de los más señalados que hubo. Sacó en el segundo día el oro y plata labrado y no labrado y marcado. La plata no labrada fué de 18.000 libras, y la labrada doscientas setenta; muchos vasos preciosos y diez escudos de plata.

De plata marcada fueron 84.000 áticos, que llaman tetradracmas, y valía cada uno casi cuatro denarios. De oro hubo 3.714 libras, y un escudo todo de oro, y 14.514 filipos, que eran, como sabemos, monedas de oro.

El tercer día sacó ciento catorce coronas de oro que le dieron las ciudades.

Delante del carro triunfal iban muchos nobles, y con ellos Demetrio, hijo del rey Filipo, y Asueras, hijo de Nabis, tirano, que tan cruda guerra había hecho al triunfador.

La mesa en que Cicerón escribió una de sus Verrinas, dice Gabriel Peignot que era de cedro, y tan rica, que le costó 200.000 pesetas; yo creería que por error se añadió un cero á esta cantidad, y acaso sea la misma que Adams dice era de naranjo, la cual le había costado 100.000 sextercios, ó sea H. S. decies, que no llega á 20.000 pesetas.

Cuando Diodoro de Sicilia visitó la ciudad de Alejandría en Egipto, le aseguraron los que llevaban los catastros que pasaban en ella de 300.000 los hombres libres, y que las entradas reales del reino sacadas de solo

Egipto superaban á la suma de 6.000 talentos.

Entre Demetrio y los habitantes de Rodas se estipuló de pagarse mutuamente por rescate de prisioneros 1.000 dracmas por hombre libre y quinientas por cada esclavo.

Devolvió Agatocles á los fenicios sus posesiones de Sicilia por una suma de oro equivalente á trescientos cincuenta talentos de plata.

A los árabes nabateos, de vida nómada, quitó de un modo inicuo Ateneo, teniente de Antígono, más de quinientos talentos de plata, y considerable peso de incienso y mirra.

Dionisio, tirano de Siracusa, saqueó el templo de Agilla, en Etruria, y sacó del despojo 1.000 talentos por lo menos.

El libro siguiente á éste contendrá, ya en el texto, ya en los apéndices, cuanto falta de la materia en éste anunciada.

A. M. D. G.

Precio, 3 pesetas.

PARTE PRIMERA.—I. *Colón y los españoles*: 3.<sup>a</sup> edic.

PARTE SEGUNDA.—II. *¿Hubo derecho á conquistar la América? Análisis político del Imperio incásico*: 3.<sup>a</sup> edición.—III. *La conquista del Perú*: id.—IV. *Las guerras civiles y la anarquía*: id.

PARTE TERCERA.—V, VI. *Industria agrícola-pecuaria llevada á América por los españoles*.—VII. *Industria fabril que los españoles fomentaron y arruinaron en América*.—VIII, IX. *Industrias mecánicas*.—X, XI, XII. *Industria naval*.

PARTE CUARTA.—XIII, XIV. *Bellas artes: pintura, música, escultura, canalizaciones, etc.*

PARTE QUINTA.—*El Viejo y el Nuevo Mundo. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América?*—XV. *Arquitectura y Escultura*.—XVI. *Música, Pintura, Grabados é Imprenta*.—XVII. *Trabajos en oro, plata, hierro, coral, maderas y azabache. Bordados y tejidos*.—XVIII. *Artistas españoles del siglo xv, suplemento á los tomos XV, XVI y XVII*.—XIX. *De la riqueza de España en el siglo xv*.—XXVI. *De la riqueza conocida desde los tiempos antiguos hasta el Nacimiento del Señor*. (Continuará.)

#### PRECIOS

Tomos del I al XIV, 3 ptas.; XV, XVI y XVII, 2 ptas.; XVIII, y XIX, 2,50, y el XXVI, 3 ptas.

#### OBRAS DEL MISMO AUTOR

*La Inquisición Española*, 3 ptas. *Tratado de Cosmografía*, 5 ptas.

Se hallan de venta en Madrid, en casa del Editor, y en las librerías de Hernández y Suárez. Véndense también por tomos sueltos.